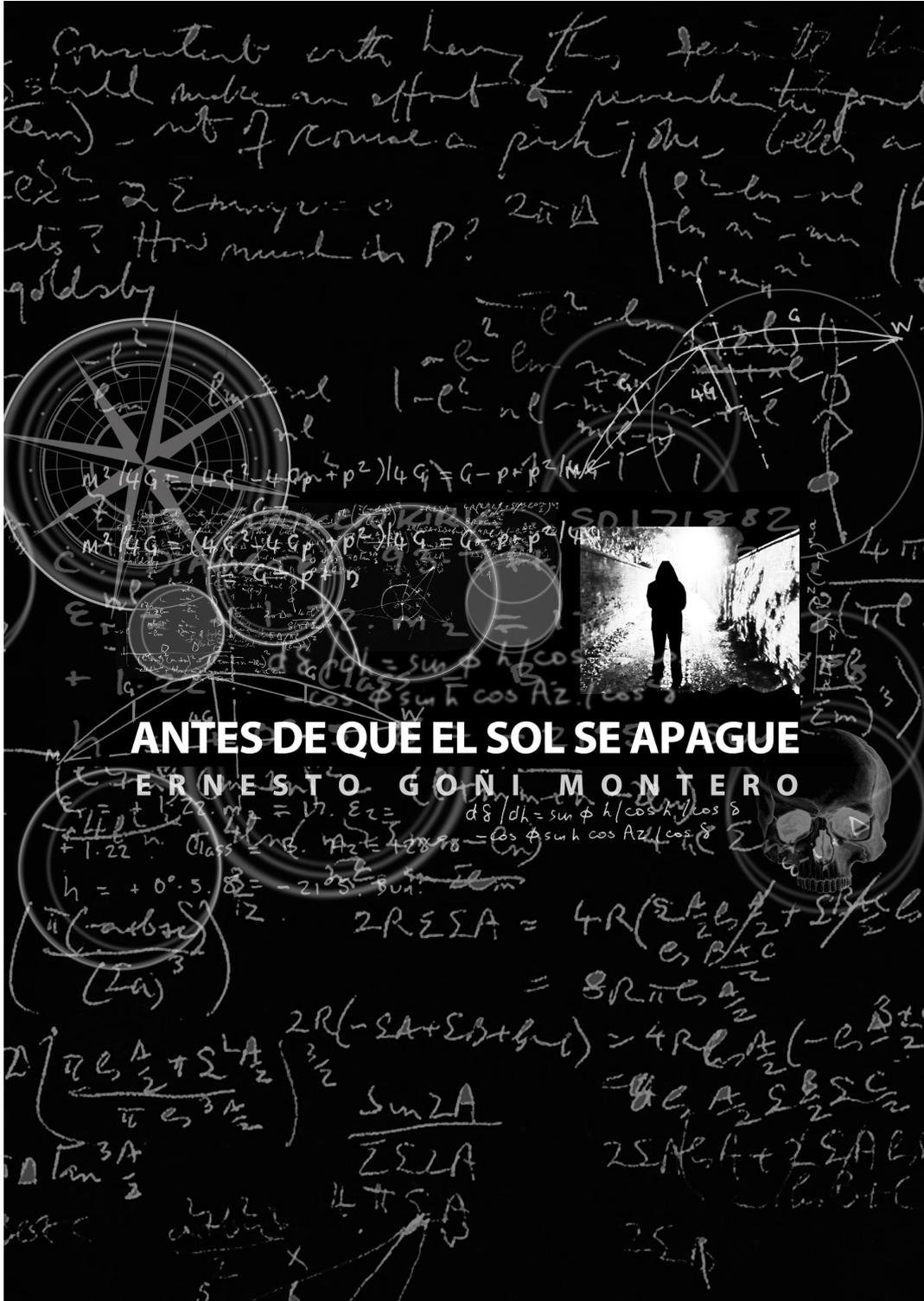


Antes de que el sol se apague

Ernesto Goñi Montero



Capítulo 1

RENESTO Y CHINTACO

Renesto llevaba un cuarto de hora sentado en el alféizar de la ventana. Bajo sus pies se extendía la caída libre y sin interrupciones desde el quinto piso en el que se hallaba. Había conseguido mantener la mente en blanco durante todo ese tiempo, pero de pronto, sin saber por qué, simplemente por la sensación de que había llegado el momento, se levantó con cuidado, y se puso en pie. Fue entonces, frente a ese final inminente que él mismo había escogido, cuando sus pensamientos comenzaron a fluir con fuerza, conectándose unos con otros de forma violenta.

Sintió algo realmente extraño, algo que no había sentido nunca, lo extraño de imaginarse muerto cuando todavía no le había llegado la hora. Verdaderamente sintió que aquello no estaba bien. Nada tenía que ver con la educación que le habían inculcado ni con la religión que le habían obligado a practicar desde su infancia en el colegio, ni siquiera con aquellas tendencias de pensamiento con las que había tenido que convivir a lo largo de su vida. De repente supo que cualquier otra persona del planeta, en cualquier rincón del mundo, que se hubiese visto en aquella situación, habría sentido lo mismo, la certeza de que estaba mal quitarse la vida antes de tiempo, como si fuera injusto desaparecer del esquema de las cosas antes de haber culminado aquello que habían venido a hacer allí, por muy nimio e insignificante que pudiera resultar al fin y al cabo.

Decenas de imágenes de su pasado se agolparon en su cabeza, casi cronológicamente pero hacia atrás y de un modo inconexo, igual que había visto en un montón de películas. En aquel preciso instante quiso vivir, más de lo que había querido hacerlo hasta entonces, y por fin, sintió miedo, y con él, todo un torrente de adrenalina acelerándole el pulso y atenazando sus articulaciones.

Trató de dar media vuelta sujetándose al borde inferior de la ventana, dejando a su espalda el parque en el que jugaba de pequeño, un vacío que no podría recorrer sin volar, un funesto desenlace, pensando con sudores fríos lo ridículo que sería caer por culpa de un tropiezo o un resbalón y acabar aplastado. Sin embargo, en seguida regresó la misma sensación de antes, aquella que le indicaba que no había llegado el momento, y se sintió seguro, seguro de que por muy accidentada que fuera la operación de volver al interior de su habitación, no caería, ése día no caería. No iba a morir.

Ya dentro de aquel cuarto que hacía tanto que no visitaba, de rodillas frente al espejo que ocultaba el armario empotrado, vio su reflejo, y se echó a llorar. Lloró hasta que se le acabaron las lágrimas. Se vació, y aunque continuaba sintiendo el dolor por la pérdida de sus padres, ya no

era tan punzante. Aliviado, se tumbó de espaldas sobre la tarima del suelo. Estaba agotado, pero no podía dormir. Miraba un punto impreciso situado en el gotelé del techo. Intentaba retener aquella sensación que lo había salvado en el último momento de aquel plan absurdo de matarse, afianzar el pensamiento que lo había traído de vuelta, ese pensamiento con regusto a revelación. No podía permitirse el lujo de olvidarlo. Todos habían nacido por algún motivo, pero ¿qué había venido él a hacer a este mundo? Desde luego, si de algo estaba convencido, era de que no sería fácil averiguarlo, y de que no lo haría por mucho que se quedara ahí tirado.

Echó un vistazo alrededor. El piano negro de pared, las estanterías repletas de libros, los óleos colgados de las paredes, las películas amontonadas en las esquinas, todo, dispuesto tal y como lo había abandonado hacía ya varios años. Aquella habitación era un museo de sí mismo, como si sus padres no hubieran modificado ni un ápice de como estaba para pasearse por ella y acordarse de él. El espacio era un reguero de pistas de lo que Renesto había sido, o por lo menos, de lo que había sido en su infancia y juventud, y observando detenidamente la estampa, no le cupo duda de que había cambiado muy poco. Seguía viviendo en un mundo de fantasías difíciles de sostener. El tiempo que no gastaba viendo películas, escuchando música o leyendo libros, se lo pasaba fantaseando con sus propias historias. Algún compañero del trabajo se había burlado alguna vez en tono solemne: "es que Rene no puede parar de crear". Seguía obsesionado con dar forma a los cientos de ideas que se inventaba cada día. Ahora, por lo menos, gracias a su intento de suicidio truncado, sabía que hasta esa compulsión creativa tenía sentido. Todo en él, todo en su vida, tenía que tener algún sentido, y si tenía que morir, sería tratando de descubrirlo o tratando de acercarse a él. Alguien llamó a la puerta con dos golpes tímidos y Renesto salió repentinamente de su ensimismamiento.

Chintaco oyó un leve rumor dentro de la habitación, pero como nadie le había dado permiso, no se atrevió a entrar. Tenía un respeto tan patológico por la intimidad de los demás, que seguramente se habría quedado paralizada detrás de la puerta aun sabiendo que su amigo estaba a punto de quitarse la vida, aunque fuera sólo por miedo a intervenir. Le atemorizaba interferir en el indescifrable transcurrir de los acontecimientos, fueran éstos de la índole que fueran, pero también le daba miedo la gente, sus reacciones imprevisibles, su cambiante estado de ánimo, sus distintas interpretaciones sobre un mismo hecho, la incertidumbre acerca de lo que estuvieran pensando, su manera de sentir o actuar.

Se habría dado la vuelta y se habría marchado, pero como conocía a Renesto, se armó de valor y lo intentó de nuevo, llamando un par de veces a la puerta casi como si la estuviera acariciando con los nudillos. Creyó oír su nombre, casi como un murmullo desde el otro lado, pero no

habría podido jurar si había sido producto de su imaginación.

Renesto era una persona fuerte, impulsiva, díscola y contradictoria, realmente impredecible, pero lo conocía muy bien, y en situaciones límite como aquella, se volvía frágil y vulnerable, y empezaba a actuar de un modo previsible, casi por instinto, como un cachorro indefenso que huye aunque no hay ningún peligro que lo amenace. Posiblemente, sólo pensaba obsesivamente en morir. La muerte era algo que le rondaba la cabeza una o dos veces al día como mínimo. Chintaco lo sabía, porque cuando esto sucedía, y estaba con él, no dudaba en compartirlo con ella, siempre con comentarios sarcásticos al respecto, fingiendo no darle importancia, cuando realmente la sentía cerca, acechándole desde detrás de cualquier esquina.

- Deberíamos abrazarnos con fuerza_ decía antes de despedirse.
- ¿Por qué?_ preguntaba ella, para quien el contacto físico nunca había sido una barrera fácil de atravesar.
- Por que a lo peor no volvemos a vernos_ explicaba él con absoluta naturalidad.
- Ya estamos otra vez_ se enfadaba ella.
- De verdad, me podría atropellar un coche, se me podría caer una maceta en la cabeza, lo mismo me resbalo en la ducha o se me para el corazón_ añadía.
- No digas tonterías.

Y entonces, él se hacía el muerto, siempre de la misma manera, dejando caer bruscamente la cabeza hacia un lado, abriendo mucho los ojos con la mirada estática y vacía, y exhalando un último suspiro dramático. Y ella, después de muchos intentos fallidos de hacerlo reaccionar, acababa por tocarle la entrepierna, cosa que siempre lo hacía incorporarse como por acto reflejo arrancándoles una carcajada a los dos.

Chintaco deslizó la mano hasta el pomo de la puerta, se colocó el pelo detrás de las orejas con la otra, y aspiró profundamente, pero justo cuando se disponía a inclinarse sobre la puerta, ésta se abrió desde el otro lado.

Renesto tenía la cara alargada y macilenta, y las mejillas manchadas con unos churretones de aspecto pegajoso. Había abierto la puerta pero no la había mirado a los ojos, sino que mantenía la cabeza agachada como si estuviera avergonzado por algo. Chintaco le acarició la barbilla, y como no sabía qué decir, le habló en un idioma inventado, como muchas otras veces, utilizando palabras absurdas y frases imposibles que al final

acababan resultando graciosas.

- Reticaerú fulmare disantonino_ le susurró, y aunque no significaba nada, en el fondo sabía lo que quería expresar.

Renesto alzó la mirada. Una vez más, cuando parecía imposible, Chini, la única capaz de conseguirlo, le había hecho sonreír.

- Shisha, shisha_ murmuró él para contestarla, y esta vez, los dos sabían perfectamente lo que significaba, pues se habían reído tanto al pronunciarlas en otras ocasiones, que habían acabado por utilizarlas siempre que querían dar las gracias.

- Chisparia acatunomarece_ insistió Chintaco, y con la mirada le indicó la cama, casi traduciéndoselo.

Renesto asintió como si le costara mucho esfuerzo hacer cualquier movimiento, y arrastrando los pies, se dejó acompañar hasta el borde del colchón, donde por fin, se sentaron. Estuvieron un rato callados, sin decir nada, como si necesitaran hacerlo, dejándose invadir por la paz que les proporcionaban esos momentos, la tranquilidad de estar juntos sin mayor pretensión que la de hacerse compañía. Él había cobijado la cabeza en el hombro de su amiga, mientras ésta observaba de reojo cada detalle de aquella habitación en la que reconocía signos de aquellas cosas que siempre le habían gustado.

- Furiolana tequimado sensere_ intervino Renesto, y dios sabe lo que quería decir con esto.

- No_ contestó ella aun a riesgo de estropearlo todo_ tu familia te está esperando en el salón.

Capítulo 2

COSAS QUE ARREGLAR

Renesto habría querido quedarse en aquella habitación para siempre, haber tenido más tiempo para afianzar sus pensamientos, y quizás así, descubrir cuál era el motor que lo impulsaba a estar vivo, aquél que había intuido frente al vacío del quinto piso de sus padres y que le había impedido hacer lo que se había propuesto. Habría querido quedarse sobre la cama, envuelto en los brazos de su mejor amiga, de su única amiga, en silencio, haber tenido la oportunidad de dejar pasar el tiempo sin más, hasta que el propio tiempo le hubiera marcado el momento de hablar. Y entonces, habría querido contarle muchas cosas a Chini, muchas que ya sabía, pero otras que no le había contado nunca, cosas de su infancia, recuerdos de otra época, pensamientos y sentimientos, acontecimientos que ocurrieron realmente y algunos que solamente existieron en la capacidad de distorsión y exageración que poseía su imaginación, hacerle partícipe poco a poco y sin prisa, de todo lo que había sido su vida. Con ella hubiera podido hacerlo, porque cuando escuchaba, siempre ponía esa cara de atención que fluctuaba en gestos minúsculos transformándose con los detalles del relato. Chini no parecía aburrirse nunca con sus historias.

Renesto se dejaba arrastrar por el pasillo sin voluntad, y ya oía las voces al otro lado. Se detuvo un instante, y Chintaco aguardó a que estuviera preparado, sin presionarle lo más mínimo en aquel momento delicado. Renesto hubiera querido estar junto a su amiga el tiempo que fuera necesario para contarle todo, sin dejarse nada, así hasta agotarse, y al terminar tendría la certeza de que Chini sabía todo lo que había que saber sobre él, y de esa forma, casi serían como una sola persona. No se dejaría ningún detalle, por muy escabroso que pudiera resultar, compartiría con ella incluso sus miedos más profundos, sus secretos más inconfesables, hasta sus vicios ocultos y sus debilidades, porque para conocerlo tendría que saber lo malo, y no sólo lo bueno, y no asustarse al descubrir que quizá en él, eran más numerosos los defectos que las virtudes. Para conocer la verdad tendría que conocer todas las mentiras. Habría hablado y hablado sin parar como si no le quedara tiempo. Pero bien sabía él que eso era imposible, y que quizá no fuera bueno, que detrás de esos delirios idealistas no había un fondo constructivo, pues mal que le pesara, las cosas funcionaban de otro modo por algún motivo. Había cosas que debían ocultarse, cosas que nunca se comparten, cosas que hay que guardar en secreto para siempre. Nadie está preparado para saberlo todo, ni siquiera una madre de su propio hijo. Y quizá, todo lo que no sabían el uno del otro, era lo que realmente los unía. Si. Las cosas requerían del lugar adecuado y del momento preciso, y tenían la costumbre de ir desenredándose poco a poco, lentamente, como si no estuvieran

preparados para recibirlas o asimilarlas de golpe.

De todas formas, justo antes de entrar en el salón, Renesto maldijo el orden de las cosas dentro de su cabeza, y deseó por un instante que no hubiera tanta gente alrededor, tantas responsabilidades, tantas necesidades que cubrir, tantas obligaciones y tantas distracciones, y en definitiva, tantas interrupciones constantes que le impedían hacer las cosas a su ritmo y a su manera.

- Renesto, ven cariño_ le indicó su tía, rompiendo el tenso silencio que se había creado bruscamente entre los asistentes al verle entrar.

Él no movió ni un músculo, pero apretó con fuerza el brazo de Chini del que iba colgado. Ella comprendió en seguida, y sin soltarlo, tiró suavemente de él y lo acompañó.

La tía pensó en lo extraña que era la relación entre su sobrino y aquella muchacha de la que no se había separado en todo el día. Pensó en abrazar a su sobrino, pero el joven estaba literalmente atrincherado al lado de ella y no parecía necesitar nada más. Los demás observaban la escena con incertidumbre y gesto de preocupación.

Chintaco sabía que los lazos que unían a Renesto con aquellas personas, debido a un sin fin de circunstancias personales que nunca había especificado, eran prácticamente nulos, y por eso comprendió la frialdad de la escena. Se dio cuenta de que tenía que sacarlo de allí, pero no sabía cómo hacerlo sin ser maleducada. Seguro que Rene le habría reprendido: "¿A quién coño le importa lo que opinen?", habría dicho.

Renesto, además, causaba un extraño estupor en la gente. Chintaco lo había experimentado en sus propias carnes la primera vez que se había cruzado con él, y le había durado bastante tiempo, durante los primeros meses de relación, pero también había visto el mismo efecto en los demás en innumerables ocasiones. La gente no sabía cómo comportarse a su lado, incluso sus amigos no sabían a menudo qué decir, cómo responderle, si sonreír o quedarse serios, y parecía que tenían miedo de la reacción que pudieran causar en él, como si fuera a saltar con algún corte seco en cualquier momento. Ahora, nuevamente, Chintaco era testigo de aquel temor en los gestos de interrogación de su familia.

- Renesto, hay muchas cosas que arreglar_ se arriesgó su tío con tono firme y voz profunda: "Precisamente ahora tienes que ser fuerte y comportarte como un hombre".

Renesto ignoraba lo que significaba aquella frase hecha. Si lo hubieran visto en el borde de la ventana o llorando frente al espejo, seguramente se habrían echado las manos a la cabeza, pensó. Alzó la vista y lanzó una mirada desafiante a su tío. Todos permanecieron helados, a la expectativa

del huracán que estaba a punto de desatarse. Chintaco observó a su amigo, sintió un estremecimiento en las manos que la agarraban del brazo como si la contagiara cierta electricidad. Lo acarició por si podía servir de algo, y en la lenta transformación de su rostro, en el que las cejas, la frente y los labios se ablandaron, comprobó que había funcionado. Renesto le dedicó una lánguida sonrisa a su amiga y volvió a enfrentarse a la concurrencia:

- Mi padre siempre decía lo mismo_ respondió quedamente.

Chintaco comprendió que se había rendido incluso antes de luchar, y que esta vez no habría ningún problema, lo cual aunque le proporcionó cierto alivio, no dejó de preocuparle, ya que era un comportamiento inusual en él.

El resto de la tarde transcurrió a toda velocidad, y ella no se separó de su amigo en ningún momento. Lo veía vigilar de soslayo a sus primos y a los vecinos que durante treinta años habían compartido descansillo con sus padres, cada vez que se levantaban a ojear los libros o las fotografías de las estanterías, cada vez que desaparecían con la excusa de ir al baño o para traer algo de la cocina, lo imaginaba maldiciendo por debajo de aquella mirada de desconfianza, preguntándose qué harían danzando a sus anchas por aquella casa que no era suya. Al ver cómo aguantaba el tipo, se sintió orgullosa de él. Había parte en el autocontrol que había desarrollado en los últimos años, del que Chintaco se sentía responsable, aunque siempre albergara la duda de si con ello lo estaba convirtiendo en una mejor persona con mayores habilidades sociales o si por el contrario no había hecho más que cohibir y encoger lo puro y salvaje que había en él.

Renesto contestaba una a una a las cuestiones incómodas que le planteaba su tío, y Chintaco se preguntaba cómo era posible que todos eludieran las conversaciones honestas sobre lo sucedido, casi como si no hubiera sucedido nada, los comentarios nostálgicos o sentimentales que un incidente tan repentino, una ausencia imprevisible como aquella, o un desenlace tan triste y dramático, deberían provocar, y quiso creer que la necesidad de apartar el dolor era lo que acallaba cualquier mención que no fuera práctica y fría al respecto.

Ella ya había pasado por algo así, hacía tantos años que casi ni se acordaba, y aunque las circunstancias eran distintas y en este caso, excepcionales, lo que recordaba se parecía mucho a aquello. Simples trámites y una horrible lista de compromisos que se abría por delante de Renesto como un itinerario sombrío y descorazonador de lo que serían inevitablemente sus próximos días y las próximas semanas:

- Yo mismo te acercaré al tanatorio_ mencionó su tío.
- No es necesario, Chini me llevará_ contestó él.
- Por la noche deberías venir a casa y descansar.
- No pienso separarme de ellos hasta que desaparezcan.
- Por la mañana los trasladarán al cementerio de la N1.
- Bien.
- Los enterrarán en un lugar precioso, ya verás.
- No, los incinerarán, y yo elegiré dónde esparcir sus cenizas.
- ¿Estás seguro de que eso es lo que querrían..?
- Si.
- Habrá que pensar qué vamos a hacer con todas su cosas.
- Nada, dejarlas como están.
- Mira, Renesto, tus padres seguro que tenían un testamento.
- No quiero hablar de eso.
- Hay que preguntar a su gestor o su abogado.
- ¿No me has oído?
- Pero...
- ¿Alguien sabe algo de mi hermano?
- Están intentando localizarlo.
- Yo no le he llamado.
- Pronto aparecerá.
- Seguro, y querrá encargarse de todo esto.
- Por lo que tengo entendido, no teníais mucho contacto.

- No nos hablamos desde hace años.
- Bueno, en fin... el accidente cambiará algunas cosas.
- No cambia nada, mis padres están muertos, y yo no.
- Ya, pero tu padre tenía un seguro de vida, ¿verdad?
- ¿Cómo sabes eso?
- Aunque no lo creas, tu madre y tu tía hablaban a veces por teléfono.
- ¿Por qué ellos han muerto y yo no?
- ¿Sabes una cosa? Creo que será mejor seguir en otro momento.

Capítulo 3

ACCIDENTES

Renesto no abrió la boca en todo el trayecto hacia el tanatorio. Solamente dijo una cosa, y no lo dijo apesadumbrado, sino con verdadera curiosidad y mucha rabia contenida: "¿Cómo es posible que el otro coche nos golpeará justo donde yo estaba sentado, que me diera a mí y murieran ellos, cómo han podido morir si yo solamente tengo un par de moretones?".

Chintaco no supo qué responder. En cualquier caso, excepto tópicos del estilo de "tu eres más joven, el golpe no es igual para alguien mayor", o "el destino es misterioso", o peor aún, algo como "todo sucede por algún motivo", que no venían al caso y sonaban a estupidez en aquellas circunstancias, salvo eso, no había nada que añadir.

Su amigo tenía una personalidad tan excéntrica y un modo de comportarse tan poco convencional, que atraía automáticamente las situaciones más inverosímiles. Era un imán para las historias retorcidas con personajes extravagantes, y éstas siempre estaban teñidas de alguna casualidad enigmática o alguna connotación insólita, difícil de creer. Cuando Renesto contaba algo que le había sucedido, a menudo era tan sorprendente y lo relataba con tanto entusiasmo, que parecía que se lo estaba inventando. Pero aquello, aquello era demasiado. Incluso la plantilla del hospital no cabía en su asombro. Todos comentaban el increíble incidente del siniestro total en el que un joven había salido ileso de un amasijo de hierros.

De todas formas, sabía que no era el momento de abordar aquel tema, por mucho que siguiese torturando a su amigo. Así que se concentró en conducir, lo cual para ella era suficiente. No pudo evitar acordarse del modo en que había conocido a Renesto, casi como una parte más de un plan estrambótico, siempre la perfecta historia para contar a unos amigos en alguna cena, puro entretenimiento, pura fantasía, y sin embargo, de nuevo, real como la vida misma. Sus últimos años habían transcurrido sin grandes altibajos por un camino de giros templados, sin esquinas, pero desde que conocía a Renesto, se había convertido en una aventura emocionante, y lo bueno y lo malo se presentaba siempre en sus formas más extremas. Lo que todavía no había llegado a concluir, era si estaba bien así o le hubiera gustado que fuera de otra manera, una manera más recta y suave.

Se acordó entonces de aquella época convulsa. Aquellos últimos seis meses de una relación de ocho años, en la que todo parecía ir bien pero en la que nada era lo que parecía. Seis meses compartiendo piso junto a su novio de toda la vida bastaron para vislumbrar la mentira en la que

había estado inmersa, en cientos de detalles que no encajaban, contradicciones en las que no había reparado aunque siempre habían estado allí, sospechas que cuando trataba de contrastar con él la hacían parecer como una loca que se lo inventaba todo, una paranoica que veía cosas raras, espejismos incómodos que en realidad no existían. Pero claro que pasaba algo. La intuición no solía fallar en esos casos. Demasiado tiempo al lado de una persona para no identificar el menor indicio de una mentira que llevaba prolongándose mucho tiempo. Y fue aquella noche, al colocarle entre la espada y la pared, cuando la verdad salió por fin a la luz entre lágrimas de arrepentimiento y gritos de rabia. Sólo hizo falta una frase para que todo estallara. Una frase: "Por favor, no me mientas, tu no estás enamorado de mí, nunca lo has estado y yo no me merezco esto", y de repente, por alguna razón, quizá porque sencillamente había llegado el momento, él confesó toda una serie de infidelidades, un sin fin de faltas de respeto y una carencia absoluta de lealtad. Chintaco no quiso recordar los detalles. Lo único que le había dolido había sido que la mintieran. Las circunstancias que envuelven la relación de dos personas que se quieren no tenían importancia para ella, pero que en el fondo no la quisieran o la mintieran, había sido una cuchillada que nunca dejaría de sangrar. Su novio recogió las pocas cosas que parecían importarle dentro de aquella casa, seleccionándolas rápidamente como si estuviera desalojando el edificio en medio de un incendio, las metió en una mochila, y salió por la puerta. Ella podía haber pasado la peor noche de su vida nadando entre interrogantes que nunca obtendrían respuesta, pero algo más inmediato iba a ocupar repentinamente toda su atención, algo tan exagerado, que anularía otras consideraciones por el momento, del mismo modo que una quemadura en un dedo hace que te olvides de una jaqueca.

Llevaba dos horas dándole vueltas al asunto, tumbada en la cama, sin intención de dormir, de un lado a otro del colchón, buscando siempre la parte fresca de las sábanas y la almohada. Después de valorar todas las opciones, maldiciendo a su novio, llorando sin parar, con dificultad para respirar, diseñando planes a corto plazo, e intentando adivinar cómo sería todo a partir de entonces, de pronto, la sensación más fuerte de todas la paralizó. Acurrucada en su lado de la cama, lo echó profundamente de menos, y casi sintió ese otro cuerpo cálido muy cerca de ella. El sentimiento de pérdida, la ausencia y el recuerdo, eran tan intensos, que ni siquiera escuchó el crujido cada vez más ruidoso de la madera del parqué. Fue entonces cuando conoció a Renesto.

No sabía nada de arquitectura, bastante poco de materiales de construcción, pero era licenciada en química, se había especializado en orgánica, se había doctorado con una tesis sobre síntesis de antitumorales, y trabajaba en el centro superior de investigaciones científicas, y por tanto, sabía que algo como aquello era muy extraño, algo así, simplemente no sucedía, solamente era factible en la ficción.

Cuando la pared del fondo de la habitación comenzó a resquebrajarse, ya era demasiado tarde. Se incorporó bruscamente, sintió un temblor y seguidamente una fuerte explosión. Cerró los ojos, la habitación se llenó de polvo y el suelo se derrumbó inclinándose hacia un lado. Un colapso inexplicable había catapultado solamente aquella parte de su casa hacia el piso inferior. Chintaco sintió la caída pero fue una sensación muy breve. La cama había zozobrado entre los tablones del entarimado como un barco. Ella había rodado hasta caer por alguna grieta del suelo, dándose un par de golpes en la espalda y en la pierna, y finalmente había

ido a parar a otra superficie blanda. Cuando el ruido cesó, sólo cuando llegó la calma, se atrevió a abrir los ojos de nuevo. Entonces vio a Renesto. Al parecer llevaba viviendo un año en aquella finca, pero era la primera vez que se cruzaba con él, y también fue lo primero que vio tras el incidente.

Aquella habitación tenía una disposición muy parecida a la suya, y ella estaba ahora tumbada en el mismo lugar en el que había estado hacía unos instantes deseando tener de nuevo a alguien a su lado, precisamente en el lado exacto de la cama desde el que él la miraba con los ojos y la boca muy abiertos.

- ¿Te encuentras bien?_ murmuró angustiado.

Chintaco se miró de arriba a abajo. Estaba envuelta en polvo, le costaba respirar, y tenía una herida en la pierna que le había manchado el camión de sangre, pero se encontraba perfectamente. Estaba un poco conmocionada pero no sentía ningún dolor y podía mover todos los dedos de las manos y los pies, aunque la impresión le había dejado en un estado en el cual aquel cuerpo maltrecho no le parecía el suyo.

- Creo que si_ respondió. Todo parecía una pesadilla, pero era real.

- ¿Confías en mí?_ fue lo siguiente que dijo. Ella asintió y no pudo reprimir una sonrisa nerviosa al venirle a la mente, de golpe, todo lo que había sucedido en unas pocas horas. Aunque no habría sabido explicar por qué, y a pesar de que poco antes había jurado no confiar en nadie nunca más, no le había mentado. De verdad confiaba en él.

- Pues... acompáñame, tenemos que salir de aquí_ dijo, y le tendió la mano.

Chintaco echó un vistazo a su amigo. Renesto había bajado la ventanilla y con media cabeza fuera, dejaba que el aire le golpeara el rostro. Tenía toda la cara inundada de luz, y Chintaco creyó estar viendo la cara de aquel joven que había aparecido de la nada en el instante de su vida que más había deseado que apareciera alguien, aquel joven que había evacuado un edificio entero llamando puerta por puerta a las casas de los

vecinos que dormían ajenos al derrumbamiento del ático, mientras descendía por las escaleras, tirando del brazo de una muchacha que le había caído del cielo, y que minutos más tarde, miraba con gesto contrariado la fachada de la finca. Aquella noche eran las luces de las ambulancias y el coche de bomberos, las que bañaban su rostro, pero Chintaco, igual que ahora, pensó que toda esa luz le salía de dentro.

"¿Confías en mí?", había preguntado en aquella ocasión. Ella lo hizo, y desde entonces no había dejado de hacerlo, de hecho, Renesto era la única persona en la que confiaba de verdad. Su carácter podía resultar extraño, pero para Chintaco, era un ser sin esquinas o rincones oscuros, alguien sincero hasta el conflicto, que amaba la libertad por encima de todas las cosas, que no posaba nunca ni cedía un ápice de su honestidad.

Luego resultó que las coincidencias no acababan allí. Fue meses después, rememorando lo sucedido, cuando Renesto le confesó lo asustado y confundido que se había sentido en la excitación de los primeros minutos después del derrumbamiento, pues hacía pocas semanas que se había separado de su novia y con ella estaba teniendo una pesadilla por imaginarla todavía a su lado, en aquella habitación, tumbada en la cama, en el hueco donde los escombros del techo le habían traído a otra chica para rellenar un vacío, porque como él decía, los huecos no eran más que posibilidades dentro del espacio hacia donde podías trasladarte para ocuparlos, pero los vacíos eran zonas oscuras, asfixiantes, llenas de recuerdos, donde no cabía nada más y de los que era mejor alejarse.

Aquella experiencia había dado un giro completo a sus vidas, y poco a poco, según se fueron desarrollando los acontecimientos, descubrieron que los cambios tenían sentido, que la voltereta había sido a mejor, que el cambio era necesario aunque se resistieran a reconocerlo, y que la transformación les había convertido en mejores personas, colocándolos en una posición aventajada a la hora de afrontar el destino.

Ahora, Chintaco se preguntaba qué ocurriría, si aquella muerte inesperada volvería a desbaratar sus planes igual que el derrumbamiento, si sabrían llevarlo por el cauce adecuado y sacar provecho de una crisis de esas características para que no terminara siendo un cisma. Lo único importante, sin duda, era no perder a su amigo en el proceso.

Renesto seguía sin pronunciar una palabra, así que Chintaco asumió rápidamente la labor de voz, y cuando en el mostrador de la recepción del tanatorio, la funcionaria se los quedó mirando, ella preguntó por el padre de su amigo. Sala treinta y tres, fue la respuesta. Luego, justo cuando se disponía a ir en su busca, se detuvo un instante, se mordió el labio inferior, y dirigiéndose de nuevo a la mujer lacónica, la interrogó brevemente acerca de la madre de Renesto. Tras consultar varias veces el registro con asombro, la encargada puso cara de pena y contestó señalando con el dedo por encima de sus hombros: "Sala treinta y tres, al

fondo de aquel pasillo ".

El refectorio estaba lleno de gente a la que Renesto no había visto nunca. Todos guardaron silencio cuando lo vieron aparecer. Después, uno a uno, fueron colocándose casi en fila, esperando el turno para dar el pésame al joven huérfano. Con sutiles variaciones, la escena se repitió de la misma forma. Alguien se aproximaba a Renesto, le daba la mano, lo besaba en la mejilla o lo abrazaba, le comunicaba lo mucho que sentía aquella pérdida, lo informaba de lo buenas personas que habían sido sus padres, y lo animaban a ser fuerte en la adversidad, a seguir adelante a pesar de todo. Sólo un elemento surgió de pronto de aquella cortina de rostros apesadumbrados, y rompió radicalmente la tediosa dinámica. Chintaco había reparado en ella antes que los demás, pero pronto captó la atención de todos los asistentes. Una mujer joven, de edad inclasificable, alta y exuberante, con una melena oscura y tez morena, que vestía un traje ceñido de color ámbar que destacaba inapropiadamente por encima del paisaje de ropas grises, entró en el velatorio y se dirigió con paso determinante hacia ellos, contoneando las caderas de tal manera que arrastró las miradas de la concurrencia masculina, esquivando a la gente con habilidad, sin pedir permiso, abriéndose paso hasta colocarse frente a Renesto. Chintaco jamás había visto a una mujer tan atractiva, tenía un magnetismo que dejaba sin aliento.

- Tu padre sabía que estabas destinado a hacer grandes cosas_ susurró sin siquiera presentarse, con un acento marcadamente latino americano. Por fin, el rictus inalterable de Renesto, cambió para arrugarse: "Aún queda tiempo"_ añadió acariciándole la mejilla, y acto seguido, se dio media vuelta y se marchó por donde había venido.

Renesto permaneció el resto de la tarde y la noche entera junto a la vitrina que albergaba los cadáveres de sus padres. Se le agolpaban tantos recuerdos, tantos pensamientos que se entrelazaban, tantas incógnitas de ida y vuelta, cuestiones que desentrañar, anécdotas que evocar o tratar de ahuyentar, y decisiones que tomar, que ni siquiera sintió el sueño, la sed, el hambre, o lo entumecidas que tenía las piernas, hasta que Chintaco regresó, y se incorporó para recibirla. Se mareó, sus rodillas cedieron y se doblaron, y se desplomó como un muñeco de trapo. Sólo entonces la maquinaria cesó, y se dejó cuidar un rato. Acababa de amanecer cuando su amiga lo arrastró a la cafetería y lo obligó a tomar una tostada y un café. Mantuvieron conversaciones sucintas y despaciosas. Había un montón de cosas que hablar, pero solamente charlaron de trivialidades porque ambos sabían que no era el momento para nada más. Él tenía su mano entre las de ella, y dejaba que se la apretara, arañándole la palma y jugueteando con sus dedos. Nada le resultaba más reconfortante que esa sensación, y la primera vez que lo había experimentado, había sido con ella.

Chintaco tenía los ojos hinchados de tanto llorar, pero no había permitido que nadie, y menos su amigo, la viera hacerlo. Alguien se acercaba a ella, le contaba alguna experiencia que había compartido con los fallecidos, y entonces sentía cómo un nudo se le subía bruscamente desde el estómago a la garganta, de tal forma que no le quedaba más remedio que huir rápidamente, salir fuera o encerrarse en el baño, y romper a llorar casi como un escopetazo. La pena se le acumulaba como una inflamación hasta que drenaba por sí sola, y vacía de ella, volvía a entrar, repitiendo la operación una y otra vez, como si estuviera recogiendo la tristeza de todos, barriéndola para expulsarla lejos de allí, sacándola al exterior para que se la llevara el viento.

Renesto en cambio, no había derramado ni una sola lágrima. Mantenía los párpados entornados como si estuviera ido, como si en realidad estuviera en otro sitio, y quizá así fuera, un sitio que solía frecuentar a menudo, donde se sentía más cómodo, donde todo estaba en su sitio, donde tenía el control y las cosas sucedían tal y como él quería, el rincón de todas sus fantasías.

Chintaco, igual que en numerosas ocasiones, a veces para apaciguarlo y otras para hacerle reír, le acarició los ojos suavemente y dijo:

- ¿Sabes que la piel de los párpados es la más delicada de todo el cuerpo? Renesto sonrió. No tardaron en venir a buscarlos.

Capítulo 4

LADY

Renesto no se molestó en llevar la contraria, estaba demasiado cansado, y según los designios de su familia, la ceremonia se ofició por el rito cristiano en la capilla del cementerio, a pesar de que él era consciente de lo mucho que eso habría irritado a su padre. Simplemente pensó que aquel trámite frente a lo divino nada tenía que ver con el alma del muerto, sino que se correspondía con la necesidad que tenían aquellas personas de calmar su espíritu. No obstante, bastaron dos frases del cura, para que Renesto chistara con la lengua, y negando con la cabeza agachada, se marchara de allí ante la atónita mirada de los presentes, que iniciaron un murmullo de comentarios hasta que el sacerdote reanudó el sermón.

Se sentó en las escaleras de entrada a la capilla y maldiciendo entre dientes, encendió un cigarro y le dio una profunda calada.

- ¿Pasa algo?_ lo sobresaltó la voz femenina de alguien que estaba detrás de él.

Al girar la cabeza comprobó que se trataba de la mujer del traje ámbar, que también fumaba, apoyada contra el muro de piedra que rodeaba el santuario. Renesto sintió una inexplicable complicidad con aquella mujer, quizá porque al igual que él, había eludido asistir a la misa, o por lo poco convencional de su modo de actuar en una situación como aquella, sonriendo casi sin parar cuando se suponía que debía hacer lo contrario, o quizá, simplemente porque era tremendamente guapa y él sentía una atracción inmediata hacia los hombres y las mujeres así. En cualquier caso, fue por algo de eso que no se escabulló de la conversación con un escueto "nada" pronunciado con desidia para dar por zanjado el asunto.

- El tipo de la sotana_ respondió con sarcasmo para que se notara un leve desprecio: "Va, y dice que no estemos tristes, que mis padres están en un lugar mejor, no te jode".

- ¿Quién sabe?, la gente necesita creer en algo_ anotó ella, y lo miró fijamente entornando los ojos: "De todas formas, dios es otra cosa".

Había algo en su escepticismo o en su mirada que lo dejó sin palabras. Las dos veces que aquella mujer le había dicho algo, Renesto había sentido el impulso de recapacitar sobre ello, y eso también le gustaba. Según su padre, sólo la gente interesante invitaba a reflexionar cuando hablaba, para él era un rasgo de personas inteligentes. En aquel instante, Renesto sólo acertó a preguntarse en qué creía él, si es que creía en algo.

- ¿Y tú, en qué crees?_ provocó a la mujer.
- Yo creía en tu padre_ contestó sin pensárselo dos veces. Renesto dio un respingo. Todo en aquella desconocida le parecía desconcertante.
- ¿Quién eres?
- Me llamo Lady.

Lady parecía saber muchas cosas sobre él, pero Renesto, de ella, sólo conocía su nombre. Eso, unido a la indudable sensualidad que le transmitía su acento y su forma de hablar, lo colocaba en una posición de desventaja que en condiciones normales no le habría gustado nada, sin embargo, había algo en aquella vulnerabilidad, en el poco control que tenía sobre los factores de aquel encuentro, que lo sedujo definitivamente, o por lo menos, lo estimuló a adentrarse sin miramientos.

- ¿De qué conocías a mi padre?
- Coincidimos en un avión_ respondió, y su sonrisa se ensanchó. Tenía los dientes enormes y muy blancos.
- ¿Y os hicisteis amigos?_ Renesto odiaba tener que moderar cualquier conversación. No era su estilo. Normalmente eran los demás los que le tiraban de la lengua a él. La mayoría de las ocasiones porque no tenía nada que decir o porque no le interesaba lo que se estaba debatiendo, otras, porque si alguien quería contarle algo, no veía necesario tener que participar para que lo hiciera. Pero ahora, estaba realmente intrigado, y las respuestas de ella no hacían más que incrementar su deseo de saber más.
- Bueno, no exactamente, eso sucedió después_ Lady rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó una hoja de periódico doblada en dos partes y se la ofreció.
- ¿Qué es esto?_ preguntó él mientras lo cogía.
- No lo leas ahora_ le aconsejó. Renesto obedeció y lo guardó en el pantalón.
- ¿Recuerdas el incidente de aquel vuelo transoceánico en el que tu padre se vio envuelto?

Claro que se acordaba, como para no acordarse, salió en todas las televisiones. Su padre no había vuelto a ser el mismo desde entonces. Aquella experiencia misteriosa de la que guardaba un secretísimo absoluto sin desprenderse de ningún detalle por mucho que alguien indagara, lo había cambiado por completo, volviéndolo más hermético, más huraño y

solitario.

- Éste es el artículo que escribí para la revista en la que trabajaba después de varias averiguaciones. Nunca llegaron a publicarlo.

Renesto estaba paralizado. La misma pregunta martilleó su cabeza en los segundos que duró el silencio. Lady, como si le hubiera leído el pensamiento, agregó:

- Si, yo estaba sentada a su lado en el avión cuando todo aquello sucedió.

- ¿Qué ocurrió exactamente?_ pero la pregunta de Renesto se perdió en el aire, cuando las puertas se abrieron y apareció Chintaco, con la urna que contenía las cenizas de sus padres entre los brazos junto al pecho, y una comitiva de asistentes detrás de ella.

La joven quiso lanzar una mirada de recelo a la mujer de ámbar, pues era evidente que acababa de interrumpir una conversación íntima o intensa a juzgar por la pose de disimulo mal fingido que habían adoptado, pero como de costumbre, se hizo la tonta y se reservó cualquier muestra de celos para sus adentros. Habría querido echarle una mirada que reflejara cómo se sentía, pero nunca había sabido hacer eso. También habría querido preguntarle a Rene de qué estaban hablando, pero se había habituado a no inmiscuirse en los asuntos de los demás por miedo a resultar grosera, entrometida o inoportuna.

- Han mezclado ambos restos_ le comunicó mientras le entregaba la urna_ ¿Y ahora?

Renesto sabía que sus padres deseaban ser incinerados, pero tras rechazar la posibilidad que les habían ofrecido en el crematorio de reservar un nicho en el propio cementerio para depositarlas, o dejarlas descansar, como ellos mismos habían expresado, ahora, no sabía que hacer con ellas. La gente se agolpaba a su alrededor. Tampoco eran demasiados. Algunos ya se dirigían al aparcamiento para marcharse en sus coches, pero la mayoría los observaban expectantes. Su tío y algunos familiares cercanos hicieron el amago de aproximarse a él, supuso Renesto que para despedirse y volver a compartir sus condolencias. Él no quiso darles esa oportunidad.

- Vayámonos ya_ le dijo a Chintaco.

Y con un "gracias a todos" y un falso "estaremos en contacto", pues no tenía la menor intención de verles en mucho tiempo si no era estrictamente necesario, y acompañando esas dos frases de un movimiento de la mano a modo de despedida, agarró la urna con un brazo, a su amiga con la otra mano, y se marcharon de allí. Sin embargo,

cuando llevaba unos diez metros recorridos, sin saber muy bien por qué, se dio la vuelta y dirigiéndose a Lady, alzó la voz:

- ¿Vienes?

Dio la casualidad de que Lady se había desplazado hasta allí en transporte público, o eso es lo que dijo, por lo que no rechazó la oferta de volver en coche con ellos. Renesto tenía la sensación de que algo se había quedado a medias o una vaga intuición de que aquella mujer podía ayudarlo de alguna manera, lo habían impulsado a invitarla.

- ¿Y bien, dónde hay que dejarte?_ se dirigió Chintaco hacia la desconocida mientras conducía, preguntándose cómo podía llevar una falda tan corta, echándola un rápido vistazo por el espejo retrovisor, consciente esta vez de que había dejado que su pregunta sonara un poco insolente.

- Una vez estemos en el centro, me las apaño, pero si me dejas cerca de la estación de autobuses, mejor_ le aclaró Lady en un tono neutral, sin inflexiones en la voz. Se había dado cuenta de que no le caía simpática. Aquella chica que conducía era del todo transparente.

- ¿Te marchas de la ciudad?_ intervino Renesto.

- Estoy deseando volver a mi isla_ fue la respuesta entusiasta de Lady.

- ¿Dónde se supone que es eso?_ indagó Chintaco, quien se sintió un poco avergonzada por el modo de preguntarlo.

Había algo en Lady que ocupaba un espacio exagerado, una serie de aspectos no intencionados, que no dejaban hueco para nada más. Sus ojos y sus labios enormes, cómo le brillaba la mirada, su acento, el volumen que adquiría al hablar, el tono desenfadado que imponía a todo lo que decía, su pecho abultado, sus caderas, su peinado fosco y su forma de vestir. Un conjunto de cualidades que seguramente resultaban arrebatadoras para un hombre, pero que a Chintaco, opuesta en su esfuerzo por ser tímida, anónima o invisible, la hacían desconfiar. Tenía la tendencia a no fiarse de quienes por circunstancias naturales ostentaban cierto poder sobre los demás, aquellos demasiado guapos, demasiado listos, demasiado carismáticos, más que nada, porque le parecía injusto, e incluso peligroso.

- San Borondón_ contestó ella con una carcajada breve pero encantadora.

- Nunca he oído hablar de ella_ dijo Renesto frunciendo el ceño y

dedicándole a Chintaco, de soslayo, una fugaz mirada que la reconfortó.

- ¿Nunca oíste hablar de la isla fantasma?_ y al decir esto, Lady se incorporó del asiento trasero y colocó la cabeza entre los delanteros como si fuera una niña pequeña.

- Mira Lady_ y Renesto adquirió de pronto un tono fraternal, como si estuviera sacando paciencia de donde no le quedaba: "Desde que has aparecido, todo lo que me cuentas parece un acertijo".

- Un poco críptico, ¿verdad?_ y Lady soltó de nuevo una pequeña risa que sonaba como el maullido de un gato.

- A mi padre le encantaba esa palabra_ y no pudo ocultar la pena que le causaba mencionarlo.

- Lo sé_ apuntó ella acariciándole un poco el pelo, lo cual hizo que Renesto diera un leve respingo.

- ¿Lo conocías bien, verdad?_ añadió él arrastrando las palabras, como rendido de tristeza, como si por un instante, frente a ella, hubiese derribado todas las barreras que le imponía su carácter combativo.

- Se pasó toda la vida resolviendo ecuaciones, ¿cómo no le iba a gustar esa palabra?_ dijo ella.

- Toda la vida_ repitió Renesto despacio, como si estuviera pensando en alto.

- Tu padre pasó mucho tiempo en la isla. A menudo venía con tu madre. Les encantaba, pero ella no quería dejar su ciudad natal, su barrio, y por supuesto..._ volvió a acariciarle un mechón de pelo a Renesto y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo: "... no quería separarse de ti".

Renesto se frotó la cara con ambas manos. Parecía que se iba a echar a llorar. Pensar en su padre le resultaba muy doloroso, pero acordarse de su madre era insoportable. Estaba familiarizado con esas escapadas de sus padres, cada vez más frecuentes, y de sus estancias cada vez más prolongadas en una casa junto a la playa, pero carecía de más datos al respecto. ¿Por qué no le habían contado nada sobre aquella isla, por qué no les habría preguntado más?

- ¿Estás bien?_ intervino Chintaco preocupada aun a sabiendas de que la pregunta volvía a estar fuera de lugar, ya que resultaba obvio y no merecía respuesta.

Renesto miraba la urna fijamente, recapacitando, dejando que la idea que

acababa de ocurrírsele, tomara forma.

- Quizá deberíamos llevar sus cenizas a esa isla_ dijo al fin cuando supo materializar lo que le rondaba la cabeza.

- Me parece una idea estupenda_ se apresuró a decir Lady. -
Podríamos acompañarte ahora mismo_ Renesto se giró para mirarla entusiasmado con la idea. - Por mi perfecto, tarde o temprano habrías tenido que conocerla.

- Pero yo no puedo ir, tengo un montón de trabajo en el laboratorio_ anotó Chintaco un poco agobiada con el cariz que estaban tomando los acontecimientos, realmente frustrada o nerviosa de imaginarse a los dos en una playa.

- Yo sin ti no voy a ningún sitio_ afirmó entonces Renesto, y Chintaco sintió un alivio instantáneo.

Para cuando llegaron a la estación de autobuses, la decisión ya estaba tomada. Lady partiría hacia la misteriosa isla, que supuestamente, según les explicó, se hallaba en algún punto situado cerca de la costa occidental de África, en pleno océano Atlántico, entre los trópicos. Renesto trataría de organizar el viaje en función de las indicaciones que la latinoamericana le enviara por correo electrónico, y de paso, daría tiempo a su amiga para que avisara en el trabajo de las próximas vacaciones forzosas, algo así como una breve excedencia por motivos personales.

- No encontrarás nada en internet, así que no busques el aeropuerto, hoteles, ni siquiera su latitud, su longitud, su demografía, fauna o flora_ le aconsejó Lady soltando una carcajada: "Te escribiré en cuanto llegue, muchas gracias". Luego se bajó del coche, les guiñó un ojo de un modo encantador y se alejó bamboleando sus caderas como si estuviera bailando.

En cuanto salió del coche, se produjo un vacío automático, como si entrara aire de repente, y Renesto y Chintaco regresaron a su habitual silencio cargado de pensamientos que de alguna manera compartían sin pronunciar una sola palabra. Para él era un plan perfecto. Nada le apetecía más que salir de allí cuanto antes. Necesitaba cambiar de aires, desconectar, tiempo y espacio para pensar con claridad. Nunca se le habría ocurrido, pero ahora que se le presentaba la oportunidad, no tenía la menor intención de dejarla escapar. El modo en que la casualidad le había ofrecido esta vía de escape en el peor momento de su vida, era demasiado tentador, aunque la intuición le decía que no había sido del todo casualidad. Por otro lado, sentía una curiosidad enorme por aquella isla, la necesidad de rastrear ese ámbito de la vida de sus padres, que tanto se habían molestado en ocultar. Poco podía hacer ella al respecto. Quería estar junto a su amigo en aquel lance, jamás se habría perdonado

no acompañarle, sabía que si no lo hacía acabaría arrepintiéndose tarde o temprano. Desde que se conocían, nunca se habían separado, se habían visto todos los días sin excepción, y aunque tampoco era muy normal, no iba a romper esa costumbre precisamente ahora.

- ¿Te quedas a dormir?_ le pidió él cuando aparcaron frente a su casa, y aunque no sonó a súplica, Chintaco no tuvo duda de que lo era. Conocía esa manera de apretar los labios y mirar hacia otro sitio, y siempre significaba "por favor".

- Claro.

- Shisha, shisha_ le agradeció él en su idioma inventado, sonriendo con melancolía y acariciándole la mejilla.

Chintaco le devolvió la sonrisa, y de nuevo, se guardó sus inquietudes para otro momento que quizá nunca llegaría. Temía que la ilusión de su amigo fuera tan fugaz como un espejismo, aquél en el que en su opinión se había sumido. Temía que todo fuera una de esas fantasías para evitar que la realidad le doliera tanto, y que la caída sería aún peor, pero una vez más en sus vidas, no había otra manera de afrontar los hechos que dejándose llevar.

Capítulo 5

GORRIONES AL ATARDECER

Ya en casa, calentaron una sopa de sobre caliente y prepararon una ensalada de tomates con queso feta.

- ¿Nunca te habló de esa isla?_ Chintaco tenía la cabeza inclinada sobre su plato humeante y soplabla suavemente la primera cucharada de sopa acercándosela a la boca.

- Se había vuelto muy reservado_ contestó justo antes de sorber de su cuchara sin esperar a que se enfriara: "Algo me comentó mi madre en alguna ocasión, pero no le presté atención", se odió para sus adentros por esa maldita manía de oír lo que le decían sin escucharla realmente, acoplando el oído y contestando con monosílabos: "Pensaba que era otro de sus viajes para conocer mundo, los últimos diez años habían tomado la costumbre de hacer por lo menos uno al año".

- Hablaba todo lo que tu padre callaba, ¿no crees?_ agregó ella con nostalgia.

Cuando les invitaban a comer algún fin de semana, Chintaco siempre terminaba con la madre de Renesto en la cocina, manteniendo interminables charlas distendidas sobre cualquier frivolidad mientras éste se iba a leer al salón y su padre se encerraba en el despacho. Renesto asintió, sorprendiéndose al comprobar, que igual que hacía con su madre, tampoco había escuchado lo que le acababa de decir su amiga. No había reparado en ello, pero las dos se parecían mucho, no sólo en la consunción de su físico, su tez pálida, su pelo oscuro y sus manos delgadas, sino también en el perfecto modo en que escuchaban a los demás y la paciente resignación que adoptaban cuando los demás no las escuchaban a ellas.

- No siempre fue así_ dijo refiriéndose a su padre: "Antes nos contaba todo lo que pensaba, las historias de los libros que leía, los problemas a los que se enfrentaba en sus experimentos aunque nadie entendiera nada, los ingenios que se inventaba, no sé, era como si nos utilizara para expresar en alto sus inquietudes y sus ideas, todo aquello que le entusiasmaba, como si al darle forma de esa manera, al materializarlo en palabras y contrastarlo en voz alta, pudiera saber mejor qué era aquello en lo que estaba pensando", Renesto suspiró: "No hablaba con nosotros, la mayoría de las veces lo hacía para sí mismo. Parece egoísta, pero a nosotros nos gustaba".

- ¿Qué pasó?_ intervino Chintaco mostrando interés.
- Se encontró con un problema que no pudo resolver, algo que le superó_ tenía la cuchara suspendida en el aire, entre el plato y la boca, y los ojos entornados, como si estuviera mirando un punto muy alejado de donde estaban: "Encalló en una de esas ecuaciones de los cojones, realmente naufragó en ella, dejó de afeitarse, se descuidó", de pronto salió del recuerdo en el que estaba absorto, engulló lo que le quedaba en el plato, y concluyó: "Yo qué se, se obsesionó, simplemente eso".
- Como tú con tu música, pura obsesión_ se burló de él. Siempre le recriminaba que no pudiera pensar en otra cosa que sus historias o sus canciones las veinticuatro horas del día.

Renesto le dedicó una mueca de ojos entornados y sonrisa falsa.

- Era enternecedor_ añadió ella al evocar en su memoria el aspecto de aquel hombre mayor que salía de su despacho con el pelo revuelto, la barba desaliñada y una bata desteñida y llena de agujeros que serresistía atirar.
- Si, no sé.
- Un auténtico científico, siempre concentrado, siempre pensando en otra cosa, relacionando todo lo que le rodeaba con aquello que le apasionaba. Ojalá yo fuera así.
- Lo eres, pero no te das cuenta_ apuntó Renesto con malicia.
- Me temo que no_ suspiró: "Me despisto con el vuelo de una mosca".
- Eso no es despistarse, sólo distraerse un poco_ se burló.

Renesto se acordó de cómo su padre podía pasarse horas enteras observando detenidamente el baile de las moscas que se arremolinaban bajo la lámpara del salón en las tardes de verano, como si intentara desentrañar las causas de un fenómeno tan singular.

- Tu sabes bien de esto, ¿verdad?_ dijo Chintaco con ironía: "Siempre buscando la inspiración por los rincones, cualquier detalle minúsculo en el que nadie se ha fijado que te ayude a escribir tus historias".
- Muy graciosa.
- En el fondo, te pareces más a tu padre de lo que crees.

Renesto pensó que probablemente estaba en lo cierto, además, no era la primera vez que se lo decían. Y entonces, recordó las últimas palabras que

le había dicho su padre, justo antes de subir al coche, minutos antes del terrible accidente, en un tono extrañamente confidencial, con una seriedad que le puso los pelos de punta, como intentando captar toda su atención para que no se le olvidara ni una letra:

"¿Sabes por qué los gorriones y las golondrinas se vuelven locas cuando está a punto de atardecer? Para que personas como tú y como yo nos preguntemos cuál es el motivo".

Eso fue lo último que dijo. Tan abstracto como siempre, casi como mirar un cuadro. No era la primera vez que tocaban el tema. Renesto le había hecho esa pregunta un millón de veces cuando aún era un niño. Siempre se quedaba hipnotizado cuando los pájaros se ponían a revolotear en bandadas inmensas por encima de los edificios describiendo lazos caóticos de ida y vuelta en el aire, piando como locos. Dejaba lo que estaba haciendo y permanecía un rato hechizado con el espectáculo, y a menudo, cuando había algún adulto cerca, lo atosigaba para obtener una respuesta que explicara aquél fenómeno, aunque ésta nunca lo satisfacía y terminaba por inventarse una a su medida. La que más le gustaba, era aquella de que sencillamente se despedían del sol, antes de que se apagara, como si los pájaros fuesen capaces de un ritual de esas características.

Ahora, su padre se despedía de él respondiendo a aquella pregunta. Casi como cuando le explicaba en qué consistía su trabajo: "Alguien observa una cuestión o tiene una idea, otro la estudia y analiza, otro se la cuenta a los demás, y luego, habrá quien la utilice y la aplique, quien la mezcle, quien la enseñe, y por supuesto, siempre habrá alguien que saque tajada con la invención." A él le gustaba más aquella definición corta que a veces utilizaba: "Yo, hijo mío, hago que las hipótesis se conviertan en axiomas, demuestro las teorías, las hago tan reales como que uno más uno son dos." Aunque incluso de eso dudaba Renesto, ya que para él, uno más uno eran dos sólo porque algún profesor le había dicho que era así, pero, ¿y si se equivocaba? ¿y si todos estaban equivocados?. Cuando compartía estas dudas absurdas con su padre, éste reía a carcajadas y luego respondía: "¡Exacto!"

Le había parecido extraño. No venía a cuento para nada. Esa frase, justo antes de morir, como si hubiese querido decírselo antes y supiese que no habría otra oportunidad de hacerlo. Su madre no había hablado, ni había dicho nada, lo cual era igualmente extraño. La conocía muy bien y le pasaba algo. Renesto recapacitó durante unos segundos. Quizá ya lo había hecho, y recordó el modo excesivamente sincero o dramático con el que le había hablado en el mercado, la misma mañana del accidente, como haciendo una lista de lo único importante, mirándolo directamente a los ojos y asegurándose de que en aquella ocasión, él la estaba escuchando: "Te quiero muchísimo cariño", y después: "El final sólo es el principio de otra cosa, eso dice tu padre", y más tarde: "Deberías llamar a

tu hermano".

Todo aquel día se le presentaba en fotogramas que no le dejaban tranquilo. Hacía sólo tres días, era normal, pero Renesto presentía algo más. No podía dejar de pensar en el comportamiento inusual de sus padres y la misma cuestión le martilleaba el cerebro sin tregua: ¿Y si sus padres sabían que iban a morir?. Y como siempre: ¿por qué él había salido ileso?

- Si eso fuera cierto, ¿por qué no aprovechó para despedirse como Dios manda, por qué no te habló de la isla, de los preparativos para dejarlo todo atado, por qué no te explicaron las cosas a las claras directamente?_ Chintaco lo miraba con escepticismo.

Renesto sabía que su amiga tenía razón. Solamente ella toleraba a menudo aquellos desvaríos de su imaginación, pero en esta ocasión era demasiado. Debía admitir que su pasión por las teorías conspirativas, su fe en los hilos que no se ven, su creencia en causas y consecuencias que estaban más allá de su entendimiento, habían llegado demasiado lejos en aquel caso. Se nutría de esa clase de ilusiones para construir sus ficciones, pero debía aprender a dejarlas de lado en determinadas circunstancias.

- Tienes razón, es una soberana estupidez_ dijo para convencerse a sí mismo.

- Quizá tus padres intuyeron que algo malo estaba a punto de suceder. Eso es todo. Cosas así pasan todos los días. Todas las personas son un poco videntes a su manera_ anotó ella.

- De todas formas_ añadió: "Si mi padre hubiese querido despedirse, no lo habría hecho directamente, lo conozco bien, bueno, lo conocía", y la tristeza afloró durante un instante al darse cuenta de que por muy presentes que estuvieran, debía empezar a hablar de ellos en pasado: "Quiero decir, que habría usado una frase muy parecida a la que me dijo".

Capítulo 6

EL AVIÓN QUE NO PODÍA VOLAR

Un silencio necesario se adueñó del salón. Renesto se levantó, encendió la televisión a un volumen inaudible, y se sentó en el sofá. Chintaco dejó de pensar, estaba agotada, se tumbó junto a él, y pronto se quedó dormida. Era pronto para sacar conclusiones, y aunque en toda aquella historia había nudos que desenredar y muchas piezas que encajar en su sitio, lo más inteligente era dejar que las cosas fueran cayendo por su propio peso, sentir, padecer nada más, dejarlo salir, curarse poco a poco si es que alguien podía recuperarse de un golpe así, y cerrar puertas y ventanas para poder continuar con su vida. De momento tenía un viaje que planificar, y un último deseo, el de su madre, por cumplir: debía llamar a su hermano. Se quitó la chaqueta y arropó a su amiga. Luego fue a la habitación, y al quitarse los pantalones para ponerse el pijama, una hoja de periódico doblada salió despedida por los aires y cayó en el colchón. Acomodó la almohada en el cabecero de la cama, encendió la luz de la mesilla, suspiró, desdobló la hoja que le había dado Lady, y se dispuso a leer: "El avión que no podía volar", dictaba el titular. Un poco sensacionalista, pensó Renesto:

" El vuelo número 2509 proveniente de Islandia con destino Madrid ha estado a punto de estrellarse en mitad del océano Atlántico. Por razones desconocidas, la noche del 13 de Marzo, exactamente a las cuatro en punto de la madrugada, hora de procedencia, el avión de pasajeros modelo boeing 747 con 200 pasajeros en su interior, interrumpe bruscamente la conexión y las emisiones de localización quedan completamente anuladas en una latitud y una longitud predeterminadas.

Según los informes de la policía nacional española, a las cuatro y cuatro minutos de esa misma noche del 13 de Marzo, una llamada anónima desde un número fijo privado 300 33 00 con prefijo 91, informa a la centralita de la comisaría provincial de Madrid, distrito 28043, que el vuelo hacia Madrid con número de referencia 2509 está cayendo en picado. Ante la desconcertante respuesta de la receptora, el interlocutor, confuso y excitado, cuelga.

Un minuto después de esa inquietante llamada, el aeropuerto de Barajas recibe un aviso urgente desde el mismo número de teléfono, comunicando un incidente idéntico. Cuando Rosa Martínez, personal en turno de noche de la terminal uno para vuelos internacionales, con chapa número 22, pide al interlocutor que se identifique, éste se presenta con el nombre de Amaya Gutierrez con un tono de voz extremadamente nervioso. Rosa se pone inmediatamente en contacto con el responsable directo superior en el escalafón. Se suceden una serie de llamadas, que tras confirmarse, colocan al aeropuerto de Madrid en estado de alerta. Rosa deja a Amaya a

la espera tratando de calmarla en los minutos siguientes, pero al poco rato, ésta desconecta el aparato.

A las cuatro y cuarto, una serie consecutiva de llamadas colapsan las líneas telefónicas del aeropuerto madrileño e islandés. La identidad de los cientos de llamadas, coinciden con los titulares del pasaje número 2509. Los mensajes son anuncios ininteligibles desde los móviles, que describen una situación caótica, incierta y dudosa en el interior del avión. Se trata en su mayoría de preludios de una catástrofe que no llega a suceder, misivas de socorro difusas que reflejan una situación de histeria colectiva frente a un suceso que parece inminente pero que a lo largo de la hora posterior al primer comunicado no alcanza su culminación.

Después de confirmar por radar, la extraña desaparición del artefacto y tras la autorización del ejército islandés, un operativo de salvamento parte a las nueve y media de la mañana del centro de operaciones militares del aeropuerto de Keflavic, hacia el lugar exacto donde supuestamente se perdió contacto con el aparato.

La mañana del 14 de Marzo, en los noticiarios de todas las cadenas de la televisión española, y pronto a nivel internacional, en continuos avances informativos, una selección de imágenes captadas por el ejército de salvamento marítimo muestran, por un lado, la enorme eslora del vuelo comercial 2509 posada encima del mar como un cascarón de nuez, flotando inmóvil en medio del violento oleaje, por otro, varios cortes del rescate de los pasajeros, y finalmente, el hundimiento del mismo con la mitad de su estructura sumergida en el mar. Los medios de comunicación realizan un análisis profundo, documentándose exhaustivamente sobre el caso y establecen en diversas planas, entrevistas y tertulias, un sin fin de hipótesis que no hacen sino extender la leyenda entre la población de medio mundo, una noticia que se transforma en mito, y que finalmente se irá desvaneciendo a lo largo del mes siguiente al accidente.

Después de un largo proceso en el que se interrogó uno a uno al personal y los pasajeros del vuelo 2509, la investigación ha concluido con la teoría de que al ser un boeing, la nave no cayó a plomo como habría sucedido con un airbus, sino que planeó hasta llegar al mar. Según fuentes oficiales, la caja negra del aparato no reveló anomalía alguna en la actuación del comandante, la tripulación de a bordo, así como en el funcionamiento de los motores, pero sí un cese sin precedentes en el registro de datos que duró aproximadamente quince minutos.

Se han escrito muchas hipótesis con respecto a lo sucedido aquella madrugada. Yo no pretendo arrojar luz sobre el asunto. Sin embargo, como pasajera del vuelo 2509, sí puedo asegurar que el argumento que me parece más convincente, sigue siendo el que habla de un avión que

durante quince minutos, perdió la capacidad de volar.

Algunos dicen que fue un milagro. Yo estaba allí, y lo único que me atrevo a afirmar es que lo que ocurrió aquella noche fue solamente un aviso, y que quien quiera que conozca la verdad, ha decidido guardarla en secreto. Sus razones tendrá. Quizá no estemos preparados para conocer esa verdad. Quizá nunca lo estuvimos y quizá nunca lo estemos. "

Renesto leyó varias veces el último párrafo. Luego dejó la hoja extendida a un lado de la cama, se dejó resbalar hasta estar tumbado boca arriba, y se quedó mirando el techo. ¿Quién no conocía aquella historia? El artículo de Lady no le proporcionaba ningún dato distinto, nada nuevo que pudiera interesarle, tan sólo la opinión de alguien más. Sin embargo, aquella mujer que parecía conocer bien a sus padres había decidido entregarle aquel recorte en el mismo funeral, y ahora, él volvía a acordarse de aquel episodio en el que hacía tiempo que no pensaba. ¿Qué tendría que ver con ellos salvo por el hecho de que los dos estaban allí? Si lo que quería Lady era explicarle el modo en que se habían conocido, habría bastado con decírselo. Pero le había dado el artículo para que lo leyera, como si pretendiera otorgarle mayor importancia, sabiendo que removería muchos recuerdos, como regalándole la primera pista de un rastro que debía seguir. Su padre no se había prodigado en detalles, pero sin duda, aquella experiencia lo había dejado marcado para siempre. Después del incidente, había abandonado su trabajo para encerrarse en casa. Comenzaron sus escapadas, sus viajes, sus citas, salidas en mitad de la noche, sus explicaciones vagas y su silencio. Nunca más supo con exactitud quién era, qué lo movía o a qué se dedicaba. Renesto suponía que haber estado cerca de la muerte era motivo suficiente para provocar aquel cambio de actitud, pero no le cabía duda de que había algo más. Ahora, desenredar ciertos secretos se le presentaba como una prioridad, por encima de otras consideraciones.

Chintaco habló con su jefe de departamento y alegando problemas familiares, consiguió que le cedieran una semana de vacaciones. No fue difícil, no había faltado un sólo día en ocho años. Esto le dejaba a Renesto dos días laborables para preparar las cosas antes del viaje, pues no tenía intención de quedarse ni un minuto más de lo necesario. Cogió el ordenador, su bolsa de aseo y una mochila con un par de mudas limpias, y se trasladó a casa de sus padres. Las seis vueltas de la llave en la cerradura sonaron en su ánimo como los pesados tambores de una marcha fúnebre, y al entrar, percibió ese olor doméstico que depositan las personas en los objetos con los que conviven durante mucho tiempo. Respiró hondo, y como quien huye de una crisis de ansiedad, se ocupó rápidamente para no pensar.

No habían pasado ni dos horas desde que había llegado, lo justo para desayunar y sumergirse en decenas de recuerdos que iba extrayendo cuidadosamente de las estanterías para guardarlos en cajas de cartón,

cuando el teléfono interrumpió bruscamente la pena de sus meditaciones. Por un instante, pensó en no cogerlo. Nada le habría horrorizado más que tener que explicar la situación a alguien que llamara sin saberlo. Finalmente, después de una interminable serie de timbrazos, descolgó. Era su tío.

- Me imaginaba que estarías ahí porque he llamado a tu casa y no lo has cogido_ le informó.

Después le avisó del motivo principal de su llamada: a lo largo del día había llamado al gestor que llevaba los asuntos de su padre para concertar una cita y arreglar la firma del testamento.

Acababa de colgar el auricular, cuando el teléfono sonó por segunda vez. Renesto contestó resueltamente pensando que sería su tío, que habría olvidado decirle algo, pero no, se trataba del gestor, un tipo de voz grave y gutural que ni siquiera se molestó en pedirle opinión, sino que se apresuró a citarlo para el día siguiente en la oficina del notario. Renesto apuntó la dirección en una servilleta de papel de la cocina. Antes de terminar, el sobrio administrativo le advirtió de que sería preciso la asistencia de los dos beneficiarios, él y su hermano, y le preguntó si sería posible que él mismo lo informara. Renesto respondió que sí, que él se encargaría, posiblemente porque de entre la cantidad de cosas que debían rondarle la cabeza, la de llamar a su hermano, aunque fuera sólo para cumplir uno de los últimos deseos de su madre, era una de sus prioridades, y de esta forma, no podría eludir la obligación de hacerlo. Colgó, recapacitó unos segundos, pensó en su hermano, cuyas facciones y cuyo rostro, curiosamente, después de cinco años, era incapaz de reproducir con exactitud, y de repente, el teléfono volvió a sonar.

- ¿Hola?_ respondió.

Capítulo 7

NÉSTOR

- Perdona, me he debido de equivocar_ dijo una voz desde el otro lado del hilo de cobre.

Renesto tardó unos segundos, pero al caer en la cuenta de lo familiar que le resultaba aquel timbre arenoso, lo inconfundible que había sido siempre, el corazón se le encogió, y contestó con asombro, despacio, separando las dos sílabas del nombre de su hermano mayor:

- ¿Nes-tor?

- ¿Nano? Renesto siempre había odiado que lo llamara de ese modo.

- Si_ no lograba recuperarse de la impresión, realmente no podía creerlo.

- ¿Qué haces ahí? ¿Me pasas con mamá?

Por supuesto, ni un "hola, ¿qué tal estás? Cuánto tiempo, ¿cómo te va la vida?", no, directo al grano, directo a lo suyo, nada más. Renesto no creyó que tuviera que andarse con rodeos, no con su hermano, la persona más egoísta que había conocido en su vida:

- Mamá ha muerto.

Incluso a él le sonó imposible. No podía imaginar cuál sería la reacción de su hermano, pero estaba preparado para cualquier cosa. Si no hubiese sido por el zumbido que ocupa los silencios de las conexiones telefónicas, Renesto habría jurado que del otro lado habían cortado.

- Pero... ¿qué coño estás diciendo?

- Te has tomado tanto tiempo, que pensé que serías más original.

- Déjate de gilipollecias y pásame con mamá.

- Te lo acabo de decir, ha muerto, no me hagas repetirlo otra vez.

- Hablé con ella la semana pasada.

- ¿Ah sí?

- Si, hablamos todas las putas semanas.

Así era su hermano, incapaz de hablar sin utilizar palabras malsonantes. Renesto sabía que su madre era lo suficientemente discreta como para alimentar la relación con su hijo y no mencionar nada al respecto, pero le extrañaba que una persona como su hermano, a la que le importaba tan poco la vida y los sentimientos de los demás, se molestara en mantener contacto semanalmente.

- Pues tendrías que haber llamado todos los días, así te habrías enterado del accidente, y a lo mejor podrías haber asistido al funeral.
- ¿Qué accidente? Te juro que como me estés tocando los cojones, voy a ir allí a darte una buena paliza.

Renesto aspiró profundamente y cerró los ojos tratando de relajarse. Su hermano era la única persona que conocía, capaz de sacarlo de sus casillas en un sólo instante, pero sabía de sobra cómo terminaría aquella conversación si le seguía el juego.

- El lunes les acompañé al mercado del centro comercial. Últimamente no podían levantar mucho peso. De vuelta a casa nos embistió un todo terreno en la incorporación a la carretera de circunvalación. Eso es todo_ le explicó lentamente.

No había nada más que contar. Había tenido la suerte de caer inconsciente con el impacto, lo cual le había ahorrado el trauma de ver los cuerpos ensangrentados de sus padres a su lado o de tener que ser testigo de cómo se les escapaba el alma poco a poco mientras llegaba la ambulancia. Por fortuna, cuando despertó en el hospital, todo había pasado. Un nuevo zumbido viajó entre los dos mientras Néstor se hacía a la idea de que su hermano hablaba en serio.

- Voy para allá_ sentenció toscamente.
- Ni lo sueñes, bastará con que acudas mañana a la lectura del testamento.
- ¿Y papá?
- También falleció en la colisión.
- Tienes que estar de coña_ no había ni un ápice de temor en la entonación de su voz, ningún temblor, ni siquiera tristeza.
- No soy como tú, jamás bromearía con algo así.

- No entiendo nada, voy para allá.
- Te he dicho que no, tengo cosas que hacer, mañana nos vemos.
- Me suda la polla, tardaré un par de horas.
- Ya me habré ido, ¿quién te va a abrir?_ volvió a desafiarle.
- Tengo llave, no te necesito.

Renesto se quedó estático. ¿Cómo era posible? ¿Le estaría mintiendo? - Tu no pintas nada en esta casa_ lo puso a prueba. - Tardo un par de horas_ concluyó, y acto seguido, colgó sin dar oportunidad a otra réplica.

Renesto estaba desconcertado. Hablar con su hermano siempre lo dejaba inquieto, la adrenalina que liberaba lo dejaba temblando, nunca se sabía hasta dónde podía llegar. Pero ahora, había algo más. Una sospecha que crecía. El instinto le decía que no tenía tiempo que perder, que debía aprovechar para revisar la casa exhaustivamente antes de que el huracán que estaba previsto para dentro de dos horas, entrara en escena y arrasara con todo. ¿Qué tendría que ir a hacer allí? Néstor no había dado señales de vida en mucho tiempo, no llamaba, no hacía visitas, la navidad o los cumpleaños para él no existían. Había robado dinero de la cuenta de sus padres creyendo que éstos lo ignoraban, extrayendo pequeñas cantidades cada día. Había abusado de su confianza en numerosas ocasiones. Hacía seis años que no se hablaba con su padre, y casi cinco que no mantenía contacto con su hermano, y a pesar de todo, Renesto no podía impedirle que entrara en aquella casa, pues en cierto modo, y aunque no fuera por méritos propios, era de él tanto como suya.

Posiblemente tuvieran que ponerse de acuerdo en un sin fin de matices prácticos con respecto a la herencia de sus padres, así que más le valía adoptar una actitud serena desde el principio.

Mientras examinaba por dentro todos los armarios y los cajones de la casa, y a pesar de no hallar en ellos ningún objeto que pudiera asociar con su hermano, Renesto se vio perdido en la memoria de los episodios más convulsos de su pasado.

Sabía que su hermano bebía más de la cuenta, pero quien más quien menos, cualquiera se emborrachaba de vez en cuando. No sospechaban que lo que para la mayoría de la gente era una distracción de fin de semana, para él era una verdadera adicción. Todo comenzó aquella noche en que llamaron del hospital para anunciarles que su primogénito había sido ingresado en coma etílico y con graves lesiones producidas por arma blanca. Fue entonces cuando sus padres se quitaron la venda de los ojos, y cuando se sucedieron diferentes crisis y continuos despropósitos y quebraderos de cabeza. Su madre no volvería a descansar jamás. Varias

clínicas de desintoxicación, centros especializados, una procesión de psicólogos de distinta índole, todo el dinero de ambos sueldos invertido casi íntegramente con el fin de alcanzar un único objetivo que nunca llegaría. Ansiolíticos, relajantes musculares, antidepresivos. Era un caso perdido. Renesto lo sabía, su padre había terminado por aceptarlo, pero su madre se resistiría siempre a rendirse o abandonarlo. Le habían advertido de que su hígado estaba deshecho, y que si persistía en aquel hábito nocivo, pronto sufriría una crisis sin remedio que lo mataría o lo dejaría inútil de por vida, pero aquel diagnóstico tampoco fue suficiente. Y entonces, una noche, se produjo la crisis definitiva en el seno de su familia.

Renesto había jurado no volver a pensar en ello, borrar aquellos recuerdos para no padecer de nuevo, pero ahora, frente a aquel encuentro inminente, a una hora escasa de que se vieran otra vez, sentía la urgencia de actualizar su pasado, de rememorar aquella pesadilla y rescatar aquel sombrío capítulo, para fortalecerse al hacerlo, para sentirlo cerca, reciente, y de esa manera, no dejarse embaucar, no ceder a la lástima o al chantaje sentimental, no permitirse el lujo de olvidar de lo que era capaz su hermano, quién era en realidad. Lo sabía: su hermano era malo y quería morir. Y ningún argumento que intentara edulcorar este hecho debía convencerle de lo contrario. No era un pobre enfermo sin voluntad como decía su madre, no para él. En algún momento lo habría sido, pero en general, no había hecho el menor esfuerzo, ni siquiera por el bien de su familia o de aquellos que le querían. Tampoco era un desafortunado inocente, ya que deliberadamente había buscado hacerse daño y hacer daño a los demás. Era auto destructivo, y poco le importaba qué o a quién se llevara por delante en el camino. Aquella noche iba a despejar cualquier duda que pudiera existir al respecto.

Se había despertado al oír los gritos de su hermano. Eran las tres de la madrugada, y desde la entrada se le escuchaba insultar a sus padres, humillándoles con diversos calificativos y absurdas acusaciones. Quería dinero, todo el dinero que se le antojara, eso chillaba, porque era suyo y tenía todo el derecho a recibirlo por ser su hijo, porque ellos eran unos mierdas perdedores, porque su padre era un desgraciado y su madre una puta. Renesto no podía creerlo. Su hermano estaba fuera de sí. ¿De dónde salía todo aquel odio? ¿quién pronunciaba aquellas aberraciones? Néstor estaba poseído, descontrolado, enloquecido, drogado. Se le notaba en el gesto desencajado, en cómo rechinaba los dientes y balanceaba la mandíbula. Cuando su padre intentó acercarse, le propinó un puñetazo. Rompió una botella vacía que llevaba en la mano golpeándola contra el mueble de la entrada, y todas las pequeñas figuras de porcelana que su madre coleccionaba cuidadosamente, se vinieron abajo y se rompieron en minúsculos pedazos. Luego, con el filo del cristal que le quedaba, la amenazó sin escrúpulos. Aquello fue demasiado. Renesto sacó valor y fuerzas de donde no tenía, de algún departamento estanco de su espíritu, de esa batería extra de energía reservada para los momentos de vida o

muerte. Se abalanzó sobre su hermano, lo empujó violentamente y lo tiró al suelo, luego le agarró la cabeza y no dejó de golpearla contra el parqué hasta que cayó inconsciente. Por suerte, su madre le agarró de la muñeca y lo paralizó, justo a tiempo, pues él habría seguido hasta matarlo.

Renesto nunca volvió a ser el mismo. El bien y el mal cobraron para él una consistencia sólida, densa y palpable. El género humano se había convertido en algo despreciable, y ni siquiera él mismo se salvaba de la criba. Su vida empezó a torcerse, de pensar en negativo atrajo lo negativo que había alrededor, todo iba mal, su relación sentimental, su trabajo, incluso su salud se fue a pique, así, en progresión exponencial, hasta que conoció a Chintaco, y como si ella hubiera ido absorbiendo lo oscuro, borrando una mancha desde los márgenes hasta el centro, por fin, la caída cesó, el gafe desapareció, y no llegó a tocar fondo, sino que comenzó a estirarse hacia arriba.

Lo había conseguido. Renesto volvía a odiar a su hermano. Recordar aquel incidente lo hinchaba de una rabia que el paso del tiempo y Chintaco habían conseguido desinflar, y que en breve, cuando se cruzara con Néstor, iba a necesitar a pleno rendimiento, aunque fuera sólo por si acaso.

Había ido seleccionando diferentes fotografías, algún objeto de carácter sentimental, un par de adornos de verdadero valor que no deseaba ver vendidos por una miseria en una tienda de segunda mano, y los había ido metiendo en la mochila. Ahora, Renesto se hallaba al borde del umbral que accedía al despacho de su padre, un templo de misterios y sabiduría en el que le daba miedo entrar. No se acordaba de la última vez que había estado dentro, pero desde luego hacía muchos años. Montañas de libros y papeles amontonados por todas partes le dieron la bienvenida cuando por fin se atrevió a dar el paso, y lo hizo ceremoniosamente, como si su padre lo estuviese vigilando desde alguno de aquellos espacios paralelos de los que tanto le gustaba hablar. Ecuaciones interminables y símbolos de toda clase adornaban la pizarra, los folios, pero también las ventanas e incluso los muebles, como si fueran runas mágicas o un idioma desconocido, legendario e indescifrable. "Cualquier sitio es válido para plasmar una idea cuando la inspiración nos visita", eso decía su padre, "pero que no te pille tu madre", concluía después soltando una carcajada. Por dios que lo había puesto en práctica, pensó mirando las paredes manchadas. "Papel y boli", decía siempre que acudía en su ayuda para solucionar un problema.

Acarició el cuero marrón gastado de la butaca que durante décadas había soportado el peso de las meditaciones de su padre, quien tenía la costumbre de balancearse en ella, de delante a atrás como si fuera una mecedora, emitiendo un leve chirrido, que con la misma frecuencia le ayudaba a concentrarse. Si escuchabas ese sonido desde fuera, sabías que no se debía molestar. Se sentó en la hoquedad que el cuerpo de su padre había marcado de forma permanente en la piel, reclinó la cabeza, y

evocó la imagen de aquel hombre pensante al que no se debía interrumpir y que probablemente no habría escuchado a quien lo intentara por lo tremendamente concentrado que estaba, aquel hombre para quien el conocimiento, tal y como él decía, era el único camino que les acercaba a la verdad, una verdad, según él, inalcanzable.

Si la casa fuese a incendiarse y él tuviera que elegir rápidamente un conjunto de cosas que salvar de la quema, no sería complicado dar con aquellas que le importaban a su madre. Ya estaban dentro de su mochila: la cadena que había heredado de la abuela, el libro de recetas que había elaborado durante tanto tiempo gracias a la técnica del ensayo y error, el pequeño lienzo al óleo con el que había ganado aquel certamen de pintura, y aquella chaqueta de lana llena de pelotillas. Sin embargo, en el caso de su padre era distinto. Nada le importaba más que sus ideas. Para él eran lo más valioso y bien se cuidaba de mantenerlas en secreto. ¿Cómo reconocería esas ideas en medio de aquel desorden y sin saber prácticamente nada de matemáticas?

Renesto no había desarrollado la mitad del cerebro que permitía descifrar aquellos intrincados universos matemáticos. Su cualidad más notable, por lo menos ésta sería su respuesta si le hubieran preguntado, era la imaginación. Tal y como su madre habría dicho, tenía mano para el arte, y de poco le serviría ahora entre aquellos volúmenes y anotaciones científicas. Ponerse en el pellejo de su padre era una utopía, así que trató de observar el escritorio con sus propios ojos. Permaneció quieto diez minutos, paseando la mirada por todos los rincones, luego revolvió algunos montones de papel. Nada. De repente, el telefonillo resonó un par de veces con estridencia, y justo en ese instante, Renesto se percató de que había un sobre pequeño que estaba clavado con una chincheta en el corcho que tenía en frente, un sobre con su nombre, "Renesto", meticulosamente escrito a mano. El telefonillo volvió a sonar. ¿Sería su hermano? No tenía tiempo que perder. Abrió el sobre, y al rebuscar en su interior, solamente descubrió una llave de cobre diminuta. Creyó oír el ascensor. Se apresuró a probar la llave en las dos cerraduras de la alacena que había junto a las estanterías, pero no encajó. Dio varias vueltas sobre si mismo, tratando de mantener la calma, observando el entorno con detenimiento. La puerta de la casa crujió, su hermano estaba en el descansillo. De pronto, en la urgencia de los pocos segundos que le quedaban, Renesto identificó otra pequeña cerradura, en el estrecho cajón del centro del escritorio. ¿Cómo no lo había visto antes? A veces hay que estar con el agua al cuello, trabajar bajo presión para ver con claridad y apartar las distracciones. La llave cedió. Escuchó unos pasos por el pasillo. No había tiempo para nada más. Volcó el interior del cajón dentro de su mochila, un cuaderno, una carpeta, lápices, clips, chinchetas, lo colocó precipitadamente en su sitio, y se dio la vuelta con disimulo, poniendo cara de aburrimiento, justo cuando su hermano asomaba por el umbral de

la puerta del despacho.

- ¿Que haces aquí?_ preguntó Néstor con fiereza.
- Yo podría preguntarte lo mismo_ se defendió.
- ¿Por qué no has contestado al telefonillo?
- Sabía quién era y no me apetecía cogerlo_ no se le ocurrió ninguna excusa y tampoco quería dejarse intimidar.
- ¿Dónde están sus cuerpos?
- En el salón.

Renesto no quería ponérselo fácil, por eso trataba de utilizar frases escuetas y ambiguas. Ya no era ese chiquillo que se cagaba de miedo cuando su hermano alzaba la voz. Cuanto más entretenido y desconcertado lo mantuviera, menos problemas le ocasionaría. Néstor tardó unos segundos en comprender.

- De modo que es verdad_ dijo el mayor de los dos hermanos entornando los ojos.
- ¿Cómo te sientes?_ escarbó Renesto con escepticismo.
- Me gustaría estar solo un rato_ no había la menor emoción en su voz. Néstor había eludido la respuesta y examinaba la habitación con ojos curiosos.
- ¿Cómo conseguiste esa copia de las llaves?
- Me la dio mamá.
- Me cuesta creerlo.
- Tú no sabes nada, y papá tampoco, pero no es la primera vez que vengo a esta casa desde que..._ se interrumpió adrede en mitad de la frase, los dos sabían a qué se refería.
- ¿Para qué?
- ¿Para qué, qué?
- ¿Para qué venías aquí?

- A charlar con mamá, teníamos una buena relación.
- ¿A cambio de qué?
- ¿Pero qué dices? No te entiendo_ Néstor se estaba poniendo nervioso.
- ¿Qué buscabas, qué buscas ahora, qué haces aquí?_ le presionó. Había llegado el momento de abordarlo directamente, sin rodeos. Su hermano ocultaba algo, estaba seguro de ello, y quizá si lo atosigaba, perdería el control, cometería algún error y destaparía sus verdaderas intenciones.
- Nada_ levantó la voz.
- La gente no cambia, y tú menos.

Discutieron durante un largo rato, y finalmente, aunque Renesto no creía ni una palabra de lo que decía su hermano, lo cual, en cualquier caso siempre era una buena premisa para hablar con él, y aunque éste no quiso responder abiertamente a sus preguntas, aunque tenía la certeza de que escondía algo, accedió a dejarle un poco de intimidad.

- Tienes una hora_ sentenció, y acto seguido se marchó de la casa, con la sensación, por lo menos, de que había conseguido marcar unos límites y evitar que hiciera lo que diera la gana.

Néstor quería pasar un rato en aquel entorno familiar del que había dejado de formar parte hacía mucho tiempo y Renesto estaba convencido de que no lo movía una motivación sentimental. Entraba dentro de lo posible que alguien hubiera cambiado, pero le había bastado mirarle a los ojos y cruzar dos palabras con él, para saber que no era el caso.

Habían recibido la misma educación, se habían criado en los mismos ambientes, y sólo hasta que entraron en la adolescencia, habían frecuentado las mismas amistades. Sin embargo, eran completamente distintos, no sólo en gustos, aficiones o intereses, sino también en carácter y personalidad. La única explicación coherente era la de una recombinación genética absolutamente opuesta, la teoría de que en dos personas con los mismos cromosomas, una hubiera utilizado precisamente el material que el azar descartó en la otra sin compartir una sola proteína, o como si la mezcla de sus genes se hubiese realizado al revés. Renesto no sabía nada de estas cosas, pero su padre probablemente habría definido la cuestión adjudicándole a él la siguiente ecuación: $A + B = Z$, y a su hermano con un acertado: $B + A = X$. Una casualidad como otra cualquiera, pero un tanto macabra y morbosa. Reconocía rasgos de sus padres en él, pero no era capaz de relacionar ninguna de las cualidades de

su hermano con la calidad de sus progenitores.

Ninguno de los despropósitos de Néstor lo había sorprendido, pues no eran más que la exacerbada representación de lo que había demostrado ser desde la infancia. En cualquier caso, si algo estaba claro, era que su hermano nunca se había dejado embaucar por la culpa o el remordimiento, había nacido sin esos conceptos en su inconsciente y nadie había logrado imprimirlos en su conciencia. Ningún azote, ningún castigo, ningún temor, nada había conseguido inculcar equilibrio en el corazón de su hermano. Gracias a él, Renesto sabía que el ser humano nacía bueno o malo y poco de lo aprendido interfería en el desarrollo de esa característica absoluta. Por eso, ahora, por mucho que le pesara, sabía que su hermano no sentía tristeza. Ni siquiera en una circunstancia como aquella era capaz de sentir pena y dolor. Por eso, la hipótesis más razonable era la de que lo único que buscaba era dinero u objetos de valor, aunque algo no encajaba. ¿Por qué tanta prisa, por qué no esperar hasta la lectura del testamento para montar el numerito? Además, de ser así, no habría tenido reparos en reconocerlo, ni problema alguno en que él hubiera estado presente mientras desvalijaba la casa.

Renesto echó una ojeada a su reloj de pulsera, no tenía intención de regalarle ni un minuto más de lo que habían acordado. Movía las piernas con nerviosismo. Nada lo irritaba más que imaginar a su hermano hurgando sin respeto por todos los rincones de la casa. Estaba impaciente. Si pedía una caña más, pronto terminaría borracho. Cuanto más miraba el reloj y aguardaba a que llegara la hora, cuanto más pensaba en ello, más lento parecía transcurrir el tiempo. Desde la mesa de la terraza de aquella cafetería se veía el portal de la casa de sus padres, y no le quitaba el ojo de encima. Tenía que distraerse un poco. Abrió la mochila y lo primero que halló, fue la carpeta que poco antes había recogido del cajón que había en la mesa del despacho de su padre, un cajón que sólo se abría con una llave guardada en un sobre dirigido a un remitente, él mismo. ¿Cómo se le había podido olvidar? Llevaba varios días, desde el accidente, durmiendo muy poco, estaba cansado y aunque tenía infinidad de cosas en la cabeza, inquietudes y preocupaciones que lo mantenían activo y en vela, estaba empezando a perder la atención. Tenía que enfocar mejor lo que estaba sucediendo, ceñirse a los hechos y no dejarse llevar por las emociones. Dentro de la carpeta sólo encontró una hoja de papel muy grueso, con una ecuación matemática cuidadosamente rubricada en el centro con un pincel y tinta china. Giró la hoja para echar un vistazo por detrás pero no había nada. Fuera lo que fuera, debía ser importante para guardarla bajo llave, y sin duda, su padre quería que fuera él quien lo encontrara y lo guardara. Volvió a meterlo en la mochila haciendo hueco para que nada lo dañase. Sacó el cuaderno y le echó una ojeada. Parecía un diario. Reconocía perfectamente la horrible caligrafía de su padre con todos los renglones torcidos. Si también pretendía que ese diario cayera en sus manos, había tenido mucha suerte, pero ¿por qué? Sólo había un

modo de averiguarlo. Se enfrascó en la lectura.

Por la fecha que había anotada en el encabezado de aquel primer episodio, Renesto dedujo, haciendo un rápido cálculo mental, que su padre había comenzado a escribir en aquel cuaderno pocas semanas después de verse envuelto en el incidente del avión que no podía volar. Los primeros párrafos eran completamente enigmáticos, una especie de prólogo o introducción en la que hablaba de un gran descubrimiento que acababa de realizar, de la culminación de una ardua y larga investigación, de lo maravilloso que era el hallazgo en términos metafóricos pero también de lo peligroso que podía resultar, y manifestaba su temor de que cayera en manos inadecuadas, y sus dudas con respecto a lo que debía hacer con ello. Como si se tratara de una novela, Renesto se vio atrapado por la historia, perdió la noción del tiempo, y prosiguió la lectura completamente intrigado:

Capítulo 8

EL DIARIO DE ERNESTO

"Todo lo que me rodea me parece imposible. Ésta es la premisa desde la que empecé a trabajar hace casi treinta años, cuando nació mi primer hijo. Ese día cristalizaron todas mis expectativas. Mi vida entera había sido una persecución constante de la perfección, pero cuando cogí a mi primogénito en brazos comprendí que la perfección es inalcanzable, nos rodea, está presente en todo lo que tocamos, pero no se puede alcanzar, no se puede manejar o controlar. Cuando aquel bebé me miró, todas las piezas del puzle encajaron, y aunque mi esposa y las enfermeras me hablaban, me sumí en un hechizo profundo. Había estado embarcado en decenas de proyectos. Había tanteado cientos de posibilidades. Había evolucionado a nivel profesional y a nivel personal. Me había convertido en una mejor persona, alguien cada vez más sabio y equilibrado, pero en realidad no sabía nada. Por primera vez me sentí como un auténtico juguete en manos de fuerzas mayores. Y quise descubrir el truco, la equis de la ecuación, ese elemento que hace que lo imposible sea posible.

Todo me parece imposible. Este planeta habitado por innumerables formas de vida, su rotación y la elipse que describe alrededor del sol son sólo el principio. He estudiado numerosas fórmulas que demuestran la misma cantidad de numerosos fenómenos de la naturaleza. Existen físicos, químicos, biólogos, y muchos científicos más, estableciendo hipótesis que matemáticos como yo tardarán una vida entera en demostrar de un modo irrefutable. Cada uno de ellos gastará sus días en comprender y deslazar un sólo hecho, y muchos de ellos ni siquiera lo conseguirán, sino que simplemente dejarán a otros en la pista para conseguirlo. Sin embargo, hay una incógnita que subyace de todas las demás, un motor que mueve el resto de variables, un concepto del que dependen los demás factores. Y es esa verdad, la que buscaré hasta que me muera.

Tomas conciencia de que existe algo que hace que todo lo que nos rodea sea posible. Cuando haces ese acto de fe, ya no dejas de ver nunca más. Y es un acto de fe incorruptible, ya que la mayoría de los objetos de estudio son sucesos fantásticos, complejas maravillas que solamente podrían nacer de la imaginación más increíble jamás concebida. Todo es demasiado casual, demasiado extraordinario, partiendo de la creación de este universo, desde la evolución de este planeta perdido y aislado, hasta el desarrollo profundo de una especie como la nuestra por encima de todas las demás. Cuando miras así no dejas de ver el truco que hay detrás de cualquier coincidencia que aceptamos sin más, que aceptamos por el simple hecho de que jamás conoceremos la causa. Todo se vuelve místico,

mágico, espiritual.

¿Por qué se juntan dos moléculas en el agua, por qué esas dos y no otras, qué atrae la una hacia la otra irremediablemente? No me refiero a los puentes de hidrógeno, o a los enlaces químicos que hacen que eso sea posible, sino a la remota probabilidad que realmente existe de que esas dos moléculas se crucen en un espacio lleno de infinitas combinaciones y variables más. Me divierte pensar que el mismo misterio que mezcló proteínas en un océano primitivo bajo un cielo eléctrico y tormentoso para componer la mínima expresión de lo que sería el primer ser vivo, es el mismo misterio que me hizo encontrar a Nora en un lluvioso día de Otoño, el mismo que me hizo enamorarme de ella y desear tener hijos y formar una familia. Así funciona el universo. Sólo hacen falta unos pocos factores para resumir la ecuación perfecta: los elementos básicos que componen la acción, la casualidad misteriosa que los atrae, el lugar ideal, el momento perfecto, la electricidad que enciende la chispa de la reacción, y un último componente que lo adereza, la sal justa para cocinarlo. Cualquier plato succulento es un buen ejemplo, y mi esposa lo sabe muy bien. Junta un huevo con aceite, aplícale calor en una buena sartén, justo cuando estás hambriento, remuévelo adecuadamente, y tendrás una tortilla estupenda, échale una pizca de sal y te rendirás al milagro de que comer precisamente aquello que necesitas para nutrirte es una actividad deliciosa, un plan maravilloso.

Dos moléculas en un gel primordial, o un montón de ellas apuntando en una sola dirección, como Nora y yo en una calle vacía, una tormenta que desenreda los nudos del equilibrio, y en ese instante de máxima inestabilidad, dos elementos que andaban separados se juntan para formar un único conjunto. Igual que un neutrón y un protón conviven dentro y debajo de una nube de electrones para dibujar la figura más pequeña y más perfecta, el átomo, esa mínima forma de la naturaleza, esa materia de la que se componen las demás, solamente divisible o destructible a costa de la mayor explosión que pueda existir. Separarnos a Nora y a mí sería terrible, matarnos sería mucho peor, quemarnos sería un acto infame y el crepitar o el olor de nuestros cuerpos lo demostraría, pero coger nuestros átomos y dividirlos, sería una fisión nuclear de proporciones catastróficas.

Todo son incógnitas, y detrás de esas equis, cientos de preguntas más: ¿Por qué desciende un río hasta el mar? Y por favor, no me hable usted de la gravedad. ¿Por qué nadan los salmones contra esa corriente para desovar? ¿Por qué viven poco los insectos y tanto las tortugas? Por favor, no me hable de metabolismo o equilibrio natural. ¿Por qué existe ese equilibrio, quién tensa los límites de esa balanza que a todos nos afecta? ¿Por qué el núcleo de la Tierra sigue incandescente, por qué está hecho de metal, y por qué no para de girar? ¿Por qué nos amamos y por qué nos queremos matar? ¿Por qué zumban las moscas en verano en mi hogar? ¿Por qué danzan los pájaros al amanecer, y qué clase de ritual les hace

volver a bailar justo antes de que el sol se apague?”

Renesto levantó la vista del cuaderno, y con la mirada perdida en un punto indefinido del barrio, mirando sin mirar a ningún sitio, pensó en ese primer capítulo del diario que tanto le había costado entender, que había leído muy despacio, y del que, desgraciadamente no había sacado ninguna conclusión porque no había arrojado ninguna luz sobre sus oscuros interrogantes. Sabía perfectamente que su padre era una excelencia matemática, un hombre de talento con buena reputación dentro de la comunidad científica, que no paraba de publicar y abrir nuevas brechas con cada una de sus investigaciones. Sin embargo, si cualquier persona de la calle como él, leyera aquellos primeros fragmentos del diario, repletos de divagaciones, pronto habría afirmado que se trataba de las memorias de un pobre lunático. ¿Moléculas, átomos, tortillas, bombas atómicas e historias de amor? Formó un pequeño círculo con los labios y soltó un breve silbido que no iba dirigido más que para sí mismo, luego agarró el vaso y se bebió de un trago lo que le quedaba de cerveza, ya aguada y caliente.

Por supuesto, todo el tiempo que al ansiar que transcurriera deprisa se había arrastrado lentamente, ahora, al ignorarlo y olvidarse de él, había volado sin que se diera cuenta, como si alguien hubiera movido las manecillas para gastarle una broma pesada. Una hora era el plazo que le había dado a su hermano, pero habían pasado casi dos. Metió el diario en la mochila, se levantó, dejó un billete encima de la mesa y sin esperar el cambio, se dirigió a casa de sus padres. En lugar de coger el ascensor, subió dando grandes zancadas por las escaleras, y al llegar a la entrada, intentó hacer el menor ruido posible con la intención de sorprender a su hermano. Tenía la sospecha de que había ido a buscar algo muy concreto y quería descubrir qué era. No se oía nada. Recorrió despacio todas las estancias, desplazándose subrepticamente como un espía, y se acordó de los cientos de veces que había recorrido la casa del mismo modo al llegar de madrugada después de haber tomado unas copas con los amigos, tratando de que su madre no lo escuchara. Después de aquel entrenamiento, habría podido recorrer toda la casa con los ojos cerrados.

Definitivamente, no había nadie, y su hermano se había marchado sin avisar, como era de esperar. Inspeccionó cada rincón de la casa pero no halló nada fuera de su lugar. Sin embargo, al entrar de nuevo en el despacho de su padre, se encontró con un sin fin de muestras del poco respeto y cuidado que había tenido su hermano por no dejar huellas. Los cajones estaban medio cerrados, los libros medio abiertos y descolocados, el desorden de los montones de papeles ya no seguía el patrón de quien los ha ido acumulando a lo largo del tiempo, sino que ahora estaban repartidos en todas direcciones encima del escritorio, algunas notas incluso se habían caído al suelo. Ya no le quedaba ninguna duda, su hermano buscaba una cosa muy concreta, y por cómo había revuelto el santuario de su padre, o lo había encontrado, o no estaba allí, y en cualquier caso, poco le había importado que lo supiera. Típico de él. No

molestarse en ocultar sus actos, no esconder ninguna de sus maldades, como quien se siente por encima de ellas y de los demás, quien no teme a castigos, reproches o represalias. Entrar, arrasar y huir.

Capítulo 9

UN PACTO TÁCITO

Renesto sentía un insidioso dolor en el lado derecho de la cabeza, una presión que le bajaba por la sien hasta instalarse en su ojo y hacerlo llorar. No quería descansar pero tenía que hacerlo. Había llegado al límite de sus fuerzas y su cuerpo estaba mandando mensajes claros para que obedeciera. Por fortuna, sabía lo que tenía que hacer cuando veía flaquear su entereza. Cuando llegó a casa de Chintaco, estaba enfadada, y aunque como de costumbre quisiera ocultarlo, se notaba a la legua. Los estados de ánimo de su amiga exudaban por sus poros y ocupaban el ambiente como nubes borrascosas.

—Te he llamado varias veces, te he dejado cuatro mensajes y no me has contestado ni una sola vez —Chintaco estaba esforzándose en que sonara simplemente como si le estuviera informando de algo pero le salía fatal. Ambos mantenían una especie de pacto tácito en el que nunca exigían nada al otro, y eso suponía no pedir explicaciones en circunstancias como aquella. Era su particular modo de fingir que no se pertenecían, su manera de no ser posesivos aunque no pudieran vivir el uno sin el otro, una forma de eludir el celo, un error que por otra parte, los dos habían cometido en anteriores relaciones.

Renesto buscó el móvil dentro la mochila y comprobó que lo había tenido en silencio todo el día. Se disculpó y revisó las llamadas. Cinco llamadas perdidas de Chintaco, una de su tío por la mañana, posiblemente para informarle de la cita con el notario al día siguiente, un número desconocido, y seis mensajes, cinco de Chintaco que venían a completar una sola frase en cinco partes: “¿Hola, estas ahí? ¿Cómo te encuentras? ¿Te has olvidado de mí? Estoy preocupada. Renesto sonrió. Un último mensaje rezaba así: “Tienes un email”, y el número de teléfono de quien se lo había mandado era distinto del que le había llamado, pero tampoco estaba en su agenda. Encendió el ordenador, y mientras arrancaba, llamó al primero de los dos teléfonos sin nombre, el que le había llamado por la tarde. La voz de Néstor surgió por el altavoz como si fuera la de un fantasma en su imaginación. Se sobresaltó:

—Hombre, ¿qué pasa, que ahora no puedes vivir sin mí?

—¿Néstor? —fue cuanto pudo articular, y en seguida añadió—. ¿Por qué tienes mi teléfono?

—Venga Nano, ¿qué hay de tu capacidad de deducción? —se burló con sarcasmo.

Se notaba que había bebido y que no estaba de buen humor, pero tenía razón, la sorpresa le había nublado la razón, pues era evidente que si tenía las llaves de casa de sus padres y era cierto que mantenía contacto con su madre, no le habría costado ningún esfuerzo pedirle su número de teléfono con la excusa de llamarlo. El por qué querría tener su teléfono era otra historia que poco le importaba ahora. Cabía la posibilidad de que ella se lo hubiera dado para que intentara reconciliarlos. Su madre,

defensora de las causas perdidas, siempre persiguiendo imposibles, pero de otra índole a los de su padre.

—Perdona, no sabía que... en fin... —estaba realmente lento, no sabía qué decir y se le trababa la lengua.

—Piensa Rene, siempre se te ha dado muy bien, por eso eras el preferido de papá y yo la oveja negra —y la carcajada que acompañó aquel comentario fue tan potente que obligó a Renesto a separarse un poco el auricular del oído y arrugar la frente.

—Eres muy gracioso, siempre lo has sido, como para morirse de risa, ¿eso no cuenta? —contestó recomponiéndose.

—Para papá no. Mañana nos vemos —concluyó Néstor cambiando el tono y colgando automáticamente después.

No había manera de mantener una conversación con él sin que a Renesto le supusiera un trance. La migraña se le había intensificado y lo único que le aliviaba un poco era agarrarse ese lado la cabeza con ambas manos y apretar con fuerza. Chintaco apareció de repente por la puerta de la habitación con un vaso de agua en la mano.

—Tómate esto anda —susurró.

—¿Qué es?

—Un antiinflamatorio, tienes el ojo colorado, como si te hubiesen dado un puñetazo —y dejó escapar una risa encantadora.

Chintaco, otra vez más, adivinando lo que le perturbaba y poniendo remedio en el acto. Renesto estaba sentado y ella de pie. La atrajo hasta él, la abrazó por la cintura y sumergió la cabeza en su tripa. Ella le acarició el pelo. No había mejor medicina que esas caricias, pensó él.

—¿Qué vas a hacer, no quieres cenar? —Chintaco miraba la pantalla encendida del ordenador.

—Quería consultar mi correo —balbuceó Renesto con la boca hundida en la camiseta de su amiga y deshaciéndose del gusto que le daba que le rascasen la cabeza.

—Pues venga, hazlo rápido que se enfría la sopa —dijo ella, y acto seguido lo apartó con suavidad, cogió el vaso vacío y se marchó de la habitación, dejando a Renesto medio encorvado en la silla con los brazos colgando como un muñeco de trapo.

—¿Qué tal nene, cómo ha ido todo? —le pregunto ella más tarde, ya sentados frente a la mesa baja del salón.

—Acabo de ver un mail que me ha mandando Lady —dijo él con aire distraído, metiéndose una cucharada en la boca y mirando la televisión—. Esto está buenísimo.

—Pues sí que se ha dado prisa —sabía que esa mujer había entrado en sus vidas y su intuición le decía que lo había hecho para quedarse, así que más le valía empezar a tomarse el asunto con naturalidad.

—Me ha marcado todo un itinerario, incluso nos ha sacado dos billetes de avión. ¿Te lo puedes creer? ¿Podrías imprimirlos mañana?

—Vaya, qué bien —Chintaco sabía que se le estaba notando cierto recelo, así que a su pesar, rectificó sobre la marcha—. La verdad es que se ha

tomado muchas molestias.

—¿A qué te refieres?

—A ir y venir desde esa isla en un sólo día, y lo de comprarnos los billetes, me parece un poco excesivo. Y sí, mañana los imprimo en el laboratorio.

—Se los pagaré en cuanto lleguemos, ¿no te han puesto pegas en el trabajo?

—Bueno, digamos que no les hizo gracia pero no podían negarse.

—Joder, no te parece genial, ya sé que son forzadas, pero unas vacaciones nos van a venir bien.

—Supongo que sí —dijo ella con la boca pequeña. A Chintaco le gustaban demasiado sus rutinas sin sobresaltos como para enfocar con entusiasmo y optimismo cualquier ruptura de éstas. Ningún viaje le seducía a priori, luego, una vez que se hallaba en él de lleno era capaz de disfrutarlo como cualquiera, pero en un principio, nada podía parecerle mejor que quedarse encerrada en casa leyendo sus libros o viendo sus películas con la estufa cerca de los pies.

—Nuestro vuelo sale a las 6 de la mañana del lunes, así que prepárate para un buen madrugón.

—Por cierto, busqué esa isla en internet...

—¿Y?

—Nada, ella tenía razón, no es más que un mito, una leyenda, un cuento infantil, ¿no te parece extraño?

—Pues sí, pero qué quieres que te diga, teniendo en cuenta todo lo que está pasando, eso es lo que menos me preocupa —hizo una pausa para tragar—. Si es verdad que existe tiene que estar en algún sitio, además, estamos a punto de visitarla, así que, qué más da.

—Ya, bueno, es que hay algo muy raro en toda esa historia de la isla, y esa mujer, tampoco era muy normal, ¿no crees?

—¿Lady? —Renesto se hizo el sorprendido y puso cara de estar acordándose de ella—. Bueno, sí que es un poco excéntrica, pero me gusta.

—Y esa apariencia de felicidad constante, pero si no paraba de sonreír. Renesto se echó a reír y se atragantó con la comida. Apartó el plato hondo vacío y cogió los filetes rusos y la ensalada que Chintaco había colocado en la bandeja. Durante un rato los arropó un silencio en el que sólo se colaba el sonido de los cubiertos y el rumor que provenía de la televisión. El informativo de la noche sólo describía desgracias en titulares resumidos: un posible conflicto entre los aliados de Irán y el resto del mundo por el tratado de su armamento nuclear, un cambio climático que había retrasado las estaciones en el calendario, millones de muertos de hambre, y una crisis económica de difícil solución. Renesto cogió el mando a distancia y cambió de canal hasta dar con una de esas películas que ya habían visto muchas veces y a la que por tanto no había que prestar atención para seguir su argumento.

—Mañana tengo que ir a la lectura del testamento —dijo.

—Lo siento —Chintaco se limpió con la servilleta—. Estaré trabajando, no

podré acompañarte.

—Pues te vas a perder una buena, hoy me he encontrado con mi hermano.

Esta vez, Chintaco dejó los cubiertos en el plato y la comida a medias. Frotó la espalda de su amigo como si hiciera frío y quisiera calentarlo.

—Dios mío, ¿qué tal estás?

—Bien —respondió y acarició la rodilla de su amiga como para corresponder sus atenciones—. Ha sido un poco chocante, ya sabes, verle después de tanto tiempo, verle y comprobar que no ha cambiado

—suspiró—. Pero estoy bien.

—En cuanto salga de currar, quedamos, nos venimos a casa y preparamos todo para el viaje, ¿quieres?

—Mañana nos va a dar guerra, ya lo verás —contestó él como si no la hubiera escuchado.

La mayoría de las veces, Chintaco se iba a la cama temprano porque tenía que madrugar al día siguiente para ir a trabajar y Renesto permanecía tumbado viendo alguna película hasta que se quedaba dormido. Tenía esa costumbre, una manía como otra cualquiera, la de no irse a la cama directamente cuando le entraba sueño. Prefería rendirse a él en aquel horrible sofá, despertarse en mitad de la madrugada con sed y un moderado dolor de cuello, y desplazarse como un zombi hasta la cama. Pero aquella noche, estaba verdaderamente extenuado, así que optó por acompañar a Chintaco por propia voluntad. La migraña había cesado, dejándole débil y abotagado.

Habían dormido juntos cientos de veces, tantas que se echaban de menos cuando no lo hacían, de hecho, aunque no vivían juntos, eran pocas las ocasiones en las que no compartían la cama del uno o la del otro. A menudo ni siquiera avisaban, sino que como ambos tenían llaves de sus respectivas casas, aparecían sin más, a cualquier hora, y si la otra persona estaba dormida, se arrebujaban entre las mantas en silencio. En esta ocasión, sin embargo, una fina tensión se había trenzado entre los dos.

—¿Te gusta esa Lady, verdad? —Chintaco se odió a sí misma por no haberse aguantado el impulso de hacerle esa pregunta. Sabía que si la respuesta era negativa, su pregunta sólo conseguiría una cosa, que Renesto se lo planteara.

—No sé, tiene algo, es muy atractiva —murmuró él.

O sea, que sí, pensó Chintaco. Si le hubiese pillado por sorpresa habría dicho algo así como: “¿A qué te refieres, qué quieres decir?”. Se preguntaba si su amigo estaría pensando en ella en aquel preciso momento.

Desde que se habían conocido hacía ya tres años aproximadamente, ninguno de los dos se había acostado con nadie, por lo menos eso creían, y sin duda, si hubiera sucedido o lo hubiesen sabido, se habrían puesto celosos, aun cuando fuera simplemente por la sensación de que les estaban robando un pedazo de intimidad que hasta ese momento solamente les pertenecía a ellos, algo tan íntimo y bonito como dormir juntos, y que se regalaban el uno al otro sin incluir a nadie más.

Ninguno de los dos añadió nada más. No obstante, el silencio de la habitación se cargó de pensamientos que se quieren compartir pero que al no saber cómo hacerlo, terminan por guardarse en secreto. El ambiente se volvió denso y pesado. La distancia entre sus cuerpos se cubrió de una fina electricidad, un magnetismo invisible difícil de soportar, y ambos tardaron un rato muy largo en dormirse, preguntándose si el otro ya se habría dormido, aguantando el calor repentino que los inundaba y los hacía sudar, para no mover ni un músculo, para dejar pasar esa extraña clase de temporal silencioso.

Una pequeña brecha se había abierto en su relación. Se habían expresado su amor de muchas maneras, en múltiples ocasiones se habían dicho que se querían, compartían todo aquello que se les pasaba por la cabeza, sin esconder nada, pero si en alguna ocasión habían sentido el menor impulso de dar un paso más, algo parecido a que después de un abrazo viniera algo más, jamás lo habían aceptado o se lo habían dicho.

De repente, en el peor momento dadas las circunstancias, sin un motivo real para que les saltara en la cara de esa manera, los innumerables momentos en los que Renesto había visto a su amiga en ropa interior o en que la había tenido tan cerca como para percibir sus fragancias más profundas, y a la inversa, todos aquellos días y noches en que Chintaco se había sentido estremecer al contacto de sus manos, o la cálida satisfacción que le producía tenderle los calzoncillos, ésas y muchas más anécdotas cotidianas que habían aprendido a no definir y no nombrar, afloraron a chorro en su memoria, robándoles el sueño durante un tiempo y haciéndoles sentir incómodos.

Renesto había oído perfectamente como Chintaco se levantaba con mucho cuidado para no despertarle. Ella madrugaba todos los días entre semana para trabajar en el laboratorio. Él, en cambio, aguardaba hasta bien entrada la mañana para levantarse, desayunar y sentarse a escribir. Ya que la inspiración jamás le llegaba antes del mediodía, nunca había fluidez en sus frases cuando las entrelazaba con hambre o sueño. Por lo tanto, aquella situación se había repetido tantas veces, que ella estaba acostumbrada a vestirse con la luz apagada, asearse sin hacer ruido y preparar sus cosas con una meticulosa delicadeza. A pesar de ello, él casi siempre la oía, abría un ojo, le dedicaba alguna broma y acababan despidiéndose con un largo abrazo. Aquella mañana fue diferente, y los restos que la oleada de extrañas sensaciones de la noche anterior había arrastrado hasta el borde del colchón, hicieron fingir a Renesto un sueño profundo. Después, nada más escuchar la cerradura de la puerta al cerrarse desde fuera, cuando su amiga se marchó, Renesto se arrepintió, se incorporó bruscamente, soñoliento, corrió haciendo eses por el pasillo, salió al descansillo, y llamó a Chintaco con toda la fuerza que le permitía un susurro.

La cabeza de ella apareció desde la esquina que accedía al ascensor. Recorrió el pasillo dando pequeños brincos de puntillas, dejando escapar una risa ingenua y encantadora, y cuando alcanzó la puerta entre abierta, agarró a Renesto por el cuello y lo acarició por el pelo y la cara como si fuera una mascota.

—Pareces un gato despeluchado.

—Sólo quería despedirme de ti —murmuró Renesto—. Ayer me quedé dormido en seguida —y con esa mentira selló la grieta por la que se habían filtrado determinadas inquietudes.

—Ya... —dijo ella intentando contener la risa para no hacer ruido a esas horas de la mañana—. Por si acaso no nos volvemos a ver, ¿verdad?

Renesto arrugó el gesto e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Te quiero —susurró él acariciándole la mejilla.

Esa clase de declaraciones no eran muy habituales. Renesto parecía reservarlas siempre para momentos inadecuados o situaciones extraordinarias, y ni siquiera contestaba para corresponder cuando era ella quien lo decía. A Chintaco en cambio, no le importaba abusar de esas dos palabras, por lo menos con él.

—Chusquins —respondió ella diciéndole lo mismo, pero esta vez en su idioma inventado.

Renesto esperó hasta escuchar el sonido del ascensor bajando. Luego, cerró la puerta y corrió a arrebujarse entre las mantas. Aquella mañana de otoño hacía mucho frío.

Capítulo 10

A las doce y media de la mañana, Renesto esperaba en la entrada del número 99 de la calle Libertad, donde rezaba un cartel con el nombre de la firma de abogados donde se haría la lectura del testamento de sus padres. Había decidido llegar un poco antes para entrar junto a su hermano. Quería aprovechar todo el tiempo que fuera posible para prever su estado de ánimo con antelación, y para eso, saludarlo y cruzar dos frases sería suficiente. Le parecía que podía resultar útil para afrontar las consecuencias de ese incómodo trámite de escuchar las últimas voluntades de sus padres. Sin embargo, pasados diez minutos de la hora a la que habían sido citados, Renesto cayó en la cuenta de que quizá ni siquiera se presentaría. No lo haría, y después, por la tarde, otro día, en cualquier momento, cuando le viniera bien a él, llamaría reclamando su parte del botín, porque seguramente eso es lo que era para él, un botín. Renesto tiró al suelo el tercer cigarrillo que se fumaba, y lo pisó con el pié. Respiró hondo, se calentó las manos con el vaho que le salía de la boca, y entró en el despacho de abogados.

Un recibidor completamente austero, con muchas sillas de espera colocadas en fila junto a las paredes, y una recepcionista que no ocultaba su aburrimiento, le dieron la bienvenida, pero justo cuando Renesto se disponía a informar de los motivos que le habían traído hasta allí, una sensación, como si lo tocaran con una mano invisible, lo impulsó a mirar hacia atrás. En una de las diversas puertas que accedían al recibidor vio unas botas camperas con la punta larga y afilada. Levantó la mano haciéndole un gesto a la recepcionista de que esperara un momento, se acercó lentamente hasta la puerta, y efectivamente, como si fueran descorriendo una cortina, sus sospechas se hicieron realidad. Su hermano aguardaba dentro de aquella habitación, vestido como una auténtica estrella del rock, y ni siquiera se había quitado las gafas de sol tipo piloto. Renesto se adentró en aquella habitación, igualmente austera, en la que sólo había una mesa alargada con varias sillas a ambos lados, y un par de cuadros feos de animales salvajes mal colocados en las paredes amarillentas, un sitio que no invitaba a estar o quedarse, frío e incómodo, claramente preparado para llegar de paso, realizar un trámite y marcharse. Saludó a su tío, que se había incorporado para darle la mano, luego se giró hacia Néstor y con un breve "buenas" y una inclinación de cabeza, dio por zanjadas las formalidades. Odiaba esa actitud, esa impresión que debían dar de estar enfadados el uno con el otro todo el tiempo, pero había algo superior a sus fuerzas, como una energía oscura que rodeaba a su hermano, que lo inquietaba, lo ponía nervioso, y le impedía comportarse con naturalidad, y mucho menos dar muestras de cariño, ni siquiera el más leve acercamiento. Seguramente, si lo hubiera

abrazado se le habrían puesto los pelos de punta. Quizá sólo fuera que después de tantos altercados, ya no podía mirarlo o estar con él más que como con un simple desconocido, un desconocido al que además no te apetece conocer.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó su tío.

—Tirando —contestó Renesto, y echando una ojeada a su hermano de refilón, no pudo morderse la lengua—. No tan bien como mi hermano. Néstor ni se inmutó, no abrió la boca ni movió un músculo, sino que mantuvo aquella pose provocadora, reclinado en su asiento, con las piernas estiradas, las manos entrelazadas en la cintura, la silla apoyada sólo levemente en las patas de atrás, y esa mirada oculta tras los cristales oscuros de las gafas. Renesto pensó que lo mejor sería no buscarle las cosquillas.

El notario entró por la puerta. Un tipo enjuto, con gafas de culo de botella medio caídas en mitad de la nariz, y el mismo aire de monotonía que Renesto había notado en la recepcionista. Saludó a los presentes con un apretón de manos, y tras darles el pésame y establecer varias correcciones más, como las de pedirles los documentos de identidad, y abrir ceremoniosamente el sobre, comenzó la lectura del testamento:

“Hace tiempo que desistimos de mantener unida a nuestra escasa familia. Si algo he aprendido tras largos años de estudio de la vida y la naturaleza, es que ella hace y deshace a su antojo, y la mayoría de las veces sin ceñirse a nuestros criterios o ateniéndose a nuestros deseos, ilusiones o esperanzas. Por eso la gente suele decir que la vida es dura y difícil. Aceptarlo es el paso que nos puede permitir vivirla en paz. Nuestra familia se quebró inevitablemente y no podemos culparnos por ello.

Nos ha costado mucho esfuerzo conseguir la estabilidad material que toda familia necesita, y hemos hecho todo lo posible para que no os faltara nada. Lamentablemente, sin el poder adquisitivo que nos proporciona el dinero, este mundo torcido y equivocado, no se mueve, y nosotros, igual que el resto de la gente, hemos pretendido alcanzar esa meta que nos permite decir bien alto: “Esto es nuestro”.

Hoy estaréis sentados frente a esta carta que reconoce en el nombre de vuestros padres, que todo lo nuestro, ahora es vuestro, y lo único que os rogamos es que os merezcáis el derecho a gritar: “Esto es nuestro”.

Sin embargo, cuando pienso en las tres personas por las que corre nuestra misma sangre, cuando pienso en vosotros, dispuesto a repartir una herencia, me entra la risa, porque lo único que me importa es el legado personal, humano, emocional y espiritual, que de nosotros, gracias a vosotros, permanecerá en la tierra, en esa estrecha franja de espacio y de tiempo entre todas las demás a la que llamamos el mundo real.

Tenemos amigos que han compartido el trayecto de nuestras vidas, lo cotidiano que hay en nosotros, y que quizá nos conozcan a cierto nivel, mejor de lo que ya nunca podréis conocernos vosotros, pero el amor sanguíneo es el único que perdura, el que permanecerá ahora que nos hemos ido, y sólo en vosotros habrá siempre un pedazo de la carne que había en nosotros.

No hemos mantenido mucho contacto. Querido Juan, lo único que nos distanció fueron principios y absurdas convicciones políticas y formas de pensar, por fortuna, en tu esposa y tus hijos, encontraste lo que nuestros padres y yo nunca logramos proporcionarte. No sé lo que buscabas, sólo espero que lo hallaras. Eres mi hermano y te quiero. Cuida de nuestra casa, deja que mis hijos se lleven lo que anhelan sentimentalmente, y después, haz con nuestras cosas lo que quieras, porque en realidad, no les guardamos un excesivo apego.

Néstor, por una vez en la vida, tendremos el lujo de tener la última palabra. Siempre has tenido todo el ímpetu y el valor que necesita una persona para hacer grandes cosas, pero frente a esa enorme responsabilidad, desististe y quisiste escoger el camino fácil, el oscuro, aquél que es débil en su fuerza, el de aquellos que se arriman al infierno seducidos por su poder. Aunque no lo creas, el mundo necesita personas como tú para jugar a su juego del equilibrio. Tenerte fue una de las cosas más maravillosas que nos ha sucedido en la vida, pero pronto nos dimos cuenta de que tener otro hijo, aunque fuera un acto arriesgado, sería la mejor apuesta para ceder también lo mejor que había en nosotros a este mundo. Por fortuna así fue. Sólo queremos que sepas que nunca hemos dejado de amarte como la primera vez que estuviste en nuestros brazos. Te regalamos todo el capital que a lo largo de estos años hemos conseguido ahorrar. Quizá no es mucho, pero es bastante, suficiente para que termines de culminar cualquiera que sea tu propósito en la vida. Renesto, amor mío, tu madre y yo no estamos lejos, sino mucho más cerca de lo que podrías imaginar. Vuela, abraza tu libertad, sé valiente, te aseguramos que el papel que vas desempeñar en el orden de las cosas excede por mucho aquél para el que cualquier ser humano debería estar destinado, pero nunca olvides que no estás solo. Nuestro legado para ti podrá parecer pobre o injusto, pero tranquilo, porque puedo garantizarte que con el tiempo comprenderás que es el regalo más magnífico que se le puede hacer a alguien. Para ti, mi querido Renesto, será la verdad. Si quieres saber por qué los pájaros vuelan sin rumbo al atardecer y bailan justo antes de que el sol se apague, sólo tienes que coger una pequeña llave, ésa que abre nuestros corazones, y dejarte llevar por lo que te dicten tus instintos, no hagas caso a la intuición, obedece a esas primeras impresiones que te asalten, de sobra sabemos que estás preparado. El amor, querida familia, esa energía desmesurada e inclasificable, es la única respuesta, porque es lo que fuimos, es lo que somos y es lo que seremos incluso después de que todo se acabe.”

El notario carraspeó un par de veces, les entregó una copia a cada uno y les explicó el procedimiento que se seguiría para ejecutar legalmente aquellas últimas voluntades. Luego les dejó un rato solos en la habitación. Se suponía que debían leerlo y firmarlo para dar por concluido el trámite, y Renesto se preguntó qué ocurriría si se negaba a firmarlo, pero en seguida comprendió que eso sería una traición, y también sería absurdo, pues supondría simplemente renunciar a lo que había heredado, es decir, nada en absoluto.

La verdad es que de primera mano y leído en voz alta por alguien parecía imposible que algo así estuviera sucediendo, pero igual que había tenido la misma sensación en el coche justo después del siniestro, en el hospital tras recuperarse del desmayo, en el tanatorio y en el funeral, Renesto no se extrañó e intentó concentrarse en el pedazo de papel que tenía entre las manos. No podía creerlo y revisaba mentalmente algunos fragmentos del testamento. El corazón le latía a toda velocidad y a trompicones. Todo parecían lo delirios poéticos de un hombre moribundo, pero la realidad es que su padre no le había dejado nada, a él, el único componente íntegro de esa pequeña familia deslavazada en la que todos pasaban de todos en un auténtico alarde de egoísmo. No podía creerlo. Tuvo que esforzarse para no levantar la vista de su copia redactada, sellada y firmada por sus padres y la notaría, aunque no le hacía falta mirar para saber que su hermano y su tío sonreían, para sentir el peso de la vergüenza y la impotencia que le provocaba aquella situación. No le cabía la duda de que no era un truco, no podía ser falso por diversos motivos. Aquella firma compleja y enredosa era la de su padre, y nadie habría logrado reproducirla con tal exactitud, la conocía bien. ¿Quién sino él habría podido redactar un texto como aquél? Renesto lo sabía, así hablaba su padre y por supuesto así escribía, salpicando el significado de lo que explicaba de segundas y terceras lecturas, como un cajón de sastre en el que hubiera que rebuscar hasta el fondo para descubrir un tesoro, como un problema que hubiese que solucionar para entender realmente a qué se refería. Renesto se acordó entonces de un consejo que siempre le había dado su padre: "Después de mirar vuelve a mirar, y después de hacerlo, vuelve a mirar antes de sacar una conclusión".

Algunas frases resaltaron en el papel, como si llevara unas gafas de esas que le permitían a uno ver un dibujo en tres dimensiones o desenterrar una figura por encima de unos colores en los que antes no había nada. Como un detective con una lupa de gran aumento, según las fue detectando, esas frases se salieron del papel, se hicieron más grandes y casi hasta brillaron en su imaginación:

—Lo único que me importa es el legado personal —sin duda ése era el que le había dejado, solamente un montón de recuerdos que tendría que esforzarse en no olvidar.

—No guardamos mucho apego a nuestras cosas —quizá ellos no, pero él sí, pensó Renesto, y sintió la mirada de su hermano.

—Tener otro hijo sería un acto arriesgado para ceder lo mejor de nosotros a este mundo —aunque era ambiguo, debía tomarse esa sentencia como un piropo.

—Estamos cerca —aunque sonara tan raro como para no compartirlo ni siquiera con Chintaco, Renesto no había dejado de sentir cerca a sus padres, en cualquier lugar, hiciera lo que hiciera, y cuando esto sucedía, le recorría un escalofrío en la nuca que le hacía encogerse de hombros y tiritar por un instante, una especie de frío repentino que después dejaba una cálida sensación.

—El papel que vas a desempeñar excede con mucho al que cualquiera debería estar destinado —¿Qué demonios querría decir con eso?

—Con el tiempo comprenderás —ojalá fuera cierto.

—Para ti será la verdad —una herencia de lo más sospechosa, tan impalpable y poco significativa, que le daba rabia sólo de pensarlo.

—Esa llave que abre nuestros corazones —¿Se referiría a la pequeña llave en el sobre que había en su despacho?

—Sigue tus instintos, no tu intuición —Su padre creía en la numerología casi como un arte metafísico y divertido que había detrás de las matemáticas más puras, y en función de esos estudios, dando una vuelta de tuerca a los ensueños pitagóricos, muchas veces había insistido en que dentro del enea grama que regía los destinos de la gente, Renesto constituía un uno indiscutible, un uno que le obligaba a obedecer a sus instintos como la mejor manera de acertar siempre frente a decisiones de cualquier clase, obedecer a las primeras sensaciones que tuviera, aunque no pudiera explicar los motivos. Estaba muy claro, se lo había recordado cientos de veces.

Hacía un buen rato que su hermano y su tío habían firmado el documento y le habían acercado el bolígrafo para que hiciera lo mismo. El notario acababa de entrar de nuevo en la sala. Cómo sería su estado de concentración, qué aspecto reflejaría el gesto adusto que había adquirido al releerlo, que ninguno de los tres, ni siquiera Néstor, se había atrevido a interrumpirlo. Ahora, su hermano se movía impaciente, como si le quemara el asiento, y ya no pudo aguantar más.

—¿Podemos terminar con esto de una vez? —dijo.

Renesto percibió una extraña inquietud en su voz, como si a pesar de lo favorable de su herencia, no estuviera contento. Tendría prisa por marcharse, pero lo normal habría sido que se lo hubiese restregado por la cara, que hubiese soltado un par de comentarios mordaces al respecto y se hubiese carcajeado a gusto.

No tenía fuerzas ni ánimo para escarbar más. Tenía que aceptarlo, tal y como sus padres también habían expresado en el testamento. Ya habría momento de recapacitar sobre ello, y deseó estar con Chintaco más que nada en el mundo, para contarle lo que había pasado, para que lo leyera y le diera su opinión. Firmó las tres copias despacio, se levantó, y aunque escuchó cómo el notario lo llamaba a su espalda diciendo que no habían terminado, se marchó de allí.

—Si tus padres han decidido esto será por algo —se apresuró a asegurar Chintaco después de leer la copia del testamento unas cuantas veces.

—Esto ha sido cosa de mi padre, mi madre nunca le habría dejado cometer una injusticia así.

—¿Tú qué sabes?

—Estoy harto de las lecciones filosóficas de mi padre, esto no es más que una última jugarreta de las tuyas para hacerme madurar, o como le gustaba decir a él, para convertirme en una persona intachable —seguía sin acostumbrarse a hablar de ellos en tiempo pasado.

—Yo sólo digo que hay una intención oculta en todo esto, se intuye por la manera en que se dirige a ti en el testamento, por la forma extraña de decir las cosas, como si quisiera decir más pero tuviera que maquillarlo o esconderlo.

—No sé.

—Estoy segura, te ha pedido explícitamente que tengas paciencia, ¿no podrías hacerle caso por esta vez? Es lo último que te ha pedido. Chintaco sabía que lo que le estaba pidiendo era casi imposible. La paciencia no era una de las virtudes de su amigo. Si algo tenía que pasar tenía que ser ya, ésa era su filosofía. Si había algún objetivo que alcanzar debía lograrse en el menor espacio de tiempo, y si el proceso se alargaba demasiado, para él perdía el valor, era un signo de que no andaba por buen camino. No es que no fuera constante y perseverante. No, no era eso, sencillamente es que no creía en las cosas que no progresaban exponencialmente, no creía en los tropiezos o los pasos hacia atrás, para él, un proyecto que no ascendía, que no avanzaba, que no recibía respuesta, no merecía la pena. Le había visto abandonar novelas, grupos de música, y muchos trabajos desde que lo conocía, si no progresaba es que no era bueno, si no era el mejor ya no era estimulante o atractivo.

—Hay algo que no encaja, esto no puede terminar así, es como eso de la llave que abrirá sus corazones, ¿que querría decir con eso? —añadió ella y percibió cómo Renesto se sobresaltaba al escucharlo.

—Eso es —exclamó.

—¿El qué?

Renesto estaba deseando explicarle lo del pequeño sobre con una llave, dirigido a él, el cajón que abría esa llave y el enigmático diario que había hallado en su interior, pero quizá la advertencia de su padre de que no se lo enseñara a nadie, o algo más, se lo impidieron.

—Tengo que irme —dijo precipitadamente.

—¿No te quedas a cenar? —Chintaco no quiso ocultar su preocupación.

—Verás, no puedo, bueno, es que tengo algo que hacer, en fin, ya te lo explicaré —era incapaz de elaborar excusas con ella, y menos tan deprisa.

Renesto ocultaba algo, y eso no era normal.

—¿He dicho algo inapropiado? —indagó ella.

—No —y Renesto sonrió con sinceridad—. De verdad, no te preocupes, es una tontería.

—¿Es por lo de ayer? —y Chintaco se arrepintió nada más mencionarlo.

Renesto estaba acariciándole el pelo y dejó de hacerlo súbitamente.

—¿Lo de ayer? —se hizo el despistado.

La tensión estaba creciendo absurdamente entre los dos otra vez, y ninguno se atrevía a decir nada porque no sabían qué decir. Chintaco había abierto la caja donde habían guardado tácitamente toda clase de pequeños indicios a los que no querían prestar atención porque les daba miedo, indicios como el de ayer, y ahora alguno de los dos tenía que cerrarla cuanto antes.

—Ya, no, no es eso, no te preocupes —se enredó Renesto mientras se incorporaba e iba a recoger su abrigo, sin saber muy bien qué era eso a lo que se refería o qué interpretaría ella.

—¿Entonces te marchas? —preguntó de nuevo intentando que sonase indiferente.

—Luego te llamo, y si no, mañana quedamos, ¿vale?

—Es sábado, el lunes nos vamos, podríamos preparar las cosas juntos.

—Seguro.

Chintaco lo acompañó hasta la puerta, se despidió de él con un abrazo breve y resbaladizo, luego cerró la puerta, apoyó la espalda contra la pared, y como si hubiera estado un rato aguantando la respiración, cogió una bocanada de aire que le llenó los pulmones y exhaló un profundo suspiro. ¿Por qué estaba sucediendo aquello precisamente en esos momentos? ¿Y qué era aquello que estaba sucediendo? Fuera lo que fuera, tenía que esforzarse en borrarlo, ya que tenía el presentimiento de que podía alejar a su amigo de su lado, y eso era algo que no podría soportar.

Capítulo 11

ECUACIONES

Renesto llegó a su pequeño estudio. Todo andaba tal y como lo había dejado hacía una semana, la mañana en que se había subido al coche de sus padres por última vez. El tiempo pasaba muy deprisa pero al mismo tiempo muy despacio, algo difícil de explicar, como si en la atención que le prestaba a los segundos se le pasaran las horas, como si al esperar el día siguiente transcurrieran las semanas, como si al caminar por las rutinas de los meses y mudar las estaciones, volaran los años.

Los cacharros apilados en la cocina, la nevera vacía, la cama sin hacer, los Dvd fuera de sus cajas, el polvo en las estanterías, el mando de la televisión perdido entre los cojines del sofá, cada detalle tal y como siempre solía estar, y a Renesto le pareció que había pasado un siglo. En los últimos meses y sobre todo en la última semana había estado más tiempo en casa de Chintaco y en la casa de sus padres, que en su propia casa. Se había dejado imbuir de una dinámica imparable que lo mantenía siempre ocupado. Los lunes y los miércoles trabajaba en el bar y cuando salía por la noche se reunía con su amiga, se dejaba hacer la cena, charlaban y se acostaban. Los martes y los jueves libraba por las tardes, pero desde las seis hasta las once de la noche, era el paréntesis que durante años había ocupado en ir al local de ensayo y practicar solo o con la banda los temas que poco a poco había ido componiendo, interpretando y grabando en los últimos años, un momento sagrado de la semana que no había dejado que nada ni nadie le robara. Los fines de semana no faltaban nunca planes a los que acudir, en un obsesivo impulso de no perderse ningún evento al que le invitaban, como si siempre fuera a suceder algo increíble, conciertos, comidas, cenas, reuniones. En definitiva, una época en la que no había cuidado su intimidad, pequeños ratos para estar solo, escribir desde las ocho de la tarde en que le asaltaba la inspiración hasta bien entrada la madrugada. El accidente lo había parado todo en seco, y ahora por primera vez en mucho tiempo, no se dejaba llevar, sino que tomaba sus propias decisiones. Jamás lo habría reconocido, pero ahora, por fin, tenía tiempo para estar tranquilo.

Cogió un imán de la puerta de la nevera, marcó el número de teléfono que aparecía en él y encargó una pizza para que se la trajeran a casa.

Solamente ese gesto le puso contento, de imaginarse en el sofá, bajo las mantas, comiéndose una porción de pizza y viendo una película. Bueno, en realidad había algo más urgente, el motivo por el que se había marchado de casa de Chintaco, que no le impedía descansar y dejarse caer sobre el mullido sofá, pero que mantenía su interés clavado en los sucesos más recientes y que no le dejaba distraerse. El diario de su padre. Renesto estaba convencido de que ahí encontraría la clave para desentrañar ese halo de misterio que cubría las últimas voluntades del testamento. A pesar de ello, quiso tomárselo con calma, así que se pegó una ducha caliente, se puso el pijama y la bata de franela, recibió la pizza,

se la comió viendo un reality de la televisión que le dejó milagrosamente la mente en blanco, y fue después, cuando se sumió en un silencio absoluto, abrió la mochila, buscó el segundo capítulo del diario y comenzó a leer muy despacio:

“Elaboré un memorándum detallado del proyecto en el que me quería embarcar, y aunque los directivos de la compañía no entendieron con exactitud los términos de la propuesta, quedaron seducidos por las conclusiones que establecía al final del mismo. Tenía una buena reputación que me precedía, el mayor porcentaje de resultados con éxito en menor tiempo en lo que se refería a estudios aptos para la publicación y su posterior aplicación práctica, lo cual, para ellos significaba una sola cosa: dinero. Esto, unido a la sugerente forma en la que exponía el objetivo principal del proyecto, acabó por convencerles para poner a mi disposición un equipo de tres científicos, un becario y un despacho privado en la tercera planta de la empresa. Hallar la incógnita oculta detrás de cualquier ecuación posible que no ha podido ser demostrada para convertirla en un hecho irrefutable, así dictaba el resumen final del memorándum. Un poco sensacionalista, sólo parcialmente ligado a mis verdaderas intenciones, pero sabía que surtiría efecto, al fin y al cabo soy un uno, y eso describe básicamente mi capacidad para iniciar o poner en marcha cualquier idea sin que nadie se interponga. Expuse mi caso con convicción y fue suficiente”.

Así de fácil, pensó Renesto. Realmente, su padre tenía el don de arrastrar a la gente a su terreno, de hacerles creer en lo que él creía, de entusiasmarlos, de hacerles participar. Decía las cosas con tal convicción que nadie dudaba que era verdad, pero había algo más, Renesto había sido testigo desde pequeño en numerosas ocasiones, algo invisible e impalpable que lo rodeaba como un aura, algo que independientemente de cómo actuara o se comportara, resultaba atractivo a quienes lo rodeaban, algo que le nacía de dentro, un carisma involuntario porque no hacía falta que hiciera nada. Siempre había tenido esa cualidad, ese magnetismo, y desde luego había sabido aprovecharlo. Si ves que causas ese efecto en la gente, sería absurdo no utilizarlo, decía, como tener un poder y no usarlo, como ir contra la naturaleza de uno mismo, ir contra el destino. Esa cualidad definía a su padre, pero también determinaba todos los éxitos y los fracasos de su vida. “Uno tiene que hacer lo que ha venido a hacer”, solía expresar él.

Durante mucho tiempo, su padre había insistido en que él también poseía esa cualidad por el mero hecho de ser un uno. Ese número que colgaba del cuello de cualquier persona desde el instante de su nacimiento, definía inevitablemente su carácter y su personalidad, y él lo calculaba rápidamente haciendo unas sencillas operaciones aritméticas con el nombre, los apellidos y la fecha de nacimiento de una persona, sumaba letras o sílabas, se lo restaba al año, en fin, no lo sabía con exactitud, pero era algo así. Que Renesto fuera un uno, era algo que a su padre lo llenaba de orgullo, aunque nunca supo comprender el motivo. Siempre lo

acosaba con las exigencias de esa etiqueta: "Vamos Rene, un uno es creativo, dominante, apasionado". Eso entre otras cosas, alimentaba la extraña frustración que constantemente había albergado, de no estar a la altura de las expectativas de su padre, de tener que ser de una determinada manera, muy concreta, sin salirse del guión, sin la posibilidad de improvisar o dejarse llevar para encontrar el camino que le apeteciera, para encontrar un "yo" que le convenciera y que hubiera elegido él mismo.

Renesto reconocía los rasgos que le describía su padre en su propio carácter pero a veces se preguntaba si se sentía de verdad así o si se estaba engañando y se había dejado convencer. En el colegio, en el conservatorio, con los amigos del barrio, y en otras situaciones en las que se había visto rodeado de un grupo más o menos extenso de personas, cuando se armaba de decisión, llevado bien por un proceso mental para alcanzar una necesidad, o por el impulso de una rabia repentina, siempre le había funcionado. Para jugar a lo que quería o para imponer sus propias reglas en cualquier juego, para confabular contra determinadas medidas de la dirección del conservatorio, organizando en bloque una manifestación, imponiendo sus planes cuando salía con su novia, y un largo etcétera en los que Renesto se había sentido observado, escuchado, respetado, imitado y apoyado. A pesar de ser consciente de ello, quizá porque no lo había descubierto él mismo, sino que ya se lo había anticipado su padre, no acababa de creérselo del todo. Sí que tenía facilidad de palabra o don de gentes, pero de ahí, a ser un... "iniciador". Ése era el único problema, que su padre con toda esa verborrea metafísica transformaba las cosas más mundanas en conceptos clasificados. Básicamente, le quitaba toda la gracia.

Renesto suspiró. Ya había tomado la decisión hacía varios años, y ni la trágica muerte de sus padres, ni ese diario cambiarían su modo de ver las cosas. Él sería lo que tuviera que ser sin ajustarse a un plan diseñado de antemano, y haría lo que le diera en gana, sin torturarse pensando si así sería como se comportaría un dichoso uno de esos. La verdad es que en su fuero interno guardaba una frustración que ya no tenía remedio, ya que por mucho que lo había intentado, nunca había logrado vivir de su música o de sus libros, lo cual, frente a su padre, era un fracaso estrepitoso de sus aptitudes. Él nunca le había hablado de esa forma ni le había reprochado nada, pero Renesto sentía cierta decepción en el modo en que su padre lo había aceptado, y es que para él, el éxito profesional y un uno, eran un sólo concepto indivisible, un hecho.

Más le valía empezar a tener fe en las teorías de su padre, porque aquel diario iba a estar plagado de ellas, y quería leerlo sin sentir el menor rechazo o aburrimiento, con una objetividad sin fisuras, sin dejarse embaucar por sus emociones y mucho menos por esos pequeños traumas anquilosados de su infancia y su juventud. A ese ritmo, con la cantidad de pensamientos que le asaltaban en cada párrafo, iba a necesitar una vida entera para terminarlo. Renesto miraba embobado la pantalla encendida del televisor, le había quitado el sonido, pero aquella luz le gustaba, le parecía acogedora, para él era como el fuego de su época, la fogata, la

hoguera alrededor de la cual se reunían las tribus o las familias, la chimenea de los tiempos modernos, la última luz que se apagaba por las noches en todas las casas antes de irse a dormir, fría, trémula, azulada, tremendamente hipnotizadora. Renesto sintió la cálida digestión recorriéndole las venas, bostezó, abrió el diario por la página en la que lo había dejado, leyó la siguiente frase, tuvo que retroceder porque no se había enterado, la releyó un par de veces más, y dejándolo caer abierto en su pecho, cerró los ojos, y por primera vez en una semana entera, se durmió plácidamente, y logró conciliar sus sueños.

Cuando despertó todavía estaba tumbado en el sofá y la televisión seguía encendida. Un rayo oblicuo de sol entraba por la única ventana del estudio y le llenaba la cara. Le dolían todos los huesos. Se incorporó desorientado y buscó a tientas el móvil entre la manta y los cojines. Cuando por fin lo halló comprobó que estaba apagado porque se le había agotado la batería. Quiso levantarse para ir al baño, pero algo que tenía en las rodillas se le cayó al suelo. Era el diario de su padre. Lo recogió y mientras se rascaba la cabeza con una mano y bostezaba, echó un rápido vistazo al principio del capítulo por el cual se había abierto al caer:

“Despierta hijo, abre los ojos, en esta isla todo es posible, pero tendrás que estar preparado para lo que se avecina...”

Pensó que era toda una coincidencia que su padre le diera casi los buenos días desde el pasado, pero la sonrisa que había aparecido en su boca pronto se esfumó al recordar la realidad, el presente áspero en el que le tocaba vivir, un presente sin la presencia de sus padres. Y entonces, definitivamente despertó. Cerró el diario y lo dejó en la mesa. Se frotó la cara con ambas manos y fue a la cocina para prepararse algo de desayunar. Lo único que encontró fueron unas galletas y unos sobres de té. Si estuviera en casa de Chintaco se habría preparado unos buenos huevos revueltos y unas tostadas, en casa de su amiga nunca faltaba de nada, sencillamente era buena para esas pequeñas cosas como tener la nevera surtida, la ropa planchada y los muebles sin polvo y bien ordenados.

¿Qué hora sería? Puso el móvil a cargar, lo encendió y casi lo soltó del susto: eran las dos del mediodía. Hizo un rápido cálculo. Había dormido trece horas. Una verdadera barbaridad. Nunca le había gustado perder el tiempo. Además, acordándose de la frase que acababa de leer en el diario se agobió aún más: la isla. Le quedaba sólo un día y medio para prepararlo todo. Intentó calmarse, respiró dos veces, tampoco había nada especialmente importante que hacer. En seguida sonó el teléfono con los pitidos que le avisaban de las diversas llamadas perdidas y los mensajes recibidos. Todos eran de Chintaco, lo cual no le extrañó, ¿quién si no le iba a escribir o llamar a él? En los últimos años no había alimentado en absoluto sus amistades. Nunca había tenido un grupo de amigos en toda regla pero tampoco lo había buscado. Por lo general, con el tiempo, salir por ahí con gente para hablar de trivialidades y contarse sus respectivas vidas, le había ido dando una pereza horrorosa. Con el primer sorbo de té arrugó la cara como si le hubiera dolido algo, y es que como no tenía azúcar, se lo tenía que tomar sin edulcorante. La verdad es que su vida

era un desastre, pero no era momento de dejarse llevar por pensamientos negativos, porque sabía que acabaría hundido. Escribió a Chintaco para decirle que estaba bien, que luego la llamaba, engulló varias galletas seguidas, abrió la ventana y se sentó otra vez en el sofá. Cogió el diario, ése era su único objetivo, saber más, y dedicaría toda la tarde y el día siguiente a ello si era necesario.

¿La isla, lo que se avecina? Leer los capítulos sin seguir un orden cronológico era bastante tentador. Si lo hacía, es posible que encontrara más rápido la información que andaba buscando. Al fin y al cabo no era una novela, en las que habitualmente no terminas de disfrutar el desenlace o los momentos cruciales y emocionantes si no conoces bien la trama y los personajes, si no has caminado despacio por el lento transcurrir del nudo. Sin embargo, corría el riesgo de no identificar cuáles eran esos datos importantes si no conocía la historia por completo. Quiso probar tan solo una vez:

“Despierta hijo, abre los ojos, en esta isla todo es posible, pero tendrás que estar preparado para lo que se avecina. Abre los ojos y no vuelvas a cerrarlos nunca más. Eres mi brazo ejecutor, el último eslabón de una cadena que lleva evolucionando muy despacio en la sangre de nuestra familia. Tú, hijo mío, eres el fruto de un plan que germinó hace mucho tiempo. Unos se encargaron de enraizar esta fantasía con fuerza, otros simplemente la dejaron crecer, ninguno de los que vinieron después pudieron ignorar ese misterioso latido del destino, y como tú y como yo, mantuvieron el pulso con él lo mejor que fueron capaces. Esto es algo que nos supera, más grande que nada que hayas podido imaginar, y ahora está en tus manos dar el golpe final.

Tu abuelo Ángel escribió un libro, del mismo modo que ahora yo escribo este diario. Me arrepiento profundamente de no haberte hablado más de él. Fue un gran hombre, y por encima de todas sus inquietudes y preocupaciones, siempre mantuvo como único estandarte de su vida, la dedicación entera que brindó a su hijo, porque supo ver algo en mí igual que yo lo he visto en ti, porque supo ver que había algo importante que él no podía manejar y quiso que su hijo se formara para poder manejarlo, quiso hacerme libre, quiso revelarme la verdad sin conocerla, proporcionándome las herramientas para que pudiera tener la oportunidad de desentrañarla, y quiso hacerme bueno, tan bueno como él lo fue. Ése libro está a buen recaudo en la biblioteca de la isla, Federico estará encantado de prestártelo si se lo pides. Tu abuelo no sabía escribir pero se esforzó en aprender sólo para dejarnos ese legado. Seguro que sabrás apreciarlo. A veces, las cosas más complicadas sólo pueden explicarse de la manera más sencilla, y eso es precisamente lo que hizo él”.

Renesto levantó la vista del diario conmovido por aquella referencia a su abuelo, quien había fallecido pocos días antes de que él naciera, y quien supuestamente, según las historias que le contaba su madre, combatió largos meses con el cáncer sólo porque no quería morir sin conocer a su

segundo nieto. La extraña sensación de que todas las personas de su familia habían ido perdiendo la batalla contra el tiempo lo mantuvo unos minutos afectado mirando fijamente a la pared. De repente, otro pensamiento, un interrogante, lo sacó de su ensimismamiento: ¿quién sería Federico? Su padre hablaba de él sin dar más explicaciones, como si Renesto tuviera que conocerlo de algo. Evidentemente no lo conocía, jamás había oído hablar de él, por lo que la deducción lógica era que efectivamente, no debía seguir leyendo sin haber pasado por las páginas anteriores. Seguro que había mencionado ese nombre y otras muchas cosas más.

Estaba completamente atrapado por aquel capítulo. Quería saber más cosas sobre su abuelo, quería continuar indagando en aquella sinopsis genealógica de su familia llena de saltos generacionales que supuestamente, según su padre, estaban ligados por un destino común. Estaba profundamente intrigado, pero tenía que procurar no ser tan impaciente. No es que tuviese todo el tiempo del mundo, pero tal y como Chintaco le había advertido muchas veces, por tratar de atajar no necesariamente llegaría antes al final, sino que lo más probable es que equivocara la dirección o el sentido y las cosas salieran mal, o por lo menos no como se había propuesto. Ella sabía bien de lo que hablaba cuando lo aconsejaba de esa forma, ya que era la personificación de la paciencia, del cuidado y la delicadeza, nunca daba un paso sin haber dado el anterior, y esos pasos siempre eran cortos, no daba saltos, no corría, no abría una puerta sin haber cerrado una ventana, no se precipitaba, dejaba que las cosas llegaran a ella sin perseguirlas, sólo aproximándose poco a poco.

Aspiró hondo, cerró el diario y pasó ceremoniosamente las tres primeras hojas que lo llevaban automáticamente al punto del segundo capítulo en que se había quedado la noche anterior:

“Adoro las rutinas, levantarme a la misma hora todos los días, desplazarme al despacho, trabajar hasta la hora de comer, volver a fichar después y no estirar el horario de tarde más allá de lo estipulado para llegar a casa y ver a mi mujer. Adoro esas rutinas porque son lo que me mantiene cuerdo. Lo tengo comprobado porque en las épocas en las que he trabajado en casa, he perdido la noción del espacio y del tiempo de tal forma que creía que me iba a volver loco. A pesar de ello, un año fue suficiente para darme cuenta de que un proyecto tan ambicioso conllevaba repercusiones que me tendrían que apartar de esas rutinas para siempre.

Estoy escribiendo esta historia para ti Renesto y voy a intentar explicarme de un modo conciso, utilizando metáforas sencillas y comparaciones que te hagan comprender los términos de la investigación. Aunque solamente usamos el lenguaje matemático de signos, necesito que entiendas que para nosotros, los que estamos familiarizados con ello, esa maraña de símbolos son como las notas de un pentagrama para un músico, los sujetos y los predicados para un escritor, o las líneas, la perspectiva y el color para un pintor. Te lo he dicho muchas veces, las matemáticas son un

arte.

Mi plan inicial es el de ir desarrollando un paquete de fórmulas que demuestren cualquier acción cotidiana. Sé que suena un poco raro, pero se trata de eso. La ecuación que explique por qué se congela el agua a una determinada temperatura o la que la lleva a ebullición, por qué podemos levantar un lápiz con la mano o un mueble con una polea, por qué arde la madera al contacto con el fuego, por qué gira una rueda, y cosas por el estilo, e iremos añadiéndole una incógnita, equis, que en cada caso concreto adquirirá un valor numérico como resultado de combinar los demás factores. Por ejemplo: La acción de que un niño salte sobre un colchón y se eleve en el aire se define con una ecuación muy simple, con seis únicos factores, el peso del niño, la gravedad, la fuerza que imprime al salto, la elasticidad del colchón, la resistencia del aire y la altura que alcanza, cuyos valores cuánticos podemos calcular, si sumamos la $-x-$, la asilamos del tal forma que sea $x=$ a todo lo demás, ese resultado será un número. Ojalá lo hayas entendido, no puedo explicarlo mejor, nunca fui un buen profesor. Repetiremos este proceso con cientos de actividades y clasificaremos los resultados en tablas estadísticas con la finalidad, y éste es el pálpito del que parte toda la investigación, de encontrar un punto en común entre todas esas cantidades, un nexo que relacione los resultados, una fórmula que elimine el componente aleatorio individual de cada una de ellas, un patrón de comportamiento que defina todas ellas en conjunto, en definitiva, la clave que demuestre que todas ellas, aunque son distintas, son posibles por la misma regla, la misma causa, el mismo motivo, la misma integral, la misma combinación, variación o permutación.

Pasaremos meses contrastando resultados para este tipo de actividades sencillas, a las que llamaremos de grado uno, y cuando por fin alcancemos resultados mínimamente concluyentes, repetiremos la constante para sucesos de grado dos, como por ejemplo: por qué cada papila gustativa en la lengua percibe un sabor, por qué cuando llueve y hace sol sale el arco iris, qué produce la refracción de la luz, por qué el diamante es más duro que el cristal, o sin ir más lejos, una de las que más me gusta en esta sección, la de por qué un avión es capaz de despegar, volar y luego aterrizar. Como habrás deducido, estos episodios solamente se distinguen de los de grado uno en su complejidad, y por tanto las ecuaciones matemáticas que describen sus fundamentos físicos o químicos son por lo general más extensas. Aún así, el modus operandum del equipo para resolverlas y descifrar la equis será la misma.

Finalmente, abordaremos la ardua tarea de catalogar del mismo modo los cientos de interrogantes que entran dentro del rango de grado tres. Por qué respiran los peces bajo el agua, por qué la luna gira alrededor de La Tierra, por qué el núcleo del planeta, a miles de kilómetros de la corteza terrestre, permanece incandescente y no deja de girar, por qué un corazón no deja de latir, por qué dos personas se enamoran, por qué crece una persona y envejece, la clave del metabolismo, y por qué muere, por qué vuelan los pájaros al atardecer, justo antes de que el sol se apague, y por qué nunca se apaga definitivamente.

Cada uno de nosotros elabora cuidadosamente las ecuaciones que describen todos esos fenómenos, para luego, cada semana, contrastarlas en grupo, y discriminar cualquier posible error de planteamiento o de cálculo. Cuando las ecuaciones nos parecen correctas, añadimos las equis y tardamos el tiempo que haga falta en desentrañar su valor. Pero lo realmente difícil es el tercer paso, ése en el que intentamos dar sentido al resto del trabajo, ése que acabará en éxito si algún día hallamos la razón que justifique todos y cada uno de los resultados, o que por el contrario, terminará con la paciencia del equipo, de los supervisores y de la directiva de la empresa, el fracaso de imaginar que nada de esto sirve para nada y que no merece ningún coste económico y personal más.”

El tercer capítulo era mucho más extenso que los anteriores. Renesto repasó por encima el número de hojas que ocupaba en el diario y soltó un silbido. Se lió un cigarrillo, lo encendió y le dio una profunda calada. Soltó el humo despacio, pensando en lo que acababa de leer. No sólo lo había entendido, sino que no se había aburrido. Ésas eran las cosas de su padre, intimidades en mayor o menor medida que no le había contado nunca, y aunque nada le arrancaba la pena que se le había alojado como una madeja de hilo en el centro del pecho y que le daba unas constantes ganas de llorar, le resultaba tremendamente apasionante. Dio otra calada al cigarro, lo dejó en el cenicero, y continuó leyendo:

“Mi equipo está formado por tres hombres y una mujer: Hans es un alemán de unos treinta y tantos años, uno de esos estudiantes de matrícula que salieron de la universidad con suficientes y estimulantes ofertas de empleo en el sector privado como para eludir la tesis y el doctorado y empezar a vivir tempranamente de unos suculentos ingresos. Después de cinco años trabajando para una reputada firma científica de carácter gubernamental en su país, la fusión con GLEXO, una incipiente empresa americana con sede europea en nuestro país, en la que yo llevo trabajando casi una década, lo colocó en la coyuntura de trasladarse a vivir aquí. Es un joven muy competente, solitario, sin ataduras, con una dedicación plena a su trabajo y un obsesivo impulso de ascender y progresar dentro de la empresa, para quien el reconocimiento de la comunidad científica resulta imprescindible. He notado que está en contra del carácter secreto de nuestra investigación precisamente porque no puede publicar ninguna clase de artículo al respecto. Personalmente, creo que carece de la humildad que requiere este proyecto. Sabe que es bueno, quizá el mejor de todos nosotros, y se esfuerza en demostrárnoslo cada semana en las reuniones del departamento, pero le ciega su orgullo, y se toma nuestro avance conjunto como una competición individual. Siempre es quien mayor cantidad de ecuaciones certifica, quien más resultados convincentes alcanza, pero en numerosas ocasiones, le resta la inexperiencia y pierde calidad. No soporta que lo juzguen, lo critiquen o lo corrijan. Incluso sabiendo de sobra que no tiene razón y que reincide en un determinado error, se vuelve combativo hasta la discusión y el enfrentamiento. Pero lo realmente negativo de tenerle dentro del equipo,

es su exagerado aislamiento. No comparte ninguna parcela de su vida personal, nadie conoce dónde vive, si tiene familia, qué hace al salir del trabajo, nunca viene a tomar una caña con nosotros al salir del despacho, no se toma descansos, no habla con los demás y nunca jamás pide ayuda. Francamente, no me gusta tenerlo en el grupo de trabajo precisamente porque no sabe trabajar en equipo, pero no me siento capaz de hablar con nuestros jefes y excluirlo de nuestro departamento, no sólo porque me vea incapaz de perjudicar profesionalmente a nadie, sino porque en verdad no tendría ningún tipo de justificación práctica para avalar la propuesta, ya que su rendimiento es del todo satisfactorio en cualquier caso. Es como una máquina de resolver problemas, un ordenador con todo lo bueno y malo que eso supone. Localizar esa clase de fallos en el personal y atajarlo inmediatamente debería ser mi deber como supervisor del proyecto. Ya sabes cuánto creo en la aceptación de roles dentro del trabajo en equipo: Hans es un indiscutible "tres". Me he molestado en calcularlo y comprobarlo. Se adapta, le motiva el éxito, es ambicioso, demasiado competitivo, impulsivo y arrogante. El problema, como suele suceder con los treses, es que él cree que es un uno, y en vez de recoger el testigo de lo que le brindamos los demás, a menudo se empeña en querer desempeñar el papel de líder, intentando organizar el equipo él mismo, y sufre la frustración de no conseguirlo, bien sea porque yo me meto en medio impidiéndoselo, de un modo tan fácil como llevándole la contraria y que los demás me hagan caso a mí y no a él, o bien porque directamente él no logra que los demás le sigan en sus pretensiones. En lugar de hacer lo que sólo él sabe hacer, mucho mejor que todos nosotros, y que consiste en acoger la idea que yo le propongo, dejarse guiar por el instinto de Luis, o incluso de Iria (ahora te hablaré de ellos), y darle forma y consistencia para convertirlo en un objeto de estudio verdaderamente rentable, en lugar de eso, se empeña en ser él quien aporte esas ideas originales, o de complementarlas y rellenarlas con toda clase de añadidos que no terminan de cuajar, en detrimento del trabajo que acabaré haciendo de un modo u otro. Luego te pondré varios ejemplos prácticos del día a día para que lo entiendas. Aún así, tengo la impresión de que será él quien llegue a las conclusiones finales antes que nadie llegado el momento, y por tanto, trato de mantenerlo vigilado y contento.

Querido Renesto, sólo puedo confiar en ti. Si me detengo a describirte a mis compañeros del despacho, es porque me parece fundamental que conozcas los motivos que me llevaron a tomar determinadas decisiones como alejarme de allí, y las consecuencias que provocó esa decisión, consecuencias que todavía hoy, que yo ya no estoy, colearán sin remedio, y para las cuales, has de estar bien informado y preparado.

Luis tiene cuarenta y ocho años, canas en la barba, poco pelo y sobre peso. No tiene hijos. Tal y como él suele decir, no ha tenido suerte con las mujeres, y aunque eso no le quita el sueño ni lo deprime, a menudo saca a relucir una melancolía que no puede aguantar cuando se acercan determinadas fechas, como las vacaciones de verano o la navidad, en las que se vuelve huraño, o cuando nuestras conversaciones giran en torno a

la familia. Desde hace unos meses, sale con una chica que conoció por internet, y se le nota el cambio de una manera asombrosa, está más risueño, irónico, afronta el trabajo con mayor energía. No ha salido de GLEXO desde hace veinte y siete años que lleva cotizando, desde que, tal y como suele decir, no era más que una planta de un edificio de oficinas del extra radio. Ha visto como la empresa cambiaba de nombre tres veces, ha padecido más de una decena de traslados hasta terminar en este edificio del centro de la ciudad, y ha visto ir y venir a muchísimos empleados en todas las áreas del escalafón. Conoce perfectamente a todo el mundo, sabe de qué pié cojean los jefes, cómo conseguir sus favores, cómo atajar con el papeleo y la burocracia interna, todos los entresijos, y es realmente útil a la hora de mantener alejados a los demás departamentos de nuestra investigación. Es un dos indiscutible para lo bueno, atento, amistoso, sacrificado y altruista, pero por el lado malo que le toca por propia naturaleza, también es orgulloso y tremendamente dependiente. Siempre recoge el testigo de lo que se va proponiendo, lo incorpora, lo hace suyo e incrementa su potencial proporcionándole un sentido creativo. En mi interminable desarrollo de objetivos de estudio, a veces se me ha podido ocurrir una idea aparentemente absurda o demasiado abstracta, que no he de tener reparos en compartir con el equipo, como "¿Por qué la música nos hace soñar? o ¿por qué nos atrapa una historia bien contada?", y que los demás han desestimado rápidamente por considerarla poco consistente. Pero Luis no suele hacer una mueca de burla y se olvida, es un dos y no sólo escucha cualquier idea atentamente, sino que piensa en ella sin el menor prejuicio, presintiendo que puede hacer algo con ella. De ese modo ha terminado por convertir esas vagas invenciones mías en planteamientos sólidos como "¿Por qué una música nos provoca miedo, otra nos emociona y nos dan ganas de llorar, y otra nos pone contentos? ¿Cuál es el mecanismo que utilizamos para expresar y transcribir una idea?". Es un dos sin conflicto. A diferencia de Hans no entra en disputa con su número ni con su personalidad porque se siente importante o creativo aunque las ideas no nazcan de él, y por tanto no intenta darles la vuelta, inventarse otras, o echarlas por tierra, sino hacerlas crecer porque sabe que es bueno haciendo eso, o porque intuye que nadie más en el grupo puede hacerlo mejor. No obstante, se repliega ante la culpa, de hecho, no sé qué clase de trauma tendrá con respecto a este tema, pero no soporta la culpa, y esa carencia de humildad a menudo no lo deja aprender o evolucionar. Es la típica persona estancada en un comportamiento que le funciona, o mejor dicho, que cree que le funciona, y por eso, no para de hacer partícipe a los demás de las cosas que va a hacer cuando los demás sabemos por experiencia que nunca las hará. Dice que está bien solo y sin pareja pero no es verdad, que su barrio está bien pero en el fondo está deseando mudarse, nos comenta los proyectos personales que quiere abordar pero no dedica ni un minuto a pensar en ello seriamente. Dice cosas y los que no le conocen lo creerán por la voz baja y profunda que utiliza para hablar o por lo convencido que parece, pero a nosotros o a cualquier persona que haya tropezado con esa rara cualidad de su

carácter, ya no nos la cuela, y aunque asentimos por educación, sabemos que nada de lo que propone es del todo verdad, que de primeras no nos podemos tomar en serio lo que dice. Pero el verdadero problema, aquél por el cual no dudé en alejarme de él al igual que de Hans cuando llegó el momento, es su terrible despiste, y no hablo de la típica distracción del científico. No se trata de que ande flotando en nubes aritméticas que le hagan volver repentinamente a la realidad, me refiero más bien a una incapacidad patológica para ser organizado, constante o metódico, de tal manera que puede abordar una ecuación y antes de terminar ésta, se deja llevar por otro esquema, y antes de entender éste, embarcarse en otra, y así interminablemente, enredándose en laberintos infinitos, perdiéndose muchas cosas que podrían ser buenas por el camino. Este es el problema que lo convierte en una persona ineficiente, el hecho de que no termina ninguna secuencia de pensamiento o de actos, y por tanto, nunca tiene pruebas de si alguno de esos pensamientos era válido. No reconoce lo valioso que hay en cada caso, no le da tiempo, y por desgracia, tampoco deja que cualquier otra persona lo guíe, lo aconseje o lo ayude en su rendimiento. Me paso los días recuperando deducciones geniales de entre sus caóticas exposiciones, o extrayendo planteamientos correctos de las decenas de ecuaciones con las que rellena los folios, bocetos que él ni siquiera había desechado, sino que no había advertido, y encima, para colmo, casi siempre me cuesta una discusión o un leve enfrentamiento, por meterme en sus asuntos, por juzgar lo que hace, por intentar convencerle de lo bueno que es aquello que he escogido.

Las discusiones con Hans son peores, mucho más violentas, más que nada por su manía de pensar que los problemas que le planteo no son problemas para el equipo, sino problemas para mí. Está empeñado en que yo tengo un conflicto personal con él o su manera de hacer las cosas, y que mis observaciones, mis sugerencias y mis insinuaciones no son exclusivamente por el bien del grupo y del proyecto, sino que intento juzgarlo a él o cambiar su modo de ser. Se siente aludido con cada comentario que hago. Con Luis, por lo menos, es más fácil, no es tan egocéntrico y tan obstinado, y con él las discusiones no acaban en sponcio, sino que suelen ser interminables discursos dialécticos que a veces nos llevan a algún lado.

Hijo mío, no sabes lo agotador que resulta convencer a los demás de que confíen en ti. Supongo que me entiendes porque aunque pasas mucho tiempo solo escribiendo tus novelas, también has tenido que lidiar con el trabajo en equipo cuando intentabas formar una banda de música para defender tus composiciones. Recuerdo las cosas que me contabas y se parecen mucho a éstas que ahora te cuento. Hans y Luis son dos esponjas que diariamente me absorben toda la energía, y no me importa llegar a casa cansado, lo que me duele es el presentimiento de que en ocasiones frenan nuestro proyecto, que sólo conseguirán que se retrasen los objetivos, o peor, que nunca lleguemos a alcanzarlos. Por fortuna, esto es un trabajo, una empresa con la jerarquía bien estipulada, y puedo acabar con cualquier discusión recordándoles, aunque no me guste hacerlo, que soy el jefe de departamento y como tal, mando sobre ellos, o por lo

menos, la última decisión es mía.

Evidentemente, estas cosas no sucedieron desde el principio. Antes eran más llevaderas, pero imagínate a cinco personas conviviendo juntas más de diez horas todos los días en un espacio cerrado. Pasados seis meses se empezaron a notar las tiranteces, cuando cogimos confianza los unos con los otros fue peor, pero mi terrible error de no guardar cierta distancia y querer tratarles como amigos, terminó por estropearlo todo.

En fin, permíteme que te hable de Iria y Nathan, los otros dos vértices del equipo, antes de concluir con este tedioso capítulo, y no dudes que si te he contado tantas cosas de ellos es porque no son cosas del pasado, sino personas con las que tarde o temprano, aunque te resulte increíble, te cruzarás, y cualquier información me parece poca para que no cometas los mismos errores que tu padre.

Nathan tiene aproximadamente la misma edad que yo. Nos licenciarnos en el mismo año. También tiene esposa, y una hija estupenda. El abanico de ofertas distintas que ofrecen las matemáticas a quienes como en nuestro caso optaron por especializarse en ellas, es una representación exacta de lo que ha supuesto la vida profesional de Nathan hasta ahora. Un químico hace química, un ingeniero aeronáutico hace aviones y un dentista hace empastes, pero un matemático, básicamente, soluciona problemas, y esta característica fundamental lo convierte en la estrella de cualquier empresa, sea cual sea el campo en el que esté especializada. De esa forma, solucionando los entuertos que otros empleados no conseguían solucionar, Nathan ha pasado por un banco, una constructora, un seguro médico y una empresa de transportes antes de conocer a su actual esposa y asentarse definitivamente en GLEXO. Sus sueldos han ido incrementándose pero creo que ahora, como en cualquiera de sus anteriores circunstancias, no siente estar moviéndose en el campo que le gustaría. Como le conozco de hace tiempo, sé que es un cinco muy especial, y por eso, constituyó mi única apuesta personal a la hora de formar el equipo. Es tan observador y analítico que es capaz de ver cosas que los demás pasamos por alto, se da cuenta de detalles minúsculos, sabe leer entre líneas, y por eso, sin que nadie se lo pidiera, pronto asumió una labor de recopilación y organización de contenidos dentro del equipo. Nathan es el último filtro por el que se cuelan cada una de nuestras teorías, y quien se encarga de agruparlas de un modo coherente. Pero además, es capaz de expresar sus ideas con un nivel de detalle tan preciso, que resulta un aliado de lo más provechoso frente a posibles disidencias dentro del equipo. Siempre se pone de mi lado, aunque no suele mojarse a menudo. Es muy independiente y autosuficiente, pero después de infinidad de cursos, títulos y empleos, todavía parece estar preparándose para algo. En lugar de vivir la vida, parece que simplemente trata de entenderla, no le pone verdadera pasión a lo que hace, y sobre todo, es tremendamente distante desde un punto de vista emocional. En definitiva, no se implica con el proyecto tal y como a mí me gustaría que lo hiciese, con el desgarró y el empuje necesarios. Por desgracia, nunca he conseguido profundizar en este tema en nuestras conversaciones, ya

que Nathan domina el arte de la evasión como nadie. Evita situaciones en las que se pueda esperar de él más de lo que puede dar.

Finalmente te hablaré de Iria, la joven becaria que nos fue asignada. Digamos que ésta fue la única condición del comité de dirección de la empresa, el único punto en el que se negaron a admitir mis quejas. No hace falta que te explique lo sospechoso que me pareció. Era evidente que aquella joven disfrazada de encantadora ayudante, aquella `chica para todo´ que no pararía de rondar nuestro despacho de una mesa a otra con cara de inocente interés como si estuviera aprendiendo, no era más que un topo que informaría a los jefes de cualquiera de nuestros avances o movimientos.

Suposiciones, querido Renesto, tú que eres muy dado a inventar, sabrás lo peligrosa que es la imaginación cuando le damos rienda suelta para adentrarse en preocupaciones o inquietudes. Nunca dejes que algo que has imaginado se afine en tu mente de tal forma que llegue a parecerte real, porque los pensamientos viciados no son más que monstruos que van creciendo hasta nublarnos la razón, y dios sabe que si quieres que existan, existirán. Si supieras la cantidad de veces, que siendo joven, creí tener la certeza de que tu madre me la estaba pegando con otro, y si supieras que ninguna de aquellas veces esas sospechas se acercaban a la verdad, y si quisiera contarte las numerosas ocasiones que debido a estas paranoias mías estuve a punto de estropearlo. Pero eso es otro tema que no nos concierne.

En fin, Iria... Nada más lejos de la realidad. Ha habido varios momentos en mi vida en los que he sentido la química absoluta que se entrelaza entre dos personas que están predestinadas. Una vez fue con tu madre como te podrás imaginar, y te he contado esa historia cientos de veces. Otra vez me sucedió en un avión, y esto dará que hablar porque lo que sucedió aquel día con una mujer llamada Lady es la clave del cisma que precipitó el cambio definitivo de nuestras vidas, pero no me quiero adelantar. Si te aseguro que me sucedió al coger en brazos a cada uno de mis hijos, no creo que te extrañe, pero tampoco viene al caso. Lo importante es que con Iria lo sentí en el mismo instante en que nuestras miradas se encontraron. Te aseguro que fue recíproco, lo cual es lógico, ya que para que estas cosas sucedan tienen que sentirlo los dos. Fue delante de los empleados de recursos humanos, y figúrate la cara que teníamos que nos preguntaron si nos encontrábamos bien o nos conocíamos de antes. Eso es todo. Así son las cosas. Un hombre de cincuenta y tantos se enamora perdidamente de una jovencilla de diecinueve. Entenderás que cuando digo que me enamoré lo digo en el sentido más fraternal de esa palabra, si es que se le puede atribuir un adjetivo así. Y del mismo modo, una joven islandesa con la piel transparente y el pelo lacio y rubio casi blanco, y las orejas puntiagudas como las de un duende, que todavía no se había licenciado y que sólo chapurreaba nuestro idioma, que había sido convencida, no me equivocaba, para espiar los progresos de la investigación e informar puntualmente al comité, sintió, tal y como me describió meses después, una inexplicable empatía con aquel científico que era yo. De esta manera, en pocas semanas, Iria, una joven inexperta

todavía en el campo de las matemáticas prácticas, se convertiría en mi mano derecha dentro del equipo. Nuestra relación era tan estrecha y jovial que tuvimos que esforzarnos para acallar ciertos rumores absurdos que corrían en la empresa. Iria es un dos, al igual que Luis, pero en su caso, no existe ni una pizca de contradicción en su carácter, ningún conflicto, nada que la aleje de quien es en esencia. No tiene idea de numerología, nunca se ha molestado en analizarse a sí misma, pero ya en los primeros meses parece saber el papel que ella y los demás deberían desempeñar para que la cosa funcione, y no sólo eso, sino que pone toda su dedicación al servicio de tal fin, descongestionándome en numerosas ocasiones de un montón de pequeños problemas personales y conflictos internos entre los miembros del grupo. En fin, Renesto, no sé cómo explicarlo mejor porque Iria, sin duda, es una persona indefinible, y lo notarás en cuanto la conozcas. Es su quietud, su calma, y su pasión, su despaciosa manera de hilar las palabras, su tono de voz casi susurrante, su modo de moverse como si estuviera patinando en lugar de dar pasos. Ella es el elemento que equilibra constantemente las tensiones que surgen dentro del despacho. Ni que decir tiene que sus informes ocultos a la directiva, pronto fueron redactados por mí, y que ella los entregó sin un ápice de remordimiento, sin hacerme la más mínima pregunta, sin cuestionarme, algo que nunca hace, cuestionarme, todo lo que digo o hago parece resultar correcto para ella. Imagínate lo bien que le sienta eso a mi ego...”.

El móvil de Renesto comenzó a sonar de repente y la vibración del aparato contra la mesa, le dio un susto que lo levantó del sofá. Se mareó y tuvo que apoyarse en la pared para no caerse al suelo. Cogió el teléfono precipitadamente:

—¿Diga?

—Soy yo.

—Joder Chini, casi me da un patatús.

—Lo siento, ¿qué estabas haciendo?

—Estaba leyendo —se limitó a decir.

—Genial, eso está muy bien, así desconectas un poco —añadió ella.

Si Chintaco supiera lo poco que aquel diario alejaba sus pensamientos de los últimos acontecimientos y de aquellos que estaban por venir, pensó él. Renesto se preguntó cuál sería la causa para ocultarle la existencia de aquel diario incluso a ella. No era porque su padre le hubiera pedido expresamente en las primeras líneas que lo mantuviera en secreto, pues Renesto confiaba plenamente en su amiga y sabía que compartirlo con ella no supondría ningún peligro. Era más bien por el presentimiento de que no hacerle partícipe de aquel hallazgo sería más seguro para ella. No habría sabido explicar por qué, pero había algo inquietante en todo lo que estaba pasando y estaba seguro de que el diario jugaría un papel crucial en los próximos meses. Renesto suponía que si el descubrimiento de su padre era tan importante como él aseguraba, habría alguien detrás de él, y no quería meter a su amiga en ningún lío.

—Bueno, no es eso exactamente, pero dime, ¿pasa algo? —cambió de tema.

—Si, verás, no te lo vas a creer —Chintaco hizo una pausa más larga de lo normal, como si no supiera cómo empezar—. ¿No habló esa mujer de una isla en el Atlántico?

— Lady —matizó Renesto, quien ya se estaba cansando de la indiferencia que parecía mostrar su amiga con respecto a aquel tema—. Se llama Lady.

—Si, ya, bueno, ¿no habló Lady...? —y Chintaco pronunció el nombre despacio, arrastrando la vocal—. ¿No habló de una isla al sur, cerca de África, no dijo que no tendríamos que llevar mucha ropa?

El silencio de Renesto fue una afirmación.

—Pues agárrate, acabo de imprimir los billetes que nos ha comprado y ¿sabes cuál es el destino que aparece junto al número de vuelo?

Renesto tampoco respondió esta vez, aunque estuvo a punto de hacerlo ya que Chintaco alargó más de la cuenta el tiempo razonable que se utiliza para intrigar a alguien. Al verlos como datos adjuntos en el mail que le había enviado la latinoamericana, no se le había ocurrido abrirlos y curiosear.

—Reikiavik —concluyó al fin.

El silencio volvió a extenderse en la conversación, y de nuevo, fue ella quién lo rompió.

—¿Me has oído? ¿Estás ahí? Eso está en Islandia...

—Si, si, es que... no puede ser... —Renesto hacía rápidos esfuerzos mentales para recordar por qué aquel país le sonaba tan reciente, vio el diario encima de la mesa y cayó en seguida—. ¿O sí? —Iria, la becaria que trabajaba con su padre, era islandesa, pero eso no tenía nada que ver.

—¿O sí? Rene, eso está casi en el polo norte —y usó un énfasis para expresarse, que parecía que estuviera aguantándose la risa.

—A lo mejor la entendimos mal.

—¿Que la entendimos mal?

Ahora, el tono de irónica incredulidad que adoptó Chintaco, también le hizo gracia a él.

—Será un error —sentenció.

—Sí, claro, evidentemente, de varios miles de kilómetros —incidió ella con mordacidad.

Y tras un breve silencio, los dos rompieron a reír al mismo tiempo, sin ganas de controlarse, imaginándose la cara del otro sin necesidad de tenerlo delante, sintiendo cómo se aflojaba la tensión que estúpidamente los había atenazado en los últimos días.

—Bueno, le escribo un mail ahora mismo —dijo Renesto haciendo esfuerzos para no soltar una nueva carcajada.

—Más nos vale —y Chintaco dejó escapar un suspiro como si hubiera estado conteniendo la respiración todo ese tiempo.

—Se nota que estás casi de vacaciones —se burló él.

—Todavía me queda toda la tarde, gracias —le siguió el juego.

—Sí, pero se te hará fácil... tu piensa lo a gusto que vamos a estar en

medio de todos esos glaciares.

Y volvieron a reír otra vez con los restos de ese cosquilleo que había originado la risa. Se despidieron como pudieron, con esa sensación tan familiar entre ellos de no querer despedirse, de tener que colgar porque no quedaba más remedio, y con ganas de que llegara la noche para volver a estar juntos.

Renesto puso a hervir un poco de pasta para comer, y mientras se cocía, encendió el ordenador y le mandó un correo electrónico a Lady con una sonrisa en los labios. Después de comer se quedó dormido. Cuando despertó, lo hizo con la sensación cálida y placentera de que todo estaba bien, como si por fin hubiera recuperado todas las horas de sueño atrasadas, y por un instante, con el cuerpo amodorrado y la habitación inundada de la luz anaranjada de atardecida, sólo por un instante, sintió la presencia de sus padres, pero no como un recuerdo doloroso, sino con la certeza de que estaban cerca, observándolo y abrazándolo. No tenía la menor intención de salir de casa. Envío un mensaje a Chintaco para que fuera allí. Luego, despacio, intentando prolongar ese estado de pausa en medio de una tormenta, se dispuso a preparar la casa para que su amiga se la encontrara bien ordenada y le resultara acogedora. Se merecía eso y mucho más. Seguía a su lado y ni siquiera la terrible situación a la que se estaba enfrentando le daba derecho a descuidar su relación. Puso unas velas, incienso, y cuando hubo terminado, se sentó a esperar. Cogió el diario de su padre, y antes de abrirlo, trató de acordarse haciendo un resumen mental, de lo último que había leído. Hans, Nathan, Luis, Iria... poco a poco fue enumerando mentalmente los personajes que habían aparecido en la historia imaginándose la forma de ser de cada uno de ellos en función de las descripciones que había hecho su padre. Recordó que también había mencionado a Lady, y el extraño suceso del avión, por lo menos de pasada, y comprendió que por encima de todos los detalles, había un mensaje recurrente que su padre se esmeraba en transmitirle, el de que todos aquellos personajes eran personas de verdad, y que no formaban parte del pasado, sino que eran una pieza clave de algo que estaba por venir, roles perfectamente alineados en una historia que no había terminado. Ésa era su herencia, algo que estaba a punto de suceder en su vida, algo, que conociendo a su padre, estaba bien atado de ante mano, diseñado al milímetro para que Renesto no pudiera pasarlo por alto, algo en lo que seguro que tendría que participar. Eso le daba fuerzas, lo incitaba a seguir en pie, adelante, a seguir vivo, con ilusión, a la expectativa. Por fin lo comprendió. ¿De qué le servía todo el dinero del mundo? Lo que le había dejado su padre era mucho más grande. Había depositado en él toda su confianza.

Abrió el diario por la página en que lo había dejado. Un párrafo que ocupaba la mitad de la hoja de la derecha daba por concluido aquél segundo capítulo. Suspiró y leyó:

“En general tengo la sensación de que el grupo de trabajo, después de muchas tramas y atajos en mi vida, ha sido el lugar definitivo donde me he fraguado como persona, donde me he dado cuenta de cómo funcionan

las relaciones humanas, el lugar donde a lo largo de estos años he sido testigo de las pasiones que mueven a los hombres, de sus hazañas y también de sus peores defectos. En muchas ocasiones me he descubierto pensando en ellos, pensando en nosotros, con la mente alejada del proyecto y centrada en analizar en profundidad los entresijos de una especie de familia, un grupo de personas atadas por un objetivo común, pensando en las múltiples formas que tenemos de ayudarnos y ponernos trabas, de nuestros aciertos y nuestras equivocaciones y de las motivaciones que nos hacen acertar o errar. Creo que a los demás también les está pasando lo mismo. Crecemos como podemos, eso es todo.

Un día en el despacho se desarrolla de la siguiente manera: yo apporto una serie de ideas, Luis y Hans pugnan por formularlas con la mayor eficacia posible, Nathan los supervisa sin darse cuenta, y mientras, Iria escucha atentamente. Avanzamos despacio, pero presiento que cada ecuación sin fisuras nos aproxima más a un descubrimiento sin precedentes. Sin embargo, algo falla. Encerrados entre estas cuatro paredes, mirándonos las caras, carecemos del valor de distraernos, sólo números, cálculo y simbología, pero ningún paisaje que deje volar nuestra inventiva, que nos permita evocar lo que con tanto ahínco dibujamos en decenas y decenas de folios codificados. Definitivamente, abusamos de la teoría. Necesitamos salir de aquí, pasear juntos por el jardín y ser testigos de sus maravillas, hablar tranquilamente sobre toda la serie infinita de fenómenos que nos rodean, discutir, respirar aire fresco, intimar, pero sobre todo, necesitamos divertirnos. Ha pasado un año entero y en el despacho, no recuerdo haber escuchado una risa. Las mejores deducciones que he ligado en mi vida han aparecido por causalidad, siempre fuera de mi despacho, justo cuando desconectaba de todo y me dejaba arrastrar por la vida que me rodeaba, y muchas, han surgido mientras tu madre reía.

Todos necesitamos unas vacaciones. Iria se marcha en verano a su tierra natal. Me habla a menudo de prados verdes donde no crecen los árboles, glaciares inmensos que se abren camino entre las montañas, ríos de hielo que se deshacen en la desembocadura que da hacia el mar, piscinas naturales de agua volcánica, géiseres que se elevan muchos metros en el aire, siempre con una frecuencia constante, que ella, dice, se ha molestado en calcular estadísticamente, como si la tierra no dejara de latir con la misma regularidad. Iria me habla de todas esas cosas, me habla de Islandia, y asegura que es el único lugar en el mundo donde lo imposible no sólo es posible, sino que se aprecia por todas partes y está a la orden del día.

Algo se ha conectado en mi cabeza, una idea que no me abandona. Hablo con los supervisores, les ofrezco resultados convincentes, un poco falsos, adornados, resultados que ni yo mismo me puedo creer, pero que sé que causarán el impacto deseado. Luego, en sucesivas reuniones y tras ajustar el presupuesto, consigo mi propósito. Las vacaciones comienzan el uno de Agosto y cada uno de nosotros deberá marchar por su lado. Es necesario, es sano, imprescindible, pero antes, vamos a compartir una

experiencia única. Del uno al treinta y uno de Julio viajaremos a Islandia, el fin del mundo, allí donde lo imposible es posible”.

Capítulo 12

EL VIAJE

Renesto colocó el diario en la mesa muy despacio. Tenía miedo de moverse, casi no quería ni respirar. Las coincidencias no dejaban de entrelazarse, pero aquello era demasiado. ¿Un billete equivocado para que Chintaco y él fueran a Islandia? Si su padre había estado allí, la reserva de Lady podía no ser un error, y aunque lo fuera, ¿no sería una señal que debían seguir en cualquier caso?

Fue hasta el ordenador, revisó su email y halló la respuesta: Lady le explicaba argumentando bastante bien, las razones que la habían impulsado a cambiar el plan original. Básicamente, lo que venía a decirle, era que nadie estaba preparado para adentrarse en San Borondón, ni siquiera el hijo de quien había dominado aquella isla ingobernable, nadie sin antes haberse familiarizado con alguno de los lugares más cercanos a la fantasía que aún existían en la realidad que él conocía, y esa frase textual fue algo que Renesto no entendió después de releerla varias veces. Supuestamente, el cambio que supondría salir abruptamente de una ciudad como la suya, rodeado de las cotidianidades que siempre había conocido, para entrar en una sorpresa absoluta, podía ser demasiado brusco, y no es que fuera a darle un infarto o algo así, es que sencillamente, incluso en el supuesto de que lograra entenderlo, sería incapaz de manejarlo, cosa que por cierto, por algún motivo, según ella, era fundamental que aprendiese a hacer. Insistió en que no era una decisión suya, que lo habían decidido en consenso, que su padre estaría de acuerdo, que tuviera paciencia, que todo llegaría, antes de lo que esperaba. Alguien les recogería en el aeropuerto de la capital, Reikiavik. Todo era demasiado intrincado, enredoso, difícil de entender. En realidad, Renesto estaba tan sobrecogido con el cariz que tomaba el asunto, que no se le ocurrió ninguna otra manera de encajarlo y afrontarlo, que dejándose llevar. Llamaron al telefonillo. Corrió al balcón, se asomó, vio a Chintaco en el portal y gritó su nombre a los cuatro vientos. Como no había ascensor, su amiga llegó al cuarto piso sin aliento. Renesto se abalanzó sobre ella y le dio un abrazo fuerte, como si hiciera una eternidad que no la veía, y es que era realmente así como lo sentía. Chintaco sonrió al ver la casa tan bien acondicionada para una cena agradable y especial. Ella también había pensado en complacer a su amigo, y había comprado el mejor antidepresivo que se le había ocurrido: marisco y vino blanco. Había dudado, pues a priori podía parecer que había algo que celebrar y eso podía sentarle mal, pero al ver la sonrisa de Renesto, comprendió que había acertado, o quizá no, pero que como de costumbre daba igual, pues lo único que importaba era estar juntos.

—Chini —Renesto pronunció su nombre tímidamente, mordiéndose el labio y mirando hacia el suelo.

—Dime.

—Nos vamos a Islandia —no se le ocurrió ninguna manera mejor de darle

una noticia tan extraña.

El ambiente en la casa era acogedor, la cena que había traído Chintaco levantaba el ánimo nada más verla, y estaban tan contentos de volver a verse y que la tensión entre los dos hubiera desaparecido, que sin necesidad de eludir el tema, charlaron sobre ello en un tono distendido, como quien fantasea sobre unas próximas vacaciones.

—¿Te imaginas? —dijo Renesto.

—Mañana tenemos todo el día, es primer domingo de mes, así que las tiendas estarán abiertas —contestó ella, quien en el fondo se alegraba del cambio de planes sin saber explicar el motivo.

—Tenemos que comprar una guía.

—Yo necesito ropa de abrigo, y unas botas de esas de sobrevivir —añadió Chintaco.

—¿De sobrevivir? —rió Renesto.

—Sí, unas botas de montaña, no querrás que vaya con las allstar.

—No vamos al Everest, ¿sabes? —siguió mofándose.

—Ya listillo, pero no creo que esté de más currarse algunos preparativos.

—Bueno, lo que quieras, por nuestro primer viaje juntos —y alzó su copa de vino.

Chintaco brindó con él. Algún fin de semana se habían escapado a la sierra, en verano se habían ido a la playa, cuando empalmaban más de dos días de fiesta, cogían el coche e iban a visitar a algún amigo en ciudades más o menos cercanas, a no más de doscientos o trescientos kilómetros. Casi siempre terminaban acompañados de otras personas y los planes eran los mismos: paseos, comer y cenar bien, unas copas en algún bar, jugar a algún juego. Pero en aquella ocasión, se marchaban solos, y lo hacían muy lejos, y eso la llenaba de emoción.

—¿Y el hotel? Necesitaremos alquilar un coche —Chintaco dejó de pelar el langostino que tenía entre las manos y miró a su amigo con los ojos muy abiertos.

—Según el mail de Lady, está todo arreglado, hay una persona que nos estará esperando en el aeropuerto.

—Trae el ordenador, anda.

Pasaron el resto de la velada rebuscando en internet. Islandia tenía solamente trescientos mil habitantes, lo cual suponía una cantidad ridícula en comparación con los casi cuatro millones que albergaba la ciudad donde ellos vivían, y sin embargo, era mucho más grande en extensión. Este dato les daba una imagen bastante clara de lo que se iban a encontrar. Salvo algunos bosques de abedules en el interior, la isla no tenía árboles. Muy pocas especies de mamíferos se podían hallar en sus praderas. El clima en aquella de época del año no sería especialmente frío. Parecía haber una diferencia notable entre las temperaturas y los paisajes del norte y el sur de la isla. Toda ella estaba formada por roca volcánica, y es que al parecer se habían localizado más de doscientos volcanes en toda su geografía. Chintaco soltó un silbido de sorpresa y miró a su amigo con ojos atemorizados al leer aquello. Renesto en cambio parecía entusiasmado con las características extremas de aquel país. La tierra de

hielo, traducción literal del nombre de la isla en islandés, era un caso único en muchos aspectos. Un lugar abierto como una puerta hacia el corazón rojo e incandescente del planeta, con glaciares, sismos y géiseres por todas partes, enormes lagos, montañas inexploradas en el interior y planicies interminables junto a las costas. Una sola carretera rodeaba el litoral de la isla, y el interior estaba inhabitado. La literatura que hallaron se limitaba a relatos mitológicos llamados sagas, historias épicas y en muchos casos fantásticas transmitidas de padres a hijos en los últimos tres siglos. Lo que más llamó la atención a Renesto, posiblemente influenciado por las tendencias literarias de sus padres, fue la anotación certera en la enciclopedia digital, que hablaba de que gran parte de la población creía fervientemente en la existencia de Elfos.

—¿Te imaginas? —dijo Renesto sonriendo entusiasmado.

—No —contestó ella sin dejar de mirar la pantalla del ordenador.

Aquella noche, ambos tuvieron sueños extraños, y sin darse cuenta, completamente dormidos, se abrazaron con fuerza, y de esa forma despertaron a la mañana siguiente, cuando los primeros rayos del alba se colaron por la ventana. Aún era pronto. Remolonearon un rato, haciéndose cosquillas en el pelo y en la espalda como dos gatos perezosos. Y en susurros se contaron sus sueños.

Chintaco le contó que estaba en una montaña de hielo, que una grieta que se extendía, dividía ésta en muchos fragmentos, y que en uno de ellos, convertido en una especie de barco cristal, había terminado por descender un río pronunciado de camino hasta una playa muy calurosa donde el barco se derretía hasta dejarla nadando en el mar. Omitió el detalle de que no estaba sola, de que sus acompañantes, eran los padres de Renesto, y tampoco le hizo partícipe de la sensación angustiada que la había acompañado durante todo el trayecto que duró el sueño, sino que se lo contó como si fuera una curiosidad.

Él le contó a su amiga acerca de una ceremonia de iniciación en un club secreto, un salón de actos, donde un montón de seres encapuchados lo ponían a prueba de diversas formas, pruebas que sin especificar más, supuestamente había superado, y de cómo terminaban por aceptarle en el seno de aquella sociedad oculta donde todos se conocían por un extraño tatuaje que a él mismo le habían dibujado en el brazo. Había sido con esa sensación punzante con la que había despertado. Renesto omitió el cariz tétrico de la mayoría de las pruebas que había tenido que superar, situaciones inverosímiles en las que por defender sus objetivos, gente alrededor había acabado dañada.

Ninguno de los dos quiso darle mayor importancia, aunque por separado tardaron un buen rato en alejar la incómoda sensación residual que les habían dejado sus respectivas pesadillas. Aquel viaje inminente se les había clavado en el inconsciente, apartando de su cabeza cualquier otra circunstancia. Chintaco comprendió que eso era bueno para su amigo, pues hacía un par de días que la preocupación y la tristeza se habían diluido en el gesto de su cara relajándole las facciones.

Después de un copioso desayuno, salieron a la calle. A Renesto le habría

apetecido leer el diario pero la sensación de estar de compras sin más lo convenció de lo contrario. Estaba a gusto y solo quería pasarlo bien con su amiga como hacía tiempo que no sucedía. Iban de tienda en tienda, se probaban ropa y se la mostraban. Renesto intentaba no mirar a través de la rendija que quedaba a veces en la cortinilla del probador mientras Chintaco se cambiaba, pero no podía evitarlo. Conocía el cuerpo de su amiga porque se habían vestido juntos decenas de veces en casa, pero en aquella situación era distinto. La mirada de Renesto era furtiva, como si no tuviera permiso para mirar, y su amiga no sabía que él la estaba mirando. Por eso, la piel que asomaba desde el interior del probador le resultaba excitante, un poco de una pierna, la cintura, el costado, el perfil de un pecho que parecía de nieve, o el tirante del sujetador, partes de piel blanca y joven sin ninguna imperfección que brillaban incitándolo a imaginar cosas raras como lo bueno que sería tener la oportunidad de acariciarla, la cantidad de tiempo que llevaba sin hacerlo con ninguna chica, y el temor de cómo se sentiría cuando llegara el día en que seguramente, algún otro hombre lo hiciera con ella. Pararon un par de veces en algún establecimiento de comida rápida para descansar las piernas y leyeron juntos la guía de viaje que acababan de comprar, trazando juntos el itinerario que seguirían como dos turistas más que fueran a estar de vacaciones, marcando círculos en el mapa para señalar las localizaciones más emblemáticas de la isla, aquellos rincones que nadie debía dejar de ver si visitaba aquel país tan septentrional. Querían llegar pronto a casa de Renesto para cenar algo rápido y acostarse temprano, ya que el avión salía de madrugada, pero después de acompañar a Chintaco a recoger la maleta, antes de regresar, él propuso acercarse hasta uno de sus rincones favoritos de la ciudad, una explanada con un monumento a los caídos en la guerra civil, desde donde se podía divisar todo el sur de la ciudad y el horizonte a lo lejos, algo que le pareció un final perfecto para aquel día. Se sentaron en un banco, de frente al sol de atardecida, en silencio por primera vez en todo el día. Un ocaso ceniciento por la contaminación de la ciudad, pero igualmente hermoso.

—Nunca nos tomamos tiempo para ver estas cosas —susurró Chintaco.

—Ya, y eso que suceden todos los días —añadió él.

—Tampoco hay muchos sitios desde los que podamos ver cómo amanece o atardece —anotó ella.

—Vemos la luz pero nunca vemos el sol, aquí en la ciudad, los días y las noches los marcan los despertadores —y Renesto sonrió con melancolía.

—Gracias por enseñarme este sitio, ¿te acuerdas?

Renesto se acordaba perfectamente del día en que quiso llevar a Chintaco a ese rincón especial de la ciudad. Recordaba cada detalle. Había llevado a otras chicas allí, pero solamente ella había reaccionado como él creía que cualquiera debía hacerlo, callando ceremoniosamente el tiempo que tardó el sol en ocultarse.

—A mí me trajo mi padre —dijo entonces.

—No lo sabía.

—Él no era como los demás, le encantaba ver estas cosas, se maravillaba, lo llenaban de inspiración, es como si... como si no le parecieran normales —de pronto se acordó del diario, y añadió—. Como si quisiera calcular cómo es posible.

Chintaco alzó suavemente la mano y le acarició el pelo.

—Si hubieses visto cómo miraba el atardecer cuando nos traía a este lugar... entornaba los ojos como si lo analizara, como si intentara ver más allá, como cuando se mira un cuadro de esos en tres dimensiones donde tienes que apreciar una figura donde parece no haber nada.

Se abrazaron y aguardaron sin decir nada más hasta que la oscuridad se cernió sobre el parque. Chintaco había conocido al padre de Renesto, un hombre simpático, raro, diferente, con una pasión por las cosas de la vida como comer, dormir, viajar, amarse, que no había conocido en nadie más, una de esas personas de las que nunca se podía saber qué estaba pensando, y que cuando la miraba directamente a los ojos, parecía como si estuviera entrando dentro de su mente, explorando en su interior como un hechicero.

Ya en casa, prepararon unos sangüiches y se tumbaron en el sofá, dejando que el sopor se apoderara de ellos. Chintaco estaba tan contenta y tan a gusto que cerró los ojos deseando quedarse así para siempre, y con esa plácida sensación, se quedó dormida. Renesto tardó un rato más, acarició la nuca de su amiga y le pareció una de las cosas más suaves que había tocado en su vida. Era capaz de percibir el olor que desprendía su cuello, sintió un estremecimiento, lo ignoró, y poco a poco, se rindió al sueño.

El avión salió puntual pero ellos llevaban un rato largo en la sala de espera, con el rostro soñoliento, pero nerviosos como dos críos que se marchan de excursión. El viaje duró cuatro horas. Chintaco se quedó dormida con la altitud y la leve vibración. Renesto aprovechó para abrir el diario y leer un poco desde el punto en que se había quedado:

“Islandia es un lugar que me hipnotiza desde el primer momento que pongo los pies en ella. Nada más salir del aeropuerto, los paisajes yermos de roca volcánica, lava negra, afilada y violenta, me roban la palabra y me dejan pensativo. No soy el único, todos callan mientras miran por la ventanilla del todo terreno que hemos alquilado en el aeropuerto. Ni siquiera Luis, que no ha parado de hablar durante el vuelo, y que demuestra estar más entusiasmado que nadie con la aventura en la que nos hemos embarcado, ha movido un músculo desde que Iria, que ha asumido la conducción del coche, ha enfilado la única autovía que conecta el aeropuerto con la capital.

Por fin, ojeando la guía del país que tiene entre las manos, Luis sugiere que paremos en unas piscinas de aguas termales que hay de camino para no tener que regresar después. Dice que es una de las postas imprescindibles del viaje, y como nuestro plan es recorrer la carretera de circunvalación que rodea la isla, primero por el sur y más tarde por el norte hasta terminar en el punto de partida, pero siempre hacia delante, cree que sería buena idea empezar por allí. Iria parece estar de acuerdo

en que merece la pena visitarlas. Nathan apoya la propuesta con indiferencia, y Hans directamente no contesta. Aunque el objetivo del viaje no es hacer turismo, aunque no deberíamos perder de vista el proyecto, y aunque todos saben que la última palabra la tendré yo, no quiero aguar la fiesta desde el principio, y opto por aceptar porque me parece que podría ser una oportunidad para relajarnos y comenzar con buen pie.

La laguna azul, que así se llama, es como un símbolo de Islandia, demasiado cara y un poco concurrida, pero una experiencia curiosa. Es un complejo de pozas de agua caliente de mar, con cascadas, puentes y plataformas de madera. El agua es azulada y tiene un aspecto lechoso debido al barro de sílice que arrastra la central geotérmica que está al lado, y que por lo futurista de sus torres, unido a las nubes de vapor que desprenden las termas, da la sensación de estar en otro planeta. Es como un spa natural rico en algas y sales minerales. Soy el primero en salir de los vestuarios, y sin esperar a nadie, me sumerjo en el agua con la incómoda sensación de que algunos de los que están alrededor, me están observando. El agua cubre solamente medio metro, así que he de sumergirme de cuclillas o medio sentado. Mis acompañantes van saliendo uno a uno. Hans entra a regañadientes, quejándose de que le han obligado a ducharse a conciencia y señalando que le parece un plan ridículo. Nathan hace como que no nos ha visto, y con un pudor que no puede ocultar y cierta torpeza, se acerca a una de las escaleras y dejando sus gafas y la toalla tímidamente cerca, se mete en la poza por otro lado. Cuando aparece Iria, Nathan y yo tratamos de desviar la vista de su cuerpo joven, esbelto y perfectamente delineado, sin embargo, percibo cómo Hans la observa con detenimiento, y ojalá me equivoque, pero creo que no lo ha hecho sólo con admiración sino con un poco de lascivia. Tendré que estar atento y no dejarlos solos, pues considero que sería un gran inconveniente que tuvieran el menor contacto que no fuera puramente profesional. Cuando Luis aparece por la puerta de los vestuarios, lo hace con una sonrisa ancha, dando saltos pequeños como un niño, y sin la menor vergüenza se tira cerca de nosotros llenándonos la cara del barro blanquecino. Al mirarnos los unos a los otros, con aquella sustancia colgándonos de la nariz y las orejas, estallamos en risas que se prolongan durante largo rato. Y con ese ataque de risa, una tensión que se había instalado entre nosotros ante de la perspectiva de este extraño viaje, acaba por romperse, dejándonos una sensación agradable, que personalmente me parece un buen comienzo.

Definitivamente, venir a la laguna azul ha sido muy buena idea. Después de varias bromas, los chicos entablan conversaciones fluidas, y nada de lo que hablan tiene que ver con el trabajo. Este ambiente invita a relajarse, dejarse llevar, olvidarse de todo y compartir la experiencia. Nathan no para de hablar de su familia en tono nostálgico e insiste en que hagamos fotos cuando salgamos, Iria nos comenta diversas curiosidades sobre la idiosincrasia de su país, Luis roza momentos de intimidad haciéndonos partícipes de varias de sus preocupaciones con respecto a la vida que lleva

en nuestra ciudad y se extiende divagando sobre las necesidades creadas de la sociedad actual y otra serie de tópicos por el estilo que dan pie a que arreglemos el mundo durante largo rato, incluso Hans, en un momento dado, comparte un par de experiencias personales, contándonos los dos últimos viajes que ha realizado con sus amigos. Efectivamente, un buen comienzo.

Arrugados, colorados y con la tensión baja, salimos de la laguna azul, y entre burlas y risas y unas cuantas poses para las fotografías, cogemos el cuatro por cuatro y nos dirigimos a Reikiavik. Sigo teniendo la sensación de que nos observan, pero supongo que con la pinta que debemos tener, es algo normal. En el trayecto vuelve el silencio, pero esta vez es un silencio distinto, ya no es un silencio vacío en el que sólo cabe el asombro, sino un silencio en el que se mastican los pensamientos de todos los ocupantes del vehículo. Supongo que unos estarán fantaseando, incluso soñando, otros pensando en sus cosas, posiblemente no sean reflexiones profundas, pero me alegra ver que el mundo interior de todo el equipo se ha activado de repente. Sólo llevamos unas horas en este país y creo que ya hemos conseguido desoxidar esa manera metódica de pensar que provocan las rutinas.”

Renesto alzó la vista del diario bruscamente cuando la mano de la azafata le tocó el hombro.

—¿Desea algo?

—No gracias —contestó, aunque pensó que estaba deseando llegar, y teniendo en cuenta que a partir del punto en que lo había dejado, el diario de su padre no sería más que una descripción del viaje que ellos mismos iban a realizar, creyó que sería interesante dejar de leerlo y continuar haciéndolo según fuese conociendo en persona los lugares que su padre iba describiendo.

Renesto pensó en dejar a un lado la guía, sólo para que Chintaco se entretuviese con las explicaciones y anécdotas que en ella se relataban, y sin que su amiga lo supiera, seguir paso a paso el itinerario marcado por su padre un par de años atrás. Si, definitivamente le parecía una idea apasionante, y por fin desde la muerte de sus padres, sintió esa sensación de aventura y esa ilusión por la vida que creía haber perdido por completo. Que fuera gracias a su padre y a ese diario no hacía más que incrementar su entusiasmo. Cuanto más avanzaba en los capítulos del diario, más intrincada se volvía su vida, y ésta se iba llenando de coincidencias y retos que le contagiaban la impresión de que todo tenía un sentido claro y preciso al que dirigirse. Se odió por haber estado a punto de estropearlo todo cuando se asomó estúpidamente al vacío que había más allá de la ventana de la que había sido su habitación en casa de sus padres. Echó un vistazo a su amiga, que dormía profundamente apoyada sobre la ventanilla, y pensó que no podía imaginar una imagen que le transmitiera más paz que la de los ojos trémulos de Chintaco por debajo de sus delicados párpados, esa boca ligeramente abierta y sus labios pálidos, su respiración pausada y silenciosa, y el modo en que su pecho se hinchaba y se deshinchaba intermitentemente. Jamás había visto algo

más bonito que eso, lo cual era otro motivo más que suficiente para seguir luchando. Un optimismo exagerado lo estaba llenando de euforia, aunque posiblemente la excitación por el viaje tenía algo que ver. De repente, algo le hizo torcer la cabeza hacia al otro lado, y cuando lo hizo, descubrió a un joven de unos treinta años, moreno y con el gesto adusto, levemente inclinado, cotilleando disimuladamente las páginas del diario que aún tenía abierto entre las piernas. Lo cerró de golpe. El joven disimuló de nuevo volviendo la vista al frente. Renesto decidió tener más cuidado. Guardó el diario en su bolsa de mano, la colocó entre sus pies, debajo del asiento, se puso los cascos, buscó el último disco de Sigur Ros, uno de sus grupos favoritos, Islandés, pausado, denso, épico y emocionante, cerró los ojos, y pasó el resto del vuelo imaginando cómo podría retomar las historias que había dejado de escribir, varios cuentos y la novela, inacabados por la mala fortuna de un golpe tan duro como para arrancarle la inspiración a cualquiera.

Capítulo 13

IRIA

Cuando recogieron el equipaje en la cinta transportadora, Renesto y Chintaco aún estaban soñolientos, pero pronto se fueron contagiando los nervios ante la perspectiva que se les presentaba. No necesitaron hablar para demostrar su respectivo entusiasmo, se notaba en el modo en que caminaban, en cómo les temblaba la voz y las manos al coger las maletas. Al salir por la puerta de llegadas se dieron cuenta de que aquel aeropuerto era mucho más pequeño que el de su ciudad. Un aeropuerto que con suerte recibiría cuatro vuelos internacionales desde Londres o Copenhague en todo el día. Todo estaba ocurriendo lentamente, y las personas que se movían a su alrededor parecían arrastrar sus carritos con calma.

—¿Y ahora? —preguntó Chintaco.

—No sé, acompáñame —contestó él.

Salieron al exterior y una suave caricia de aire frío les llenó los pulmones. El ambiente era limpio y húmedo, y más allá del perímetro del aeropuerto, no se veía nada, sólo campo abierto, un espacio diáfano interminable con el cielo azul sin nubes encima. Chintaco buscó con su mano izquierda la mano derecha de su amigo, a tientas, sin dejar de mirar hacia arriba, como si la buscara en medio de la oscuridad, y cuando la halló, ambos se apretaron con fuerza. Antes de que él propusiera coger un taxi que les llevara a la capital, una chica se interpuso delante de ellos como si hubiera aparecido de la nada. Renesto soltó automáticamente la mano de su amiga, y Chintaco se dio cuenta de que no lo había hecho al asustarse por la aparición de aquella joven sino después de mirarla, pero no quiso empezar a pensar cosas raras desde el principio. De todas formas, sabía perfectamente quién era aquella chica, incluso antes de que se presentara.

—Soy Iria...

Renesto se había quedado petrificado delante de ella.

—Si claro, Lady nos dijo que vendrías a buscarnos, ¿qué tal? Soy Chintaco

—se presentó ella rápidamente, al ver que su amigo no reaccionaba, y se acercó para darle dos besos.

—Muy bien, bueno... —y dirigiéndose hacia Renesto, Iria añadió—:

Lamento mucho lo de tus padres.

—Si, ha sido un duro golpe —volvió a intervenir Chintaco.

—Espero que este viaje arroje un poco de luz también con respecto a eso

—dijo Iria, aunque ninguno de ellos supo muy bien a qué se refería.

Luego, volvió a mirar a Renesto, y torciendo la cabeza a un lado, esbozando media sonrisa, agregó—: ¿Estás bien? Te pareces mucho a tu padre ¿sabes?

—Bueno, muchos pensamos que se parece a su madre —interrumpió Chintaco.

—Pues creo que os equivocáis —dijo Iria, y si no hubiese sido por la breve carcajada infantil que acompañó a su comentario, a Chintaco le habría

parecido de lo más impertinente—. En fin, manos a la obra, tengo un coche preparado, déjame que te ayude —y agarrando la maleta de Chintaco, Iria se dio la vuelta y les indicó que la siguieran hasta el aparcamiento.

Chintaco no podía creer lo que estaba sucediendo. Era como una maldición. Primero aquella mujer exuberante en el funeral, y ahora esa chica rubia y dulce con una piel perfecta y una voz preciosa. Su amigo todavía no había articulado palabra. Ella no era la única que había percibido el motivo y éste no era precisamente que fuera un maleducado. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que a Renesto le había gustado la islandesa a primera vista, y eso, por otra parte, era lo que la preocupaba, porque era bastante raro. De camino al aparcamiento, Renesto estaba tan conmocionado que no podía disimular y miraba el cuerpo de Iria de arriba a abajo como si intentara memorizar sus formas. Chintaco respiró hondo, era absurdo molestarse ahora y crear un ambiente incómodo, ni siquiera podía permitírselo, quedaría como una tonta. Ya en el interior del coche, decidió ponerse delante para no verlos a los dos desde detrás, lo que seguramente habría alimentado aún más sus celos y sus paranoias.

Recorrían una carretera solitaria entre vastos terrenos de piedra volcánica que quitaban el aliento, cuando Iria rompió el silencio, y mirando por el retrovisor hacia el asiento de atrás dijo:

—Tu padre también estuvo aquí.

—Lo sé —fue cuanto respondió Renesto sin dejar de mirar por la ventanilla, recordando lo que acababa de leer en el diario.

—¿Ah sí?, no me habías dicho nada —dijo Chintaco.

—Me enteré hace poco —contestó él.

—¿Y bien, cuál es el plan? —se interesó Chintaco.

Y entonces, ambos, Renesto y aquella joven islandesa que acababan de conocer, respondieron al unísono en forma de pregunta: “¿La laguna azul?”. Iria rió, y Renesto, esta vez, le devolvió la mirada por el retrovisor, mientras Chintaco ponía los ojos en blanco sin girar la cabeza hacia ellos.

—Seguro que será una buena forma de empezar —añadió Renesto tratando de ocultar lo que había sentido, repuesto ya del impacto que le había causado ver a aquella chica de la que tanto había leído en el diario de su padre, pero a la que jamás había imaginado tan extraordinariamente guapa,

—Tenemos tiempo de sobra, mi hermano no nos espera hasta la tarde.

—¿Tu hermano?

—Sí, nos quedaremos a dormir en su casa.

—Pero, no queremos molestar.

—No lo hacéis, te lo aseguro... ¡El hijo de Ernesto! —esto último lo dijo con grandilocuencia—. Mi hermano estará encantado de conocerte, tú déjate cuidar por la hospitalidad islandesa.

Chintaco se abstraigo de la conversación que estaban manteniendo y ojeando la guía que habían comprado, constató que efectivamente, la laguna azul era un complejo de piscinas naturales de agua caliente donde la gente iba a bañarse como si fuera un spa. Dios mío, pensó, ¿qué he

hecho yo para merecer esto?, y se imaginó en biquini delante de ellos y lo que era aún peor, a la islandesa delante de Renesto. No le hacía falta ser muy lista para saber que las comparaciones serían odiosas.

Capítulo 14

LA LAGUNA AZUL

—¿Os conocéis desde hace mucho tiempo? —le preguntó Iria en el vestuario femenino mientras se cambiaban.

Aquella chica era el colmo de la naturalidad y no había motivo alguno para que le cayese mal pero no podía evitarlo.

—Sí, mucho —y como no sabía si dos años era mucho o poco, sintió que estaba mintiendo.

—Debe ser un chico estupendo.

Iria se había desnudado y se había puesto el biquini delante de Chintaco sin la menor vergüenza, y por eso, ella se sintió un poco ridícula al hacerlo tapándose con la toalla. Aquella joven era un volcán en erupción, simpática, directa, guapa y no paraba de hablar. En general, carecía de toda la timidez que solía caracterizar a Chintaco, y eso, esta última, no sabía si sería bueno o malo, si jugaría a su favor o en su contra.

—Pues sí, el mejor —y aprovechó para añadir—: A mí me gusta mucho.

—Se nota... —dijo, y en seguida le indicó que la siguiera.

Qué desfachatez, pensó Chintaco, ni que fuera mi amiga, y cogiendo sus cosas, la siguió hasta la salida. Cuando llegaron a las pozas, Renesto ya estaba dentro sumergido hasta el cuello y sólo se le veía la cabeza, como si ésta estuviera flotando en un tazón de leche.

—Parecemos los cereales de un desayuno gigante —bromeó él, y la estampa de cabezas flotando en todas direcciones era tan cómica que Chintaco se echó a reír, lo cual le sentó más que bien teniendo en cuenta la tensión que estaba acumulando—. ¿A qué esperáis?.

Chintaco se ruborizó, y tras quitarse la toalla, corrió a meterse en aquella piscina. Todo lo contrario que Iria, que con toda la frescura del mundo, se paseó por la orilla metiendo la punta del pie de vez en cuando.

—Mmm, qué rica...

Chintaco sabía que no lo estaba haciendo a posta pero aquel paseo previo fue una exhibición en toda regla, y con ese cuerpo perfecto, esa piel transparente, ese pelo rubio y lacio cayéndole por detrás de las orejas casi hasta la cintura, su nariz puntiaguda, sus ojos verdes y esa desenvoltura, era imposible que no captara automáticamente la atención de todos los hombres que había en la terma. Si hasta ella misma y todas las mujeres la estaban mirando con envidia, pensó, y apartó la vista disimulando.

—Ven, te enseñaré una cosa —le dijo Iria cuando llegó flotando hasta su lado.

Chintaco la siguió nadando hasta unas cascadas artificiales que habían diseñado al otro lado de la poza, e imitando las instrucciones que le daba la chica islandesa se dejó masajear la espalda con aquellos chorros a presión. Hacía tiempo que no se sentía tan bien, y si no hubiese sido por la creciente inquietud que le estaban causando sus estúpidos celos, habría jurado sentirse como en el cielo.

—¿A qué te dedicas? —tuvo que gritar Iria para que la escuchara.

—Química, ¿y tú?

—Matemáticas.

—Vaya, dos científicas y un artista.

—Es un buen título para la película —rió Iria.

¿Qué película?, pensó Chintaco, ¿qué maldita película?

—Me refiero a la aventura en la que os habéis embarcado —añadió Iria como si le hubiese leído el pensamiento—. Pronto empezarán a pasar cosas, lo presiento.

Chintaco salió de la cascada dudando si había escuchado bien.

—¿Cosas?

Iria dejó el salto de agua atrás y se acercó a ella.

—Si, ahora que Ernesto ha muerto, todo se va a complicar, estoy segura.

—Bueno, de momento creo que lo está llevando bastante bien.

Iria esbozó una sonrisa sincera, como si supiera cosas que Chintaco ignoraba, y ésta tuvo la sensación de que se estaba perdiendo algo.

—Seguro que sí, ¿sabes que este barro es un exfoliante estupendo? —dijo, y se embadurnó la cara de aquella pasta blanquecina y arenosa.

Chintaco la observaba atónita. Aquella chica cambiaba tanto de tema que resultaba desconcertante, y era imposible saber cuándo hablaba en serio y cuando no.

—Lo sé, parece moco de Trol, pero es bueno de verdad, deberías probarlo.

—Prefiero que no, me da un poco de asco —contestó.

Pero entonces, Renesto, que se había aproximado sigilosamente desde atrás, agarró un puñado de barro blanco y se lo esparció por el pelo sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Renesto e Iria se echaron a reír.

—¿Te has enfadado? —preguntó él de pronto al comprobar que Chintaco lo miraba seria y sin mover un músculo.

—Ven —fue cuanto dijo.

Renesto acercó su cabeza flotante a pocos centímetros de la de su amiga, con ese gesto infantil de quien va a recibir una buena reprimenda, pero entonces, Chintaco sacó las manos del agua, le llenó la cara de barro, y huyó a esconderse detrás de Iria.

Pasaron el resto de la mañana disfrutando de aquel oasis en mitad de la nada, hidratándose con zumos naturales, charlando de trivialidades, pensando en sus cosas, dejándose invadir de sol y calor, y durante unas horas se olvidaron de dónde estaban, lo que les había llevado allí o cuáles eran los motivos del viaje.

—¿Eres buena en tu trabajo? —le preguntó Iria a Chintaco mientras se secaba el pelo con la toalla.

Chintaco levantó la vista de la guía de viajes de Islandia.

—Creo que sí, ¿sabes?, me encanta lo que hago.

—Eso es importante, hay gente que se pasa la vida intentando encontrar eso que les gustaría hacer.

—Pues yo lo supe muy pronto, ¿sabes por qué me gusta tanto?

—Soy toda oídos.

—Porque todo es química a nuestro alrededor —y Chintaco dejó que su vista se perdiera por el entorno de la laguna azul.

—Creo que te entiendo —suspiró Iria.

—Todo está ordenado, en su sitio, y tiene sentido gracias al modo prácticamente perfecto por el cual se unen las moléculas que componen las cosas. Las cosas son como son y se mezclan o interactúan debido a esos enlaces, nosotros somos como somos, y nos relacionamos de una manera u otra con unos patrones igualmente predeterminados —Chintaco salió de su ensoñación, hacía tiempo que no se explayaba tanto hablando de su trabajo.

—Claro, carbonos unidos a otros carbonos gracias a sus cuatro enlaces, y amalgamando un montón de elementos más en su interior —intervino Iria.

Chintaco comprendió que nunca hablaba de su trabajo porque nadie le preguntaba, y mucho menos, se interesaba del modo en que esta chica lo estaba haciendo.

—Vaya, veo que controlas un poco.

—Lo mío es otra cosa, me va más eso de los códigos que explican cómo es posible toda esa química de la que hablas, pero también fui al colegio. Las dos sonrieron.

—Equilibrio, eso es todo, me gusta comprobar que la materia tiende a ordenarse y colocarse en su sitio de manera natural —agregó Chintaco.

—Te encantaría conocer a Alex.

—¿Quién?

—Un médico y físico que conozco, está obsesionado con ese equilibrio del que hablas, y con la materia, pero a él le interesan más las cosas realmente minúsculas, ya sabes, átomos, electrones y protones.

Volvieron a reír.

—Sí, me hago una idea.

—Está en la isla.

—Entonces le veremos.

—En esta isla no, en otra.

—¿San Borondón?

—Exacto, veo que ya te han hablado de ella.

—Un poco misteriosa esa isla.

—Mucho, y es necesario que siga siéndolo.

—¿Y Alex está allí?

—Sí.

Justo entonces, Renesto apareció y cortó la conversación.

—Esto es un paraíso, voy a bañarme una última vez, ¿alguna se apunta?

—dijo.

—Yo voy —respondió rápidamente Iria, sin que a Chintaco le diera tiempo a reaccionar.

Chintaco estaba muy a gusto en su hamaca, y no le apetecía meterse otra vez en aquella poza medio viscosa. Nunca le había gustado bañarse en piscinas y sitios así, y con una vez, por hoy tenía suficiente. Además, no quería dar la sensación de ser la típica pesada que no se despegaba de su amigo. De todas formas, se puso las gafas de sol, y aunque fingía leer la guía, en realidad observaba detenidamente a los dos, aparecer y

desaparecer por debajo de los puentes, flotando de una poza a otra, sin dejar de hablar, y habría dado lo que fuera por escucharles. Pasaron casi una hora dentro de la laguna y los vio reírse e incluso tocarse y forcejear. No se podía creer que se permitieran tantas confianzas si acababan de conocerse y se mordió el labio por dentro casi hasta hacerse una herida. Cuando regresaron, Chintaco no pudo evitarlo, y le preguntó de qué habían hablado durante tanto tiempo, a lo cual, él contestó, escuetamente y sin darle importancia, que simplemente habían estado jugando.

—¿Ah sí? ¿Y qué juegos son esos?

—Iria conoce un montón —contestó Renesto, y en seguida, mientras se secaba, sin dar más explicaciones, añadió—: Qué raro, es como si la conociera de toda la vida.

Chintaco se arrepintió de haberlo preguntado, y se consoló pensando que se lo tenía merecido. Si uno entra donde no le llaman, tiene que estar preparado para encontrar lo que sea, y cualquier información a medias iba a ser peor que no saber nada. A veces es mejor no alimentar la imaginación, por lo menos la suya, que ya se encargaba por sí sola de ir engordando fantasías retorcidas y absurdas.

Capítulo 15

ÓLAFUR

El hermano de Iria se llamaba Ólafur, un típico nombre islandés, y vivía en la calle más céntrica y comercial de la capital, Reikiavik. Cuando llegaron con el coche, él los estaba esperando en la puerta, y mientras su hermana maniobraba para meter el vehículo en un aparcamiento privado que tenía la finca, se presentó.

—¿Tú debes ser Renesto?

—Sí, encantado.

—Eso lo debería decir yo, es un honor conocer al hijo de Ernesto.

—Veo que todos lo admirabais mucho... —intervino Chintaco.

—Vaya... —fue cuanto dijo Ólafur, y se quedó mirándola con un gesto de asombro paralizado, que sólo consiguió alterar con una brusca sacudida de su cuello que quedó de lo más teatral—. Sí, bueno, le debemos mucho —y rápidamente añadió—: ¿Y tú, supongo que eres la nuera? —y se acercó para cogerle la mano, dispuesto a hacer una reverencia como las que se hacían antiguamente.

—No, no... sólo soy una amiga, me llamo Chintaco —contestó apartando la mano avergonzada, preguntándose por qué se había puesto tan nerviosa.

—Perdona, pero por aquí no se ven muchas chicas con el pelo tan oscuro

—se excusó Ólafur justo antes de que su hermana apareciera por detrás.

—Sabía que le gustarías, el pobre tiene una extraña fascinación por las culturas del sur —y le agarró del cuello, tirando de su cabeza hacia abajo y frotándole el pelo con una mano.

Ólafur se zafó en seguida. Chintaco, al comprobar que el joven se había ruborizado y que miraba a todas partes con la cabeza agachada sin saber dónde meterse, se sintió rápidamente identificada, y quiso echarle una mano:

—A nosotros nos pasa lo mismo con los chicos y las chicas, tan rubios como vosotros, llama la atención, ¿verdad Renesto?

—Claro, por supuesto —y carraspeó dos veces.

—Subamos, os mostraré dónde dormiréis esta noche —les indicó Ólafur, recomponiéndose y volviendo a hacer una inclinación ceremoniosa con el brazo extendido en dirección a la puerta del portal, para que pasasen ellos primero.

Había tan poco espacio en el ascensor que apenas los separaban unos centímetros. Renesto se preguntó si los demás también estarían sintiendo aquella tensión entrelazándose alrededor, y por la pose que habían adquirido, dedujo que excepto a Iria, a los demás también les estaba pasando algo parecido. Era divertido. Precisamente la islandesa intervino para distraerlos:

—Tampoco os acomodéis mucho, mañana mismo partiremos a recorrer la isla.

—¿Tan pronto?, pensé que pasaríamos un par de días visitando la ciudad

—se sorprendió Chintaco.

—No hay mucho que ver —susurró Ólafur modestamente.

—A la vuelta tendremos tiempo, y si no, habrá más oportunidades, hay cosas más importantes que tenéis que ver —sentenció Iria, dando al traste definitivamente con las ilusiones de Chintaco de organizar el viaje tal y como lo habían planeado.

—Entonces, lo mejor será que no deshagamos las maletas —dijo Renesto, mientras entraban en la casa.

—Bueno, yo cogería una muda y poco más, una bolsa de mano que pese poco —le recomendó ella.

El hogar de Ólafur era una pequeña sala de estar con un sofá antiguo junto a la ventana, muebles de otra época que alguien había restaurado, una mesa camilla con un mantel de flores que hacía juego con las cortinas, y una pequeña estufa que desprendía una luz anaranjada envolviendo todo en un ambiente acogedor. En otras circunstancias, a Chintaco le habría parecido una horterada, pero por algún motivo, todo estaba tan cuidadosamente estudiado, que en conjunto le resultó bonito y agradable. Una cocina y un baño minúsculo, y un par de habitaciones completaban las estancias de la casa, y todas ellas mantenían el mismo tono anacrónico, como si toda la decoración hubiese sido rescatada de un museo. Más tarde, después de que les mostraran el dormitorio y de que dejaran sus cosas al lado de sus respectivas camas, mientras cenaban un succulento plato de cordero que Ólafur les había preparado, éste les explicó que la casa había sido de su abuela, que a su vez la había heredado de sus padres, y que no había constancia de cuándo había empezado a ser de la familia, que los muebles y muchos de los adornos que colgaban de las paredes llevaban más de un siglo allí, y que él, se había encargado simplemente de darles una mano de pintura o de barniz.

—Un poco más que eso, os lo aseguro —le interrumpió Iria con la boca llena—. Mi hermano es así de humilde, pero es un escultor bastante conocido por aquí, ¿sabéis?

—Vaya, entonces la película debería llamarse “Dos científicas y un par de artistas” —agregó Chintaco, y aunque ninguno de los chicos entendió la broma, Iria soltó una carcajada ruidosa que les hizo sonreír.

—Me encanta reciclar cosas que nadie quiere o que van a tirar, y restaurarlas para alargarles la vida. Me entretiene mucho, es una especie de afición —se explicó él.

—Qué bonito —manifestó Chintaco, y Renesto se alegró de verla tan relajada, ya que le había notado un comportamiento extraño en la laguna.

—Bueno, gracias, me da pena que determinadas cosas se acaben, se pierdan o sean abandonadas... ¿sabes lo que pienso? —le preguntó directamente a Chintaco, pero todos asintieron—. Que los objetos que nos rodean también deberían tener la oportunidad de crecer, evolucionar con el tiempo, transformarse.

—Me gusta la idea —respondió ella aunque nadie había pedido su opinión. Había algo en el hermano de Iria que le transmitía buena energía, que le contagiaba cercanía y confianza. Ella nunca se había comportado así con

unos desconocidos de primeras.

—Aunque muchos pensarían que no hay necesidad, sobre todo, de dónde venimos, ¿os suena eso de la obsolescencia? —intervino Renesto, y le dio un trago a la cerveza.

—Tú también has visto el documental sobre bombillas que no se funden, ¿verdad? —contestó Iria guiñándole un ojo.

—Por eso la gente deja que sus casas se llenen de cosas fabricadas en serie, sólo porque son más baratas —dijo Chintaco.

—Cosas frías, sin personalidad, sin alma —añadió Iria, y le cambió el tono de voz y la cara. Renesto ya había percibido en ella ese espíritu combativo y rebelde, pero ahora le pareció profundamente atractivo. La islandesa no era sólo la chica dulce y encantadora que hasta ahora les había mostrado. A veces daba la sensación de que hacía falta una simple chispa para hacerla estallar.

—¿Sabéis lo que yo creo? —interrumpió Ólafur, como si no les hubiera escuchado o no quisiera formar parte de aquella discusión. Todos se quedaron callados y prestaron atención—. Que algunos objetos absorben la historia y la energía en la que se ven envueltos.

—Como un museo —dijo Chintaco, y se sintió ridícula por un instante, sólo hasta que Ólafur lo constató sonriendo:

—Exacto, como esta mesa en la que estamos comiendo, cada una de sus patas ha sido testigo de una serie de acontecimientos que no podríamos ni imaginar.

—Lo malo es que no sepan hablar, ¿no? —bromeó Renesto.

—Bueno, cada vez que la veo, me acuerdo de un montón de sucesos que viví cuando era pequeño, de historias que me contaban mis padres y mis abuelos, ¿quién sabe?, quizá si la hubiese tirado, al no recordar a menudo esas cosas se me habrían olvidado.

Todos permanecieron un rato en silencio, recapacitando sobre lo que acababa de apuntar el joven islandés.

—Tiene sentido —murmuró Chintaco.

—Claro que lo tiene —lo reafirmó Iria, y cogiendo el brazo de su hermano, sonriéndole, añadió—: Mi hermanito el romántico empedernido.

Cuando hubieron terminado de cenar, Ólafur les informó de que había quedado con unos amigos en un bar que frecuentaba, y les preguntó si estaban tan cansados como para no tomarse una copa con ellos. Renesto y Chintaco se miraron, y ella vio en los ojos de él, que por muy agotado que estuviera después del madrugón, el viaje y la experiencia de la laguna azul, no estaba dispuesto a perder aquella oportunidad de conocer cómo se lo montaban por la noche los jóvenes islandeses, así que, ya que afortunadamente, su amigo seguía contando con ella para tomar decisiones, optó por no defraudarlo y asintió con la cabeza.

—Perfecto, pues venga, preparaos, en diez minutos salimos —concluyó Iria al verlo sin ni siquiera esperar a que dijeran algo.